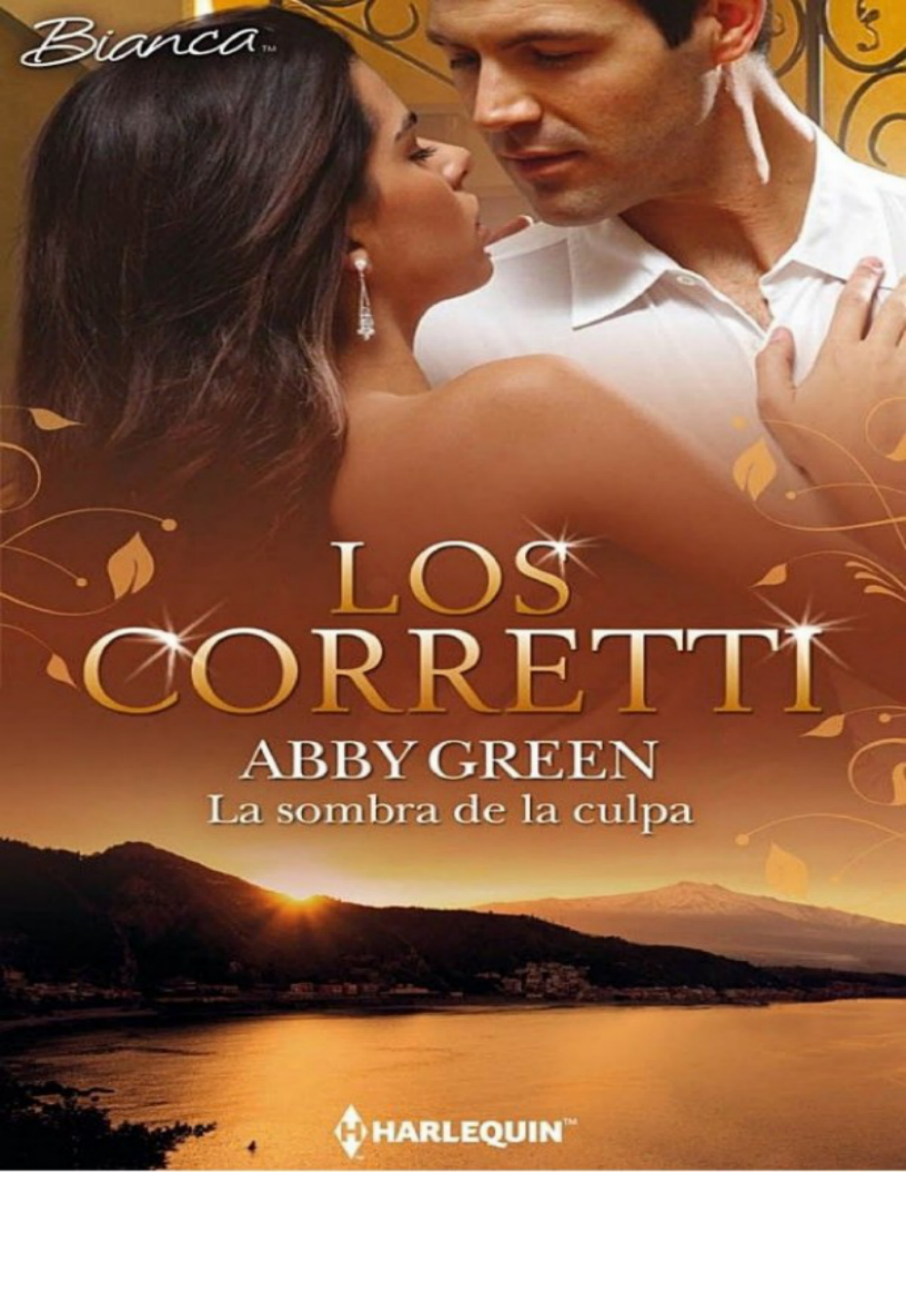

Bianca
LOS CORRETTI
ABBY GREEN
La sombra de la culpa
HARLEQUIN



LOS CORRETTI

ABBY GREEN

La sombra de la culpa



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La sombra de la culpa, n.º 91 - abril 2014
Título original: A Shadow of Guilt
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres

I.S.B.N.: 978-84-687-4307-3
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

Giacomo Corretti no podía dejar de pensar en que era él quien debía estar en ese ataúd y no su impetuoso amigo. Miró desde la sombra de un árbol cómo bajaban la caja poco a poco en el agujero excavado en la tierra. El nudo de dolor que se había instalado en sus entrañas fue extendiéndose poco a poco por el resto de su cuerpo. Nunca se había sentido tan cobarde como en esos momentos.

Podía oír el desgarrador llanto de la madre de Mario. La pobre mujer no podía dejar de llorar mientras se apoyaba en su anciano marido. El sonido lo partió en dos. Creía que él nunca tendría a nadie llorando de manera tan sentida en su funeral. Estaba seguro de ello, pero no se compadecía de sí mismo.

Contrastaba con ellos su hija, Valentina, que tenía la cabeza erguida y la espalda muy recta. Se había recogido su largo cabello castaño en una trenza y se había cubierto la cabeza con un velo. El traje de chaqueta negro que llevaba le quedaba demasiado grande. A sus diecisiete años, aún no tenía las curvas necesarias para llenarlo.

Aunque no veía su rostro desde donde estaba, la podría haber dibujado de memoria. Podía imaginar su pálida piel de oliva, tan suave como los pétalos de una rosa, la exuberante curva de su boca y sus bellos y femeninos labios. Tenía los ojos de un color extraordinario, brillante y cálido como el ámbar, eran ojos de tigresa. Recordaba bien su mirada de rabia, enfado y algo de miedo cuando su querido hermano mayor y Gio coqueteaban con el peligro. Algo que les había gustado hacer a menudo.

Como si la intensidad de su mirada y sus pensamientos la hubieran tocado, Valentina Ferranti se dio la vuelta y lo miró con sus ojos almendrados. Vio cómo se estrechaban amenazadoramente al reconocerlo.

Era demasiado tarde, no podía salir corriendo. Valentina se quedó mirándolo. Estaba pálida y tenía su hermoso rostro algo hinchado de tanto llorar. Sus ojos reflejaban un dolor muy profundo. Había tenido que enfrentarse a algo demasiado duro para una joven de su edad. Sabía que él era el culpable de que se viera en esa situación. Había causado daños irreparables.

Recordó en ese instante lo que le había dicho de manera muy despreocupada aquella noche.

–No te preocupes, lo traeré de vuelta a sus libros antes de la medianoche, como si fuera Cenicienta –le había dicho Gio.

Se le hizo un nudo en el estómago al verla tan desolada. Y contuvo el aliento cuando Valentina fue caminando hacia él con sus largas y delgadas piernas. Vio que sus manos eran puños y que lo miraba con el rostro desencajado. Parecía furiosa.

Se detuvo a pocos centímetros de distancia. Estaba tan cerca que podía oler su dulce y fresco aroma. Le pareció un olor que no encajaba con ese momento de tanto dolor.

–No eres bienvenido, Corretti –le dijo con la voz ronca de tanto llorar.

A Gio se le contrajeron las entrañas al oírlo. No podía respirar.

Trató de calmarse y respiró profundamente antes de contestar.

–Lo… lo sé –repuso.

Le parecía casi un milagro que hubiera sido capaz de pronunciar esas palabras casi del tirón. Mario, que había sido su mejor amigo y casi su hermano, le había ayudado con mucha paciencia a superar su tartamudez, de la que no había podido librarse del todo hasta su adolescencia.

A los veintidós, seguía avergonzándose cada vez que le pasaba, aunque no le solía ocurrir. Era como si aún tuviera esa cicatriz.

Pero, en esos momentos, no le habría importado volver a sentir la humillación para que Valentina pudiera reírse de él.

Aunque sabía que ella no haría algo así, nunca lo había hecho. Siempre había sido dulce y tímida. Y, cuando Gio había tartamudeado frente a ella, nunca lo había utilizado contra él para hacerle daño, como habían hecho los demás, sobre todo su propia familia.

De repente, Valentina le dio un puñetazo que lo pilló por sorpresa. Le golpeó en el pecho con la suficiente fuerza como para hacer que se tambaleara.

–¡Él era todo para nosotros y, por tu culpa, ya no está! ¡Se ha ido para siempre! –exclamó ella con mucho dolor–. ¡Iba a terminar la carrera el próximo año y sé que habría tenido mucho éxito! Tú, en cambio… –agregó mofándose de él–. ¿Qué puedes hacer por nosotros ahora? ¡Nada! ¡Fuera de aquí, Corretti! Ensucias este lugar con tu mera presencia. Si no lo hubieras animado a salir… –agregó con voz temblorosa.

Gio sintió que se quedaba pálido.

–Lo siento… Lo siento –le dijo con un hilo de voz.

Vio cómo Valentina recuperaba la compostura y volvía a levantar la cabeza para mirarlo con dureza.

–La culpa es tuya y solo tuya. Te odio, Corretti. Siempre te voy a odiar porque tú estás vivo y él, no.

Esas palabras se clavaron en su corazón. Lo estaba mirando como si quisiera llevarlo hasta el precipicio más cercano para empujarlo y ver con una sonrisa en la cara cómo se mataba.

–Vamos, Valentina, tenemos que irnos.

Los dos reaccionaron con sorpresa al volver a la realidad cuando se les acercó el padre de Valentina y la tomó del brazo. Su voz parecía muy débil y cansada.

–Este no es el momento ni el lugar.

Valentina, sin mirar a Gio, dejó que su padre la alejara de allí. Pero, después de un par de metros, el padre de Mario se detuvo. Miró de nuevo a Gio con ojos muy tristes y se limitó a sacudir la cabeza con pesar. Le daba la impresión de que el hombre había envejecido diez años en solo unos días. Casi habría preferido que lo hubiera escupido o que lo hubiera golpeado como había hecho Valentina.

La verdad era muy dura. Si Mario no hubiera sido su amigo y si no lo hubiera convencido para que saliera con él aquella fatídica noche, nunca habría sucedido.

En ese momento, Gio quería morirse, deseaba que se lo tragara la tierra. Lo quería más que a nada en el mundo. Todo lo bueno que había tenido en su vida, todo lo que había querido, se había ido para siempre.

Todo lo bueno, prometedor y esperanzador que había tenido lo había echado a perder.

Pero sabía que suicidarse habría sido demasiado fácil y cobarde.

Mucho más fácil que vivir con ese dolor todos los días. Vivir con el dolor de saber que había destrozado a toda una familia con una pérdida tan dolorosa. Esa era la herencia con la que iba a tener que vivir el resto de su vida.

Siete años más tarde…

Era la boda de la década. Dos de las familias más poderosas de Sicilia se iban a unir en santo matrimonio. Valentina hizo una mueca llena de cinismo. Todo el mundo sabía también que la boda de Alessandro Corretti y Alessia Battaglia no era por amor. Era una jugada más, una gran apuesta para conseguir hacerse con el poder,

la mejor manera de que la familia Corretti se asegurara el futuro para generaciones venideras. Y, si para ello uno de sus miembros tenía que casarse con alguien de la familia rival, eso era lo que iban a hacer.

Valentina dejó lo que estaba haciendo por un momento y se llevó una mano al pecho. Le bastaba con pensar en la familia Corretti para que se le encogiera el corazón y le costara no perder los nervios. Para colmo de males, estaba trabajando en esos momentos para ellos.

Le habría encantado poder decirle a Carmela Corretti, la madre del novio, que se negaba a aceptar su encargo, pero no podía permitirse ese lujo. Era la dueña de una pequeña empresa de catering y le había costado mucho ponerla en marcha y tratar de mantenerla a flote con ayuda de su personal.

Además, suponía el único apoyo económico que tenían sus ancianos y enfermos padres.

Carmela tenía la reputación, a pesar de la riqueza de los Corretti, de ser bastante tacaña con el dinero. Y Valentina sabía que parte de la razón por la que había tenido la suerte de conseguir ese trabajo había sido por sus más que razonables precios. De hecho, apenas iba a sacar beneficio alguno de ese encargo, pero creía que le iba a valer de mucho haber sido contratada para ese evento. A largo plazo, esa experiencia iba a suponer una gran ventaja frente a sus competidores.

Mientras terminaba de decorar unos canapés de caviar beluga, recordó la cara de Carmela Corretti y sus palabras cuando se reunió con ella unas semanas antes.

–Tiene que ser el evento más sofisticado de la década –le había dicho la mujer–. Si mete la pata, señorita Ferranti, no va a poder volver a trabajar en esta isla. Lo sabe, ¿no?

Valentina se había esforzado por no parecer tan aterrorizada como se había sentido. No podía permitirse la opción de dejar Sicilia sin sus padres. Y sabía que Carmela estaba en lo cierto. Si algo salía mal con la comida de la boda, sería el fin de su empresa.

–Por supuesto, señora Corretti, sé lo importante que es esta boda –le había dicho ella con suma humildad.

Por eso su personal y ella estaban cobrando una miseria por crear delicados aperitivos con el caviar más caro del mundo. Previamente, le había ofrecido a Carmela una degustación del menú que había preparado para la boda y había sido la hora más tensa de su vida. Después de probarlo todo, se había limitado a aprobar el menú con un simple gesto de su mano y con una desdeñosa mueca.

Valentina se había quedado mirándola completamente conmocionada hasta que la otra mujer la devolvió a la realidad.

–¿A qué estás esperando? ¡Tienes trabajo que hacer! –le había dicho la señora.

En cuanto tuvo el visto bueno, se encargó de que le sirvieran huevas de salmón real desde Escocia y también salmón ahumado. La carne para el almuerzo principal procedía de Irlanda. El caviar de beluga, como no podría haber sido de otro modo, había llegado de Rusia. El champán que había reservado para la mesa principal era del año 1907 y prefería no pensar en el precio que tenía cada botella.

El dinero no era un impedimento. Para esa familia, lo importante era que el resto de los invitados pudieran ver y saborear en todo momento la riqueza de los Corretti. En lo que no les importaba escatimar era en el dinero que pagaban al personal que contrataban para esas ocasiones.

Se sopló un mechón que se le había escapado y dio un paso atrás. Sus propios empleados se le acercaron para mirar las bandejas de entremeses.

–Son como obras de arte, Valentina –le dijo Franco–. Esta vez, te has superado.

Ella sonrió con tristeza.

–Aunque es muy importante que la primera impresión sea buena, lo esencial es que terminen por comérselos –les recordó ella.

Pero estaba casi segura de que iba a conseguirlo. El caviar del salmón real, con su distintivo color naranja, envuelto en salmón ahumado y en una tartaleta, tenía un aspecto muy tentador. Sintió que le rugía el estómago. Miró el reloj y soltó un chillido mientras se arrancaba el delantal.

Se puso a dar órdenes a sus empleados mientras sacaba de su bolsa el uniforme para ese día.

–Franco, asegúrate de que los chefs estén preparados para servir la comida principal a tiempo. Y, Sara, tú encárgate de que todo el personal de servicio esté vestido y listo para sacar las bandejas de aperitivos. Tenemos que sacar el resto de los canapés de los frigoríficos. Avisad a Tomasso para que compruebe que todas las botellas de champán están en sus respectivos cubos con hielo.

El banquete se iba a celebrar en el suntuoso Hotel Corretti, el buque insignia del grupo hotelero familiar. Estaba justo enfrente de la hermosa basílica medieval donde se celebraba la ceremonia de la boda. Y a ella le habían concedido pleno acceso a las estupendas instalaciones del hotel, a sus cocineros y personal. El restaurante del

hotel se encontraba entre los mejores del país, no podría haber pedido más. Le bastaba con supervisarlo todo, ya que era, en última instancia, la responsable del menú.

Fue hasta la zona de vestuarios y se quitó deprisa los pantalones vaqueros y la camiseta. Se puso entonces el elegante traje negro y camisa blanca que usaba para esas ocasiones. Estaba muy nerviosa. Sabía que Carmela era lo bastante sibilina como para echarle a ella la culpa de cualquier cosa si algo salía mal. Tenía muy claro que querría siempre salvar el buen nombre de los Corretti. A pesar de todo, Valentina sabía que aquella era la oportunidad de su vida y todo lo que tenía que hacer era asegurarse de que nada saliera mal.

Un par de minutos después, se miró en el espejo. Hizo una mueca al ver sus mejillas sonrojadas y las ojeras que tenía bajo los ojos. Buscó su bolsa de maquillaje y se arregló un poco con manos temblorosas. Llevaba muchas noches sin poder dormir.

Había tenido pesadillas de todo tipo. En algunas, alguien se atragantaba con un canapé. En otras, los invitados enfermaban por culpa de una intoxicación alimentaria.

La mera posibilidad de que algo saliera mal y pudiera hacer que enfermaran las familias Corretti y Battaglia había sido suficiente para mantenerla insomne durante días.

Sacudió desesperada la cabeza. Sabía que tenía una imaginación demasiado vívida. Se recogió el pelo en un moño alto y se miró de arriba abajo cuando terminó. No llevaba joyas y solo un maquillaje muy ligero. Se trataba de no llamar la atención y poder desaparecer entre los invitados.

Cuando volvía a la zona de preparación del banquete, un pensamiento se deslizó en su mente, casi a escondidas.

«¿Y si está aquí?», se dijo. Pero sabía que era muy improbable. Todo el mundo sabía que se había ido de casa a los dieciséis años y que se había independizado por completo de su familia. Y el hecho de que se hubiera labrado una estupenda carrera criando y domando caballos de pura sangre no había hecho sino alejarlo más de los negocios de la familia y de su legado.

«No va a estar aquí», se aseguró a sí misma.

Porque no podía siquiera aceptar la idea de pudiera estar en la boda. Su mente se quedó inmóvil por la pena, el dolor y la ira que sentía cada vez que pensaba en él. Junto con otro sentimientos mucho más inquietantes y difícil de definir.

No, creía que no iba a estar allí, que no era posible. Y ella ya estaba lo bastante nerviosa ese día como para tener que enfrentarse a Giacomo Corretti.

Esperaba poder mantenerlo alejado de ese lugar con la mera fuerza del odio que sentía por él.

Aun así, no pudo pensar en otra cosa mientras seguía organizándolo todo ni consiguió que su corazón volviera a latir con normalidad.

Gio metió un dedo entre su cuello y la camisa. Llevaba una pajarita que le apretaba demasiado. Le costaba respirar.

Aunque creía que, en realidad, era la presión que sentía en su pecho la que hacía que se sintiera tan incómodo. No tenía nada que ver con la pajarita. Maldijo entre dientes. Le habría encantado estar en el otro lado de la isla, con su uniforme habitual de camiseta, pantalones vaqueros y botas. Y con sus caballos.

Podía ver a la gente pululando frente al hotel y en la plaza ajardinada que había entre la enorme iglesia y el Hotel Corretti. Era evidente que la boda había terminado, pero supuso que la comida aún no habría comenzado.

Maldijo de nuevo. Había tenido la esperanza de que fuera demasiado tarde y se lo hubiera perdido todo. Solo había accedido a ir porque su madre se lo había suplicado.

–Gio, nunca ves a tus hermanos ni a nadie. No puedes aislarte de esta manera. Por favor, ven –le había pedido.

Había tenido que contenerse para no decirle lo que pensaba. Había elegido ese tipo de vida y nunca se paraba a compadecerse de su aislada existencia. Además, nunca había tenido muy buena relación con su madre.

De niño había sido testigo de la volátil relación de sus padres y había visto cómo su madre se había vuelto cada vez más insegura. Nunca había entendido por qué no se había cansado nunca de tratar de mantener la atención de su marido, el difunto padre de Gio. Desafortunadamente, la creciente inestabilidad y el ensimismamiento de su madre habían coincidido en el tiempo con un momento muy duro en su vida. Y, aunque seguía sintiendo cariño por ella, no había conseguido nunca conectar con su madre.

Pero las cosas habían cambiado. Era un adulto y asumía la responsabilidad de sus propias acciones. Si para su madre era tan importante ver a todos sus hijos reunidos bajo un mismo techo para asistir a la boda de un primo, estaba dispuesto a ceder un poco y a hacer al menos acto de presencia.

Por eso estaba en esos momentos allí, observando la escena desde un lado de la plaza. Sonrió tristemente al ver a los invitados.

Llevaba toda su vida rondando alrededor de su familia, sin formar realmente parte de ella. Era el varón más joven de la dinastía Corretti y el más joven también de su propia familia. Dominado por dos hermanos mayores que competían por la supremacía y un padre que había sido demasiado exigente con todos sus hijos. Sabía que él era el que más lo había decepcionado y en todos los niveles posibles. Tenía debilidades que eran inaceptables en un varón de la familia Corretti.

Pero no quería pensar en esas cosas ni volver a un pasado que lo ahogaba. Y no quería ni pensar en recuerdos aún más dolorosos que había tratado de mantener enterrados durante los últimos años. Impaciente, se pasó la mano por la cara. Sabía que no estaba tan impoluto, acicalado ni afeitado como esperaría la gente de él, pero hacía mucho tiempo que esas cosas habían dejado de importarle. Maldijo en voz baja de nuevo y fue hacia el imponente edificio del Hotel Corretti.

Valentina miró fijamente la carrera que se había hecho en la media. Le había ocurrido cuando Alessandro Corretti, el novio, había irrumpido él solo en la sala del banquete como un auténtico tornado que arrasaba todo a su paso. Por su culpa, habían acabado por los aires tanto ella como la bandeja de delicados canapés que había estado sosteniendo en ese momento.

Alessandro había ignorado por completo la carnicería que había dejado en su estela. Y, mientras tanto, ella se había apresurado a recoger los restos de la comida antes de que alguien más lo viera. Afortunadamente, su asistente Sara había aparecido en ese momento y se había agachado para ayudarla.

–Se ha cancelado la boda –le había susurrado entonces Sara sin dejar de recoger los restos de canapés–. La novia lo ha dejado plantado allí mismo, en la iglesia.

Valentina la miró entonces a los ojos mientras una sensación de malestar aparecía en su vientre. Poco después, fueron llegando algunos invitados atónitos y sorprendidos, que no dejaban de susurrar entre dientes.

Antes de que tuviera tiempo para averiguar lo que había pasado y cómo le afectaba a ella, apareció de repente Carmela Corretti en la sala donde iba a celebrarse el banquete y se había acercado a ella para mirarla con el ceño fruncido.

–Puede que la boda se haya cancelado, pero seguirás adelante con la comida para quien decida hacer acto de presencia, ¿me

entiendes? –le ordenó con un despectivo gesto–. Pero como no tendrás que encargarte del número de invitados previstos, sino de muchos menos, no pienso pagarte por servicios que no vas a prestar.

Tardó un par de segundos en entender el significado de lo que acababa de decirle.

–Pero... Pero eso es... –tartamudeó.

Carmela aprovechó que la había dejado atónita para insistir.

–No voy a hablar más de esto. Ahora, dile a tu personal que atienda a los invitados que se decidan a venir. No quiero que nadie pueda decir después que vinieron al banquete y nadie los atendió.

Valentina estaba tan conmocionada que hizo lo que le decía. Era muy consciente de la influencia que tenía Carmela Corretti y de lo poco que iba a conseguir si se atrevía a desafiarla. Miró a su alrededor, los camareros del hotel iban prestos de un lado a otro para atender a los invitados que iban llegando al banquete con gesto preocupado. A pesar de eso, el cóctel se fue desarrollando como si nada hubiera pasado y ella no sabía qué pensar.

Por muy conmocionada que estuviera, no podía permitirse el lujo de derramar champán en un vestido de alta costura ni dejar caer una bandeja en el regazo de alguien. Así que decidió apartarse durante unos minutos y esconderse en un rincón tranquilo para tratar de calmar sus nervios y procesar lo que Carmela Corretti le había dicho.

No podía creerse que no quisiera pagarle. La carrera en sus medias había pasado en un par de minutos a ser la menor de su preocupaciones. Creía que, después de aquello, nadie iba a querer contratar a la empresa de catering que todo el mundo iba a asociar con el escándalo que había terminado por ser la supuesta boda del año.

Gio tomó otra copa de champán de la bandeja de un camarero que pasaba por su lado. Había perdido la cuenta de las que había bebido, pero el alcohol le estaba ayudando mucho a sobrellevar esa boda que estaba resultando ser la gran debacle del siglo. Había esperado encontrar a la familia de su primo feliz con la boda que iba a suponer una nueva fusión que les diera más poder aún, pero todo se había ido al traste y los invitados que decidieron no irse y acercarse al salón donde iba a celebrarse el banquete no dejaban de susurrar y comentar lo que acababa de pasar en la iglesia.

Se trataba de un escándalo tan inesperado que se le pasó en

parte el desagrado que le producía tener que enfrentarse a su familia. Había visto de pasada a su hermanastra mayor, Lia, pero no se había acercado a saludarla. Nunca había sabido cómo relacionarse con ella. Se había convertido en una mujer muy seria y lo cierto era que apenas había tenido contacto con ella. Había sido educada en casa de sus abuelos después de que su madre, la primera esposa de su padre, muriera.

Tal y como se estaba desarrollando el evento, pensó que ya había cumplido con creces y que nadie podría echarle en cara que se fuera. Se terminó de un trago la copa de champán y la dejó en una mesa. Salió del salón a un pasillo. Pasó al lado de una sala donde la banda de música se estaba preparando para tocar. Sacudió la cabeza con incredulidad, se dio cuenta de que nadie les había dicho que la boda no se había producido. O pensó que quizás su tía Carmela, una mujer muy temperamental, no estuviera dispuesta a permitir que una novia fugitiva impidiera que sus invitados no pudieran pasar toda la noche bailando y divirtiéndose.

De repente, algo atrajo su atención y se detuvo en seco. Acababa de pasar junto a otra habitación que tenía la puerta abierta. Parecía una especie de trastero y distinguió allí la figura de una mujer sentada en una silla en medio de esa sala. Estaba rodeada de cajas y otras sillas apiladas. Tenía la cabeza inclinada hacia delante y su pelo castaño y brillante recogido en un moño. Se fijó en sus piernas bien proporcionadas bajo una falda negra. Llevaba además una camisa blanca y chaqueta negra. Tenía sus pálidas manos entrelazadas sobre el regazo.

Como si pudiera sentir el peso de su mirada en ella, su cabeza comenzó a girar hacia él. La sensación de *déjà vu* fue tan inmediata como fuerte. Tanto que Gio se quedó sin aliento.

«No, no puede ser ella. No aquí, no ahora», pensó.

Ella habitaba en sus sueños y pesadillas. Junto con el fantasma de su hermano.

Pero podía ver su cara y se fijó en sus ojos de tigresa. Se abrieron mucho al verlo y se dio cuenta de que ella también lo había reconocido.

Sintió que algo se abría en su interior al verla. Era algo que había detenido en el tiempo durante siete años. Vio cómo palidecía su rostro. Era más angular de lo que recordaba. Había perdido la redondez y se había convertido en una mujer mucho más hermosa.

Ella se puso en pie. Era también más alta de lo que recordaba, muy esbelta, pero con femeninas curvas. A los diecisiete años, había sido una belleza en ciernes y no había hecho sino mejorar con los

años. Eran tantas las sensaciones que estaba teniendo en esos instantes que no sabía cómo reaccionar.

Durante mucho tiempo, había ansiado y temido al mismo tiempo la posibilidad de volver a encontrarse en esa situación. Pero, por doloroso que fuera, no podía derrumbarse frente a ella. No podía permitirse ese lujo.

Se acercó a la entrada de la habitación.

–Valentina –le dijo con un hilo de voz–. Me alegra volver a verte.

Valentina estaba conmocionada.

–No deberías estar aquí –susurró ella sin ser consciente de que se lo estaba diciendo en voz alta.

Era casi como si le extrañara que no hubiera conseguido mantenerlo alejado de la boda solo porque ella no deseaba verlo.

Gio le dedicó media sonrisa.

–Bueno, mi primo es, o era, el novio, así que tengo derecho a estar aquí, ¿no? –repuso él frunciendo ligeramente el ceño–. Lo que no entiendo es lo que haces tú aquí.

Le estaba costando pensar con claridad, pero se esforzó por contestar con un mínimo de coherencia.

–Mi empresa es la que se ha encargado de preparar el banquete –le explicó ella.

Gio era mucho más alto y fuerte de lo que recordaba. Ya no quedaba en él nada del niño que había sido. Su rostro era mucho más anguloso y masculino.

El traje que llevaba le sentaba como un guante y podía adivinar su musculoso cuerpo bajo la ropa. La camisa y pajarita blancas hacían que su piel pareciera aún más oscura.

El pelo, en cambio, lo seguía llevando bastante despeinado y había algo en él que le hacía parecer muy despreocupado y relajado. Así había sido siempre.

Se fijó en sus ojos, recordaba también muy bien ese marrón claro que a veces, con ciertas luces, podían parecer verdes.

Se había pasado gran parte de su adolescencia observándolo mientras pasaba el tiempo con su hermano. Los dos jóvenes habían sido amantes de las aventuras y de todo tipo de acrobacias temerarias, ya fuera a caballo o con las bicicletas de montaña. Después llegaron las motocicletas y tanto su hermano como él habían disfrutado mucho con sus carreras. Recordaba muy bien ver a Gio riendo a carcajadas con la cabeza inclinada hacia atrás. Había

algo en él lleno de vida, algo también muy masculino.

Tampoco había podido olvidar lo que había sentido a los quince. Cuando volvió a verlo por primera vez en cuatro años, después de que él hubiera estado viviendo en Francia, donde había lanzado su negocio equino. Había regresado a Sicilia como un héroe, un hombre de éxito que había conseguido un gran éxito por sí mismo con un grupo de caballos de pura sangre que no dejaba de cosechar premios. Pero, para ella, ese momento había estado marcado por las sensaciones tan nuevas que había despertado en su ser. Recordaba muy bien cómo se había quedado sin aliento al verlo y las mariposas en su estómago. Muy a pesar suyo, no había podido dejar de admirarlo. El joven Gio consiguió encandilarla por completo.

Su hermano y ella lo habían visitado cada verano en su nuevo hogar cerca de Siracusa, cuando Mario estaba de vacaciones. Gio se había comprado un antiguo castillo que tenía al lado una granja que había reformado para que sus caballos tuvieran establos con las mayores comodidades. Con el tiempo, había construido además una pista de carreras que había adquirido fama mundial durante los últimos años. Allí se celebraba la internacionalmente reconocida Copa Corretti.

Recordó que Gio le había sorprendido una vez mirándolo y no había podido evitar ruborizarse. Aún no había olvidado cómo él le había sostenido la mirada durante un buen rato mientras una lenta sonrisa se dibujaba en su boca. Había sentido en ese instante que algo ilícito y secreto acababa de pasar entre ellos.

Algo que le había asustado tanto como le había excitado.

Gio tenía un hermoso rostro, siempre lo había tenido. Labios esculpidos, pómulos altos y una nariz muy masculina. Pero había algo en su manera de ser que evitaba que fuera demasiado perfecto, era una energía oscura e inquietante que lo rodeaba en todo momento.

Gio levantó una mano para señalar su pelo.

–Tienes algo... Tienes algo ahí –le dijo.

Sus palabras la devolvieron al presente. Se tocó el pelo sobre la oreja derecha y notó algo húmedo y pegajoso. Tenía huevas de salmón en el cabello.

Fue entonces cuando recordó todo lo negativo que había en esa voz, lo que significa para ella ese hombre. Gio tenía siempre un aspecto relajado y despreocupado porque así era él, esa era la actitud que había tenido siempre y la que había sido la causante de la muerte de su hermano. Era algo que no iba a olvidar nunca.

Eran recuerdos llenos de dolor. Habían pasado ya siete años,

pero sentía casi el mismo desgarro del primer día. Reencontrarse de repente con Gio estaba provocando que se abriera de nuevo la herida. No entendía cómo podía atreverse a estar allí y hablar con ella como si nada hubiera pasado, como si unas cuantas palabras corteses y educadas pudieran hacerle olvidar el pasado. Sintió que la ira despertaba en su interior. Hacia él y hacia sí misma por haber recordado la atracción que había sentido hacia Gio siendo solo una adolescente. Creía que debía honrar la memoria de su hermano y no olvidar nunca lo que había pasado.

Fue hacia la puerta de la sala, tenía que salir de allí.

–¡Fuera de mi camino, Corretti! –le dijo enfurecida.

Gio se estremeció al oír sus palabras. Fue como si Valentina acabara de abofetearlo. Podía recordar perfectamente lo que había sentido el día del entierro de Mario, cuando lo golpeó en el pecho. No le había importado, sabía que merecía eso y mucho más.

Durante unos segundos, cuando ella lo había mirado atónita y sin atisbo alguno de enfado, llegó a pensar que quizás se hubieran apaciguado sus sentimientos con el tiempo, pero acababa de darse cuenta de que no era así. El dolor de perder a Mario seguía estando tan presente como la noche en que murió.

Valentina lo miraba fijamente, con los ojos brillantes y llenos de ira. Lo odiaba, eso lo tenía muy claro. Era algo que podía ver en su manera de actuar, en su postura.

–Te he dicho que te apartes, Corretti –insistió Valentina.

Capítulo 2

Gio dio un paso atrás.

–No te estoy impidiendo el paso, Valentina –le dijo él.

Pero ella no se movió, podía notar cómo temblaba. Parecía furiosa.

–Te tienes que ir. ¡Sal de aquí!

Sabía que no tenía derecho a sentirse así, pero no pudo evitar enfadarse también.

–Es la boda de mi primo, creo que tengo derecho a quedarme si así lo decido.

No se molestó en mencionarle que había estado a punto de irse cuando la vio allí.

–No ha habido ninguna boda, ¿no te has enterado? –le replicó Valentina con cierta satisfacción.

No sabía por qué, pero sintió que debía mantenerse firme.

–Bueno, el banquete sigue en pie, ¿no te has enterado tú?

Vio lo pálida que estaba o e instintivamente extendió una mano para tocar su cara, pero ella dio un respingo hacia atrás y lo miró con cara de asco.

–No me toques –le dijo Valentina–. Sí, sé que el banquete sigue en pie. De hecho, tu tía espera que me encargue de todo como si no hubiera pasado nada, pero no piensa pagarme como acordamos. Toda tu familia es venenosa, Corretti.

Quería que dejara de llamarlo por su apellido, pero no se lo dijo.

–¿Qué quieres decir? ¿Cómo que no va a pagarte?

–¡Lo que has oído!

–Pero eso es ridículo, tiene que pagarte por tu trabajo.

Valentina se echó a reír con amargura y lo miró a los ojos.

–Sí, llámame anticuada si quieres, pero tengo la costumbre de querer que me paguen por los servicios prestados. Sin embargo, tu tía cree que, tal y como se han desarrollado los acontecimientos, tiene la excusa perfecta para no pagarme.

–Eso es una locura... –susurró él pasándose una mano por el pelo.

No podía creer que su tía estuviera aprovechándose de la situación y habría hecho cualquier cosa en ese momento para ayudar a Valentina. Se dio media vuelta y fue dando largas

zancadas hacia el salón principal. Fue entonces cuando la oyó tras él.

–¡Espera! ¿Adónde crees que vas?

Gio se dio la vuelta y vio a Valentina de pie a pocos metros de distancia, con un mechón de pelo sedoso acariciando su mejilla. Sintió que algo se retorcía en sus entrañas. Seguía sin terminar de creerse que se tratara de ella, que estuviera allí mismo, delante de él, y, por un momento, se sintió cautivado y se olvidó de todo.

Se sentía como si hubiera estado viviendo en un mundo inmerso en la niebla y alguien lo hubiera sumergido de repente en una piscina helada. Todo era brillante y claro.

Y algo estaba pasando también en su cuerpo. Después de cinco años de negarse a sentir nada, parecía estar llenándose de vida. Podía sentir la sangre corriendo por sus venas. Estaba excitado.

Afortunadamente, Valentina no podía ser consciente de lo que le estaba pasando.

–¿Adónde crees que vas? –le preguntó ella de nuevo.

Gio contuvo el aliento al oír su pregunta. Se sentía algo aturdido y trató de centrarse en lo que tenía que responder y no en la exuberante curva de su boca. Llevaba mucho tiempo sin fijarse en ninguna mujer y en ese momento era como si estuviera teniendo una sobrecarga en sus sentidos.

–Mi tía... –logró finalmente decir–. Voy a hablar con mi tía. Le diré que no puede hacerte esto.

Se volvió de nuevo para poner un poco de distancia entre Valentina y él. Lo necesitaba.

Se estremeció cuando una mano lo agarró del brazo y tiró de él para que se girara. Estaba demasiado cerca y sintió que perdía el equilibrio.

–Estás borracho –le dijo Valentina mirándolo de arriba abajo.

Estuvo a punto de echarse a reír. Después de la impresión que le había producido verla de nuevo, estaba completamente sobrio.

Trató de controlar las sensaciones que dominaban su cuerpo díscolo, pero sentía un hormigueo por todo su ser. Aún podía sentir el contacto de su mano en el brazo.

–Voy a buscar a mi tía y le diré que...

–No, no –lo interrumpió Valentina acaloradamente–. No lo harás. No necesito que me defiendas, Corretti.

Algo se rompió dentro de Gio y apretó la mandíbula con fuerza.

–No me llamo Corretti, sino Gio. ¿Se te ha olvidado mi nombre?

El rostro de Valentina reflejó toda la frialdad que sentía por él.

–No, no lo he olvidado, pero parece que a ti sí se te ha olvidado

por qué nunca querría volver a llamarte por tu nombre.

La crueldad de esa declaración le dolió como un puñetazo, pero se quedó donde estaba.

–No –le dijo débilmente–. No lo he olvidado.

Se miraron a los ojos. Había muchas emociones entre los dos y demasiado dolor.

–Te pagaré lo que mi tía te debe –le dijo él.

Valentina lo miró enfurecida.

–Nunca aceptaría tu sucio dinero –replicó ella.

Entendía que no quisiera tener nada que ver con él. Ni siquiera quería el dinero por el que tanto debía de haber trabajado para preparar esa boda.

Valentina levantó hacia él un dedo amenazador y él tragó saliva.

–Soy una profesional. Me han contratado para hacer un trabajo y eso es lo que voy a hacer . No voy a dejar que tu tía ponga en peligro mi reputación y tampoco voy a aceptar tu dinero por muy culpable que te sientas, Corretti.

Se quedó sin aliento al oír sus palabras.

Vio las lágrimas que brillaban en sus ojos y algo dentro de él se rompió. Recordaba lo fuerte que había sido el día del entierro de su hermano, junto a la tumba. Se quedó inmóvil, no tenía palabras.

De repente, se abrieron las puertas del salón principal y apareció una joven con cara de preocupación.

–¡Valentina, por fin te encuentro! Te necesitamos aquí. La señora Corretti te está buscando.

–Gracias, Sara. Ahora mismo voy –repuso Valentina sin dejar de mirar a Gio.

Esperó a que la chica se fuera para decirle algo más.

–Creo que lo menos que puedes hacer es irte de aquí. Espero no tener que volver a verte –le dijo Valentina mientras pasaba a su lado rehuyéndolo, como si temiera tocarlo.

Gio oyó cómo se abrían y cerraban las puertas del salón tras él. Su olor se quedó en el aire, rodeándolo por completo.

Ya había tenido la intención de irse de allí antes de ver a Valentina. No necesitaba una excusa más para hacerlo.

Sentía que los últimos siete años acababan de desvanecerse en unos pocos minutos y se había dado cuenta de que el dolor aún estaba ahí, escondido bajo la superficie.

Valentina le había dejado muy claro que no quería volver a verlo y él tampoco se veía capaz en ese momento de sobrevivir a otro encuentro con ella.

Una semana más tarde…

–¿Quién has dicho que es? –preguntó Gio con incredulidad mientras miraba a Agata.

Su secretaria, una mujer de mediana edad, suspiró antes de contestar.

–Valentina Ferranti –repitió lentamente Agata–. Está esperándote. Me ha dicho que quiere verte y me ha parecido que está decidida a no irse sin hablar contigo.

Gio le dio la espalda a Agata por un momento y se pasó las manos por el pelo. Le había bastado con oír su nombre para que todo su cuerpo estuviera en tensión, sobre todo en la entrepierna.

Apretó los labios con frustración. Cada vez tenía más claro que la reacción que había tenido al verla en la boda no había sido un accidente. Era ella, únicamente ella, la que tenía ese efecto en él. Le parecía una broma del destino. Una de muy mal gusto.

Su cuerpo y su libido parecían reaccionar solo ante la única mujer en el mundo a la que nunca podría tener. O, mejor dicho, la única mujer en el mundo que nunca querría estar con él.

Se dio la vuelta de nuevo, tratando de ocultar sus tumultuosos pensamientos tras una expresión impasible. Estaba decidido a no dejar que Valentina lo afectara tanto como lo había hecho una semana antes, durante la fallida boda de su primo.

Supuso que había decidido ir a verlo para seguir diciéndole todo lo que pensaba de él. Sabía que iba a tener que resistir el ataque aunque le doliera. Creía que lo merecía.

–Dile que pase –le pidió a su secretaria.

Estaba nerviosa y le sudaban las manos. Valentina se las secó rápidamente en los vaqueros. No quería ni pensar en las palabras que le había dedicado unos días antes a Gio Corretti. Le había asegurado que nunca aceptaría su sucio dinero y que no quería volver a verlo.

Se sonrojó al recordarlo. Se sentía muy culpable.

No entendía por qué estaba tardando tanto la secretaria. Pensó que quizás no fuera lo suficientemente arreglada para la ocasión. Llevaba unos viejos pantalones vaqueros, zapatillas de deporte y una camiseta que ya tenía algunos años.

Pero era demasiado tarde para cambiarse de ropa. Además, su intención no era impresionar a Giacomo Corretti. Estaba allí solo

porque él era la única persona en la isla de Sicilia sobre la que su tía no tenía poder alguno.

Ya había sabido que Gio había logrado construir un negocio exitoso. Aun así, le había sorprendido gratamente ver las flamantes oficinas que tenía en el hipódromo de Siracusa. Durante un par de años tras la muerte de Mario, Gio Corretti se había convertido en una especie de playboy con fama por toda Europa. Siempre había sido amante de los deportes extremos y parecía disfrutar poniendo su vida en riesgo.

También lo había visto en las revistas a bordo de yates por el Mediterráneo, en los casinos de Montecarlo y en los hipódromos de Epsom y Longchamp, donde había ganado y perdido millones de euros en cuestión de horas. Durante esas aventuras, lo había visto además acompañado de mujeres impresionantes.

Lo que estaba viendo ese día contrastaba con la imagen de irresponsable que se había labrado durante años. El hipódromo era un hervidero de gente trabajando. Los mozos de las cuadras llevaban un uniforme con el logotipo de la empresa y todo parecía estar perfecto. Desde los cuidados jardines a las cuadras.

La parte más impresionante del hipódromo era la propia pista de carreras, desde la que se veía el mar Mediterráneo, no había otra igual en el mundo. No había sido allí donde había muerto Mario. De otro modo, ella no habría podido acercarse. Su hermano había fallecido en una pista de entrenamiento más pequeña, en el castillo de Gio.

Valentina podía oír voces en la oficina de Gio, donde había entrado minutos antes la amable señora que la había atendido. Tenía un nudo en el estómago. Había sido una semana horrible y su carrera estaba en peligro. Una Corretti parecía dispuesta a arruinar su empresa y, muy a su pesar, sabía que solo podría salvarla otro miembro de esa poderosa familia. No quería ni pensar en la posibilidad de que saliera la secretaria y le dijera que Gio no quería verla.

Se abrió de repente la puerta y ella se puso en pie con el corazón en la garganta. No estaba preparada para ver a Gio nuevo, pero no le quedaba más remedio que hacerlo.

Durante un segundo, se le pasó por la cabeza salir de allí corriendo, pero la secretaria de Gio le dijo que su jefe la estaba esperando.

Gio esperaba en tensión a que Valentina apareciera por la

puerta. Cuando lo hizo, con vaqueros y una camiseta y el pelo suelto sobre los hombros, se quedó sin aliento.

La camiseta de algodón resaltaba sus firmes senos. Tuvo que apartar la vista y esforzarse por mirarla directamente a sus felinos ojos, los mismos que lo habían estado persiguiendo de día y de noche durante la última semana. Le pareció una opción mucho más segura.

–Siéntate, por favor –le dijo con formalidad él mientras le señalaba una silla.

Valentina parecía algo confusa e indecisa. Después, negó con la cabeza.

–No, gracias, prefiero quedarme de pie.

Gio inclinó la cabeza y se quedó detrás de su escritorio, como si la mesa le pudiera ofrecer algún tipo de protección.

Valentina se cruzó de brazos y el gesto no hizo sino atraer la atención de Gio de nuevo hacia sus pechos. Estuvo a punto de gemir. No sabía qué le pasaba. Estaba actuando como un adolescente totalmente controlado por las hormonas.

–Tendrás que perdonarme, pero la verdad es que me sorprende verte aquí –le dijo él tratando de concentrarse en otra cosa–. Después de todo, me dejaste muy claro el otro día que no querías volver a verme.

A Valentina le estaba costando reaccionar. Al ver de nuevo a Gio la semana anterior, su respuesta había sido muy visceral. Un reflejo de esos años de tristeza y frustración. Después de todo, era la primera vez que lo veía desde el funeral de su hermano.

Pero, en ese momento, se sentía dominada por otro tipo de emociones mucho más ambiguas. Entre ellas, era demasiado consciente de la presencia física de ese hombre. Algo que le resultaba muy molesto.

Desde la gran ventana que había detrás de Gio podía ver las impresionantes pistas de carreras y, más allá, el mar. Pero Valentina solo tenía ojos para ese hombre. Llevaba un polo oscuro que marcaba su musculoso torso y unos pantalones vaqueros tan desgastados como los de ella. Aunque no lo veía bien desde donde estaba, podía imaginar sus muslos como poderosas columnas.

Tenía grabado en su mente imágenes de su hermano y él montando a caballo. Gio se movía con mucha agilidad a lomos del animal. Era difícil distinguir dónde terminaba él y comenzaba el caballo. Su hermano no había tenido esa capacidad innata... Tragó saliva al recordarlo, pero no podía pensar en eso. No era el momento.

Recordó entonces lo que le había dicho el otro día, cuando le aseguró que no quería volver a verlo.

–Es verdad. Lo recuerdo –reconoció ella.

–Entonces, ¿qué es lo que ha cambiado?

–Bueno, es que… Han pasado algunas cosas esta última semana y…

Gio se puso entonces de pie y se acercó a ella. Se apoyó en una esquina de la mesa, estirando sus largas piernas frente a ella. Estaba tan cerca que le llegó su masculino aroma. Un olor que la transportó de repente al pasado.

Tenía diecisiete años, fue solo unas semanas antes de la muerte de Mario. Había ido en moto al castillo de Gio en busca de Mario. Su padre lo necesitaba en casa. Por aquel entonces, a Valentina le valía cualquier excusa para ir a casa de Gio.

Recordó que había ido hasta los establos en busca de Mario y no había visto a nadie. Se había sentido decepcionada al no poder ver tampoco a Gio. Un caballo había aparecido entonces de la nada y no pudo ahogar un grito de sorpresa. Le avergonzaba, pero no podía evitar sentir cierto miedo alrededor de esos animales.

Pero antes de que supiera lo que estaba pasando, alguien la levantó del suelo sin apenas esfuerzo hasta que estuvo a lomos del caballo. Gio se montó entonces detrás de ella, agarrándose con un brazo a su cintura y sus fuertes muslos contra los de ella.

Recordaba tan bien como si acabara de ocurrir las sensaciones de vértigo, sorpresa, miedo y excitación.

–Nunca van a dejar de asustarte los caballos si no aprendes a montarlos –le había dicho Gio al oído.

Había puesto entonces las riendas en sus manos y habían salido a montar por la pista mientras él guiaba sus movimientos, le daba instrucciones y la animaba a seguir intentándolo.

El terror que había sentido al principio se fue convirtiendo en alegría al lograr hacerse con el caballo y consiguió relajarse entre sus brazos. Pero pasó el tiempo y su hermano seguía sin aparecer.

Gio le había dicho entonces que Mario había vuelto a su casa antes incluso de que llegara ella al castillo.

Valentina se había bajado del caballo en cuanto lo oyó y había vuelto a casa con piernas temblorosas. Le había avergonzado mucho saber que habían estado completamente solos durante todo ese tiempo.

Después de aquello y durante semanas, había sido incapaz de mirar a Gio sin ruborizarse. Era muy consciente de cómo se estremecía su cuerpo cuando lo veía y el calor que recorría su ser.

–¿Qué cosas? –le preguntó entonces Gio.

Valentina lo miró fijamente. Su mente seguía aturdida por los recuerdos y no sabía de qué le hablaba.

–¿Qué es lo que ha pasado esta semana? –agregó él.

No entendía por qué había tenido que recordar esos momentos tan traicioneros cuando, en realidad, solo había uno importante. El recuerdo de cuando sus padres y ella llegaron a ese hospital de Palermo y un médico les dijo que Mario había muerto.

Valentina se centró en eso para no perder la compostura y cruzó los brazos con más fuerza sobre el pecho. Creía que ese hombre le debía mucho. A ella y a sus padres, pero sobre todo a su difunto hermano.

–Tu tía se ha negado a pagarme el banquete de la boda.

Gio frunció el ceño al oírlo.

–¿Le has dicho que no vas a aceptarlo? –le preguntó él.

Valentina se sonrojó al oír su pregunta. Había estado tan enfadada y confundida después de ver a Gio en la boda que cuando se había encontrado cara a cara con Carmela Corretti y la mujer se negó a pagarle la comida de seis platos de la que aún estaban disfrutando muchos invitados, Valentina la había amenazado con tomar acciones legales.

No entendía qué se le había pasado por la cabeza en ese momento para que reaccionara de manera tan ingenua. Sabía que alguien como ella, una simple mortal, nunca iba a poder ganarle la batalla legal a un Corretti, eran demasiado poderosos. Carmela la había fulminado con la mirada al oírlo.

–¿Te atreves a amenazarme con acciones legales? –le preguntó con los brazos en jarras.

–Sí, así es. Usted no me asusta –le había respondido ella.

Carmela se había limitado a dedicarle una fría sonrisa.

–No solo no te voy a pagar, señorita Ferranti, sino que además te vas a quedar sin trabajo en esta isla. Ya te lo advertí, ¿no lo recuerdas?

Valentina se quedó sin aliento. Le parecía increíble que esa mujer la estuviera atacando como lo hacía.

–Pero no ha fallado nada del menú ni del servicio de catering.

–No –reconoció Carmela–. Pero no me gusta nada tu actitud, jovencita.

Eso había sido demasiado para Valentina. Tuvo que contenerse cuando esa mujer le habló de manera tan condescendiente. Había visto un cubo de hielo a su lado y se le pasó por la cabeza echárselo encima a esa mujer. Pero de repente su hijo entró en el salón y

Carmela la había apartado de manera despectiva para ir hacia él.

Después de escucharla, Gio no dijo nada durante un buen rato.

–Creo que habría pagado por ver a mi tía con un cubo lleno de hielo sobre su cabeza –le dijo de repente Gio.

Valentina lo miró de reojo. A Gio le brillaban los ojos y vio que estaba conteniendo la risa. Fue algo tan inesperado que a ella también le entraron ganas de echarse a reír. Era como si le hubiera leído el pensamiento.

Pero no podía dejarse llevar por las emociones. No pensaba permitir que él se le acercara, temía que su personalidad acabara seduciéndola.

Se dio cuenta de repente que había sido un error ir a verlo.

Sin pararse a pensarlo, se dio la vuelta y fue hacia la puerta. Tenía ya la mano en el picaporte cuando una mano mucho más grande agarró su brazo y tiró de ella. Ese simple contacto hizo que se estremeciera. No parecía capaz de controlar las reacciones de su cuerpo cuando estaba cerca de él y eso la convenció aún más de que necesitaba salir de allí cuanto antes.

Se apartó de él y lo miró. Estaba demasiado cerca.

–Ha sido un error venir a verte.

Gio la miraba con el ceño fruncido.

–No has venido hasta aquí desde Palermo para nada, Valentina –le dijo él.

Ella negó con la cabeza.

Los recuerdos la atormentaban y se veía incapaz de apartarlos de su mente. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para recordar por qué odiaba a ese hombre.

–No debería haber venido –insistió–. Pensé que me podrías ayudar con algo. Se me había olvidado que no quiero… Que no necesito tu ayuda.

Abrió entonces la puerta y corrió hasta llegar a la entrada del edificio. No se detuvo hasta que llegó a su viejo coche.

Gio cerró la puerta de su despacho cuando Valentina se fue y se apoyó en ella.

–Maldita sea… –murmuró desesperado.

Esa noche, cuando Valentina volvió a casa después de comprobar que sus padres estuvieran bien, dio vueltas por su diminuto apartamento. Las cosas no iban bien. Había visto a su

padre con mala cara, bastante torpe y algo sudoroso. Pero, cuando ella le había mostrado su preocupación, él había quitado importancia a su estado.

Aun así, no podía dejar de preocuparse. No les había contado lo que había pasado en la boda ni el duro golpe que iba a suponer para su empresa que Carmela Corretti la hubiera puesto en su lista negra. No sabía qué hacer. Necesitaba trabajar. Su padre tenía continuos dolores en el pecho y la artritis de su madre limitaba mucho sus movimientos.

Dejó de dar vueltas y se pasó la manos por la cara.

Tenía que trabajar, pero por culpa de Carmela Corretti le iba a costar encontrar a alguien que la contratara en toda la isla de Sicilia. Y eso no era todo, sus dos empleados también se iban a quedar en el paro por su culpa.

Se dejó caer en una desvencijada silla y maldijo entre dientes. Lamentaba haberse dejado llevar por las emociones y haber reaccionado como lo había hecho ante Carmela.

Creía que la culpa de todo la tenía Gio. Verlo de manera tan inesperada en la boda la había sacado de quicio y había pagado con Carmela toda la ira que sentía contra la familia Corretti. Estaba convencida de que esa gente solo pensaba en sí misma.

Pero su conciencia le impedía generalizar. Tenía que reconocer que Gio no había sido como el resto de su familia. Cuando lo conoció, había sido un chico tímido y callado.

El padre de Valentina se había encargado de pequeños trabajos de mantenimiento en el *palazzo* Corretti de Palermo y su madre, de la colada de la casa. Su humilde hogar había estado cerca de allí.

Al principio, Gio y Mario no habían sido amigos, pero fueron entablando amistad después de una pelea especialmente violenta. Ella solo tenía entonces cinco años, pero aún se acordaba.

Mario había estado hostigando a Gio mientras lo miraba con los puños levantados.

–Vamos, di algo, ¿por qué no lo haces? ¿Es que no tienes lengua?

Desde su escondite, Valentina había visto cómo Gio se había lanzado contra Mario con un gruñido salvaje. Su padre los había encontrado y los había separado. Les ordenó entonces que se pidieran perdón.

Gio había tenido problemas para pronunciar las palabras. Había sido insoportable ver cómo sufría para hablar por culpa de su tartamudez.

Después de mucho intentarlo, acabó pidiéndole perdón a Mario.

Recordaba muy bien la expresión de su rostro, como si hubiera estado esperando que su hermano se riera de él.

Mario había ignorado el tartamudeo de Gio y le había tendido la mano con elegancia.

–Yo también lo siento –le dijo.

Desde ese día, habían sido inseparables. No le gustaba pensar en esas cosas ni recordar cómo había sido Gio antes de que su mundo diera una vuelta de ciento ochenta grados.

Apretó las manos formando puños. Si Mario no hubiera sido tan esclavo de Gio, nunca habría dejado de lado sus estudios aquella fatídica noche para ir a montar a caballo con él. Podía recordar perfectamente la conversación que habían tenido con Gio cuando llegó para buscar a su hermano.

–Debería quedarme a estudiar –había protestado Mario–. Tengo exámenes.

Gio había respondido con una mueca.

–¡Es la peor excusa que he oído, Ferranti!

–Bueno, es que a algunos nos importa obtener una buena educación.

Gio había gruñido al oírlo y, durante unos minutos, habían fingido pelearse como cuando eran pequeños. Valentina había estado observándolos a escondidas detrás de la puerta, con los ojos clavados en Gio. Al cabo de un rato, dejaron de pelearse y Mario miró a su amigo con un brillo peligroso en sus ojos que Valentina reconocía demasiado bien.

–Iré si me dejas montar a Estrella Negra.

Valentina se había quedado sin aliento al oírlo y había mirado a Gio, que fruncía el ceño.

–De eso nada, Mario. Sabes de sobra que no voy a dejar que lo montes. Es muy peligroso.

–¿Estás diciendo que eres el único que lo puede manejar? –replicó Mario riendo.

Valentina había salido entonces de su escondite para interponerse entre los dos jóvenes.

–No le dejes montar a ese caballo, Gio –le pidió ella–. Te juro que...

Pero su hermano la había tomado entonces por los hombros para apartarla de su amigo.

–Esto no es de tu incumbencia, Valentina.

Pero ella había hecho caso omiso de su hermano y le había implorado a Gio con los ojos. Había visto a Estrella Negra en acción. Era un enorme purasangre que Gio había comprado hacía

poco tiempo en Francia. Aunque tenía el potencial para ser un gran campeón, ya había corrido algunas carreras y en cada una había terminado por tirar al jinete. En una de esas ocasiones, el jinete había muerto. Las autoridades francesas habían decidido sacrificar al animal, pero Gio había intervenido para comprarlo, alegando que él podría domarlo y argumentando que el caballo no debía ser castigado por el fracaso de sus primeros domadores. Pero cuando Gio les había mostrado el caballo a Mario y a ella cuando lo llevó a Sicilia, había visto una locura en sus ojos que la había aterrorizado. Gio era el único que había sido capaz de acercarse a él. No podía permitir que su hermano tratara de montarlo.

–Venga, Gio –había tratado de convencerlo Mario–. ¿Vas a dejarme?

El otro joven se había encogido de hombros.

–Ya veremos.

Mario había sonreído al oírlo.

–Espérame aquí, voy a cambiarme.

Aún recordaba cómo la había mirado Gio, haciendo que se sonrojara.

–No dejes que se acerque a ese caballo o le pasará algo... Sabes que no es tan bueno como tú.

Gio se le había acercado para sujetarle la barbilla con los dedos. Había hecho que su corazón latiera más rápido con ese simple gesto.

–No te preocupes, *piccolina*, no voy a dejar que le pase nada.

–No me llames así, ya no soy pequeña –le había respondido indignada.

Gio se había quedado callado unos instantes, limitándose a mirarla con tanta intensidad que se había quedado sin aliento.

–Ya sé que no lo eres... Pero no te preocupes. Lo devolveré ante sus aburridos libros antes de la medianoche, como si fuera Cenicienta .

Mario apareció entonces y se despidió con un abrazo de Valentina.

Había sido la última vez que lo había visto.

Cuando llegaron al hospital horas más tarde y vio a Gio, fue histérica hacia él.

–Le dejaste montar a ese caballo, ¿verdad?

Gio se había limitado a mirarla sin poder reaccionar.

–Lo siento mucho.

Sus padres habían estado muy orgullosos de Mario y de lo que iba a conseguir en un futuro. Ella se había resignado al hecho de

que no iba a tener las mismas oportunidades que él.

–Valentina, cuando me haga abogado y gane mucho dinero, te pagaré los estudios en la escuela de cocina Cordon Bleu de Francia –le había prometido su hermano.

Se le llenaron de lágrimas los ojos, pero justo en ese momento llamaron a la puerta de su piso y el sonido la devolvió al presente. Sorprendida, porque no estaba acostumbrada a recibir visitas, fue hacia la puerta mientras se limpiaba la cara con la mano.

Cuando abrió y vio quién era, se quedó sin aliento.

–¡Tú!

Capítulo 3

Sí, soy yo –repuso Gio con seriedad.

Valentina estaba demasiada sorprendida para decir nada coherente.

–¿Cómo has llegado hasta aquí?

La puerta principal estaba en la planta baja y había cinco apartamentos en ese antiguo edificio casi en ruinas que estaba en una de las peores calles de Palermo.

–Tuve la suerte de que entrara alguien en el portal justo cuando llegué yo.

–Pero, ¿cómo sabías dónde vivía?

–Pregunté aquí y allá –repuso Gio.

No le extrañó su respuesta. Creía que nadie le negaría a un Corretti la información que quisiera. Verlo allí delante de ella cuando había estado pensando en él minutos antes, no hizo sino irritarla aún más.

–¿Qué es lo que quieres, Gio?

Vio que abría más los ojos y Valentina se dio cuenta demasiado tarde de que era la primera vez que lo llamaba por su nombre desde aquella noche.

–Me gustaría entrar un minuto, si puede ser.

–Pues lo siento, pero no me parece buena idea.

Valentina comenzó a cerrar la puerta, pero se sorprendió al sentir la mano de Gio impidiendo que la cerrara.

–Podemos quedarnos aquí en la puerta y dar a tus vecinos algo de que hablar o puedes invitarme a pasar –le dijo Gio.

Valentina oyó en ese instante el crujido delator de la puerta de su vecino y de muy mala gana dejó que entrara Gio. Al verlo en medio de su pequeño salón, se dio cuenta de lo diminuto que era su piso.

–Bueno, no creo que hayas venido para que te diga cómo vivir en un pequeño estudio. No creo que tengas esa necesidad.

Gio le dedicó media sonrisa y ella no pudo evitar sentir cierto revoloteo en su estómago.

–No. No estoy aquí para eso –respondió Gio.

Se volvió hacia ella y se dio cuenta entonces de que él se había cambiado de ropa. Llevaba una camisa blanca y pantalones de

algodón. Tenía el pelo demasiado largo y le caía un mechón sobre los ojos.

–Estoy aquí porque te fuiste corriendo de mi despacho después de decirme que no necesitabas mi ayuda. Pero está claro que, hasta ese momento, estabas decidida a pedirme que te echara una mano con algo –le recordó Gio.

Valentina lamentó de nuevo haber ido a verlo, pero no iba a dar su brazo a torcer.

–Fue una mala idea, eso es todo. Estoy bien –le aseguró ella.

Gio se cruzó de brazos.

–Conozco a mi tía Carmela y no creo que estés bien ni mucho menos.

El corazón le dio un vuelco. No, las cosas no le iban bien. Todo lo contrario. Pero no quería su ayuda. Habían pasado demasiadas cosas.

Fue decidida a la puerta y la abrió de nuevo. Miró a Gio, pero evitó sus ojos.

–No debería haber ido a verte. Ahora, me gustaría que te fueras, por favor.

Gio miró a esa mujer, tiesa como un palo junto a la puerta. Le entraron ganas de agarrarla por los hombros y sacudirla para hacer que entrara en razón.

–Valentina –le dijo algo frustrado–. Sabes que puedes hablar conmigo, que me puedes decir lo que sea. Si necesitas algo...

Ella lo miró entonces, y por primera vez, se dio cuenta de que estaba pálida y que parecía muy cansada. Tenía ojeras y había mucha preocupación en su rostro.

–No lo entiendes. Olvida que me has visto. Y, ahora, por segunda vez, te pido que te vayas. No deberías haber venido hasta aquí.

–¡Valentina, por amor de Dios,...!

Gio se interrumpió cuando oyó el sonido de un teléfono. Miró hacia abajo y vio un móvil en la pequeña mesa de centro. Sin pensar, se inclinó para recogerlo y vio lo que ponía en la pantalla digital. Eran los padres de Valentina. Se quedó sin respiración.

–Son tus... –le dijo mientras se lo daba.

–Ya sé quién es –lo interrumpió ella.

Valentina tomó el teléfono y se puso de espaldas a él para contestar.

–¿Mamá?

Aprovechó para fijarse en su melena brillante y en sus suaves rizos. Le caían sobre su esbelta espalda. Sin poder evitarlo, fue

bajando por su anatomía hasta llegar a la curva redondeada de su trasero. Deseaba acercarse a ella, retirarle el pelo suavemente y besar su cuello. Quería rodear su cintura con el brazo y sentir el roce de esos pechos contra su piel. Deseaba más que nada sentir las curvas de su cuerpo moldeándose contra el suyo. No pudo evitar que una oleada de calor recorriera su cuerpo. El deseo era tan intenso que lo dejó sin aliento.

Pero Valentina se volvió de repente para mirarlo y vio que estaba más pálida aún.

–¿Qué pasa?

–¡Mi padre! ¡Se ha desmayado!

Gio se puso en marcha antes de que Valentina terminara de hablar. Salieron del piso y no tardaron en llegar a su coche. Ella le dio la dirección de sus padres. Afortunadamente, no vivían muy lejos de allí.

Se detuvieron frente a la modesta casa y Valentina salió del coche antes de que terminara de aparcar. Él la siguió, tenía una horrible sensación de angustia en su vientre. Si algo le sucedía a su padre… Entraron y vio al hombre en el suelo. Estaba blanco. La madre de Valentina sollozaba sobre el cuerpo de su esposo y vio que Valentina comenzaba a temblar.

Gio entró y suavemente apartó a la joven. Le dijo que llamara a una ambulancia. Y, mientras ella estaba al teléfono, se arrodilló al lado de Emilio Ferranti y escuchó los latidos de su corazón. No podía oír nada. Le abrió la camisa y comenzó las maniobras de reanimación. Sintió poco después que alguien tiraba de su brazo y vio que era Valentina.

–¿Qué estás haciendo?

–Trato de reanimarlo –le contestó sin dejar de hacerlo.

Siguió así hasta que llegó la ambulancia y los enfermeros lo apartaron. Estaba agotado, pero siguió mirando con atención a Emilio mientras un médico le administraba oxígeno. Luego lo pusieron en una camilla y se lo llevaron a la ambulancia, donde subió también la madre de Valentina.

–Vamos, te llevo al hospital –le dijo a Valentina cuando se quedaron solos.

Ella parecía conmocionada y se había quedado mirando las luces de la ambulancia alejándose por la calle. El corazón le dio un vuelco al verla tan desolada.

La llevó hasta el coche y tuvo incluso que ponerle el cinturón de seguridad al ver que Valentina no reaccionaba.

No volvió en sí hasta unos minutos después.

–El médico me dijo que probablemente le hayas salvado la vida –susurró Valentina–. No sabía lo que estabas haciendo…

Él se encogió de hombros.

–No te preocupes, no me extraña que te asustaras.

–¿Dónde aprendiste a hacer eso?

Suspiró al oír su pregunta. La verdad era que había aprendido a hacerlo después de que Mario muriera. Le había afectado mucho no haber podido salvarlo ni hacer nada por él.

–Bueno, tengo una empresa y para mí es muy importante que todos los empleados reciban cierto entrenamiento de primeros auxilios –le dijo él.

La formación que tenía él iba más allá de los primeros auxilios, pero no quería hablar de ello. Se había sentido tan impotente junto al cuerpo inerte de Mario que juró que iba a hacer todo lo posible por no volver a sentirse igual. Había sido terrible que su amigo hubiera estado vivo durante algún tiempo y que él no hubiera sabido cómo mantenerlo con vida. Había muerto en sus brazos antes de que llegaran los médicos.

–Gra… gracias –susurró Valentina.

Gio hizo una mueca.

–No hay de qué.

Hicieron el resto del viaje en silencio y, cuando llegaron al hospital, Gio tuvo una horrible sensación de *déjà vu*. La noche del accidente de Mario había esperado contra toda esperanza que de alguna manera milagrosa su amigo volviera a la vida, pero no habían tenido esa suerte. Al verlo allí, Valentina se había lanzado sobre él con furia.

–¡Sabía que algo iba a suceder! No deberías haberle convencido para se fuera contigo. Si no hubieras ido a casa…

El recuerdo se desvaneció cuando se vieron rodeados por el frenético caos de la sala de urgencias. Valentina preguntó en el mostrador y desapareció poco después con una enfermera.

Como un autómata, Gio llamó a uno de sus empleados para que se acercara al hospital con un coche más práctico que el deportivo con el que acababa de llegar.

Unos minutos después, vio salir de una sala a la madre de Valentina. Su hija la sostenía.

Rezó en silencio para que su padre estuviera bien.

Cuando las dos mujeres llegaron a su lado, Valentina lo miró y sonrió con cansancio.

–Está estable. Ha sido un infarto muy fuerte, pero el doctor me ha dicho que no lo habría superado sin tu ayuda.

No pudo evitar sentirse algo incómodo.

–Tengo un coche fuera. Dejad que os lleve a casa.

La madre de Valentina reconoció a Gio y fue un alivio ver que no parecía molesta ni sorprendida. Las acompañó hasta su todoterreno y les abrió la puerta con amabilidad.

–¿Puedes llevarnos a casa de mi madre? –le pidió Valentina–. Me quedaré con ella esta noche.

Cuando llegaron, Gio salió del coche para ayudar a la madre de Valentina. En la puerta de la casa, se detuvo y lo miró.

–Gracias, Gio.

Miró la cara triste y arrugada de la mujer. Parecía muy cansada. Cuando Valentina estaba a punto de entrar tras su madre, él la detuvo con una mano en su brazo.

–Si necesitas algo... Cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme. Lo digo en serio, Valentina.

–No... –empezó ella cortándose a sí misma–. De acuerdo –asintió después.

Había pasado una semana desde que Gio dejara a Valentina en casa de su madre y estaba tratando de no pensar en ella mientras miraba una foto en el periódico local. Un gran titular proclamaba: *Escándalos en la Familia Corretti*.

Se rumoreaba que la novia a la fuga se había escapado en realidad con Matteo, el hermano mayor de Gio. Y acababa de saberse que su prima Rosa no era en realidad su prima, sino otra hermanastra, fruto de un romance entre su tía Carmela y su padre.

Gio hizo una mueca de desagrado. No quería tener nada que ver con los sórdidos detalles de la vida de sus parientes, pero se sintió mal por Rosa. Se habían visto poco, pero siempre había sido muy dulce con él. Suponía que habría sido una noticia difícil de asumir.

Su teléfono sonó en ese momento y vio que se trataba de un número que no reconoció.

No pudo evitar que se tensara todo su cuerpo.

–¿Diga?

No oyó nada durante unos segundos.

–Soy yo –repuso Valentina poco después.

Se quedó sin aliento.

–¿Cómo está tu padre? –le preguntó.

–Está bien –le dijo con voz cansada–. Sigue en el hospital y parece que necesitan operarlo, van a hacerle un bypass.

Hubo otro largo silencio antes de que volviera a hablar.

–Gio... Yo...

Se aferró el teléfono. Tenía miedo de que le colgara en cualquier momento.

–Dime, Valentina, ¿de qué se trata?

Oyó un suspiro casi inaudible.

–Necesito que me des trabajo.

–No he recibido ninguna educación formal, pero podría trabajar en la cocina... En realidad, podría trabajar donde quisieras.

Gio trató de no revelar lo que sentía, pero le emocionó ver el orgullo con el que hablaba Valentina. Se presentaba ante él ese día, después de que lo llamara la noche anterior por teléfono, e iba vestida con pantalones negros y una camisa blanca. Se había recogido el pelo en una cola de caballo baja. Estaba pálida y evitaba mirarlo a los ojos. No quería ni pensar en cuánto le estaría costando hacer eso.

Pero algo había despertado su curiosidad.

–Dices que no has recibido ninguna educación formal. Entonces, ¿dónde aprendiste todo lo que sabes?

Valentina lo miró entonces y le costó mucho más mantener el control de la situación.

–¿Te acuerdas de mi *nonna*?

Gio asintió con la cabeza. Tenía un vago recuerdo de su abuela, una mujer pequeña con los ojos marrones y brillantes. Ella también había estado ese día en el cementerio. Una matriarca mayor y arrugada que nunca debería haber tenido que ver cómo enterraban a su nieto. Sintió que se le encogía el corazón al pensar en ella.

–Ella había sido la cocinera en una *trattoria* local y fue mi primera maestra. Desde que era pequeña me enseñó todo lo básico y me confió todos sus secretos. Cuando salí de la escuela, fui a trabajar con ella. Después, cuando falleció, trabajé para Marcel Picheron como aprendiz. Mis padres habían invertido todo su dinero en...

Se detuvo bruscamente y el nombre que no pronunció se quedó colgando en el aire como una acusación. Sabía que se refería a Mario.

–No podían permitirse mandarme a la universidad, pero me enteré de que Marcel organizaba jornadas de puertas abiertas. Fui a hacer una prueba8 y me seleccionó.

Gio recordaba perfectamente que los padres de Mario habían invertido hasta el último céntimo en su educación. Y nunca había

dejado de sorprenderle que Valentina no hubiera mostrado en ningún momento acritud hacia la decisión de sus padres. De hecho, había estado tan orgullosa de Mario como sus padres.

Solo podía imaginar lo buena que debía de ser Valentina para haber logrado impresionar al chef Marcel, el viejo cascarrabias francés que tenía más estrellas Michelin que cualquier otro chef en Italia y que dirigía el restaurante más exclusivo de la isla. Tenía una lista de espera de seis meses.

Valentina miró a Gio nuevo.

–Me fui abriendo paso hasta llegar a ser sous-chef, pero me di cuenta de que mi fuerte era el diseño de los menús y la creación de canapés.

–Parece que en realidad has tenido mejor formación que la mayoría de personas. Mejor que si hubieras ido a la Cordon Bleu de París.

Valentina se encogió de hombros y se sonrojó.

–Creé mi propia empresa de catering con dos amigos hace un año. Diseñamos menús para eventos y luego contratamos a chefs para que cocinen. Yo hago personalmente todos los canapés. En general lo superviso todo y, si es necesario, también puedo hacer de chef.

Gio recordó el banquete de la fallida boda de su primo. Podía recordar los delicados canapés. Todo había estado tan apetitoso y le había parecido tan original que había comido más de la cuenta a pesar de no haber tenido demasiado apetito ese día.

Se levantó de su sillón y fue hasta la ventana con las manos en los bolsillos. Miraba sin ver el hervidero de actividad que había en las pistas de carreras. Se volvió entonces hacia Valentina, que seguía sentada en una silla. Parecía tan delicada y frágil como el cristal.

–La carrera anual de la Copa Corretti será dentro de tres semanas. Se celebra durante tres días y aquí ofrecemos a los que nos visitan un paquete completo de entretenimiento, incluyendo las comidas de cada día. Me gustaría que diseñaras ese almuerzo principal de cada día y que te encargaras además del catering para los cócteles de cada noche.

Vio que Valentina tardaba un minuto en asimilar sus palabras. Después se levantó y lo miró con el ceño fruncido.

–No necesito tu compasión…

–No contrato a la gente para ayudarlos, esto es un negocio. Contrato a la gente por lo que pueden ofrecerme y porque creo que son los mejores para un puesto. Tengo un nuevo chef que no me

convence mucho y me gustaría que idearas un menú para él. Vi lo que hiciste en la boda de mi primo y me he dado cuenta de que eres muy buena. Además, el hecho de que mi tía te contratara es toda la recomendación que necesito. A pesar de todos sus fallos, es muy perfeccionista y siempre elige lo mejor.

Vio que Valentina se ruborizada. Parecía muy satisfecha con su oferta.

–Siempre he trabajado con dos empleados a tiempo completo en los que confío plenamente.

–De acuerdo, cuenta con ellos también –repuso Gio–. Lo que necesites.

Gio volvió a sentarse en su sillón y la miró con formalidad, como un hombre de negocios.

–Hablemos ahora de tus honorarios...

Una hora más tarde, Valentina tenía tantas cosas en la cabeza que estaba algo aturdida. Un ayudante de Gio le había dado un recorrido exhaustivo por las cocinas y los comedores. Todo era nuevo y a la última. Estaba muy bien equipado, pero sin ser ostentoso.

Había palcos que daban a las pistas del hipódromo para los clientes exclusivos. Había incluso un par de palcos reservados para la realeza.

Cuando salieron de nuevo a la zona principal de la pista, su guía señaló algo detrás del enorme estrado.

–Allí es donde están los establos, las pistas de práctica y las viviendas del personal. El señor Corretti tiene el resto de sus caballos en su castillo. Está cerca de aquí.

Valentina tragó saliva al pensar en ese lugar donde había muerto su hermano.

–¿Te gusta trabajar aquí?

El ayudante de Gio respondió con entusiasmo.

–Sí, el señor Corretti es un jefe duro, pero justo. Siempre está al tanto de todo y nos paga mejor que en cualquier otro hipódromo de Italia.

Hablaron un poco más y Valentina le dijo que deseaba pasear sola durante un rato.

La verdad era que, con ella, Gio iba a ser más que justo con su salario. Había sido muy generoso.

–Pago bien a todo mi personal, Valentina. No quiero que mis empleados estén descontentos –le había dicho Gio cuando ella se

resistió al oír la cantidad que le ofrecía.

Había llegado a la conclusión que le venían muy bien los grandes beneficios que había conseguido con sus caballos para poder permitirse que sus empleados estuvieran contentos y le fueran leales. Pero, por alguna razón, no le daba la impresión de que tratara de comprarlos con dinero. Parecían estar realmente contentos con Gio.

Distinguió su esbelta figura en la distancia y su corazón traicionero comenzó a latir con fuerza. Gio la había visto e iba hacia ella. Tuvo el repentino impulso de darse la vuelta y salir huyendo, pero no lo hizo. Cuando Gio se detuvo frente a ella, le preguntó qué tal le había ido y ella se lo contó. Las gafas de sol de él escondían sus ojos y sintió el impulso de quitárselas para poder interpretar su mirada.

–Entonces, comenzarás mañana, ¿no? Hay mucho que hacer durante estas tres semanas.

Valentina asintió y miró hacia otro lado.

–Sí, voy a empezar mañana –le dijo mirándolo de nuevo a los ojos–. Quería… Quería darte las gracias. No tienes por qué hacer esto, pero te lo agradezco.

Sabía que los dos estaban pensando en Mario y que Gio sentía que le debía mucho.

Él se encogió de hombros.

–Siempre estoy buscando el mejor personal para mi empresa y creo que tu trabajo añadirá un plus de calidad a la Copa Corretti este año.

Era solícito y amable. Suponía que sería así con todo el mundo. Y, sin saber por qué, odió que fuera de esa manera. No quería ser un empleado más, pero tampoco sabía qué quería. Le parecía que estaba dejándose llevar a un terreno muy peligroso y llegó incluso a dar instintivamente un paso atrás.

–Bueno, será mejor que me vaya.

–Sabes que puedes alojarte en la zona para personal si lo deseas, ¿no?

Valentina negó con la cabeza .

–No. Mi padre sigue en el hospital y me gusta verlo cada día. Además, mi madre me necesita.

–Va a ser duro tener que ir y volver cada día, no me gustaría que terminaras durmiéndote sobre los canapés…

–Todo irá bien –le aseguró ella–. No te voy a defraudar.

Valentina se movió para irse, pero Gio agarró su brazo e hizo que se quedara sin aliento.

–No pretendía sugerir que fueras a defraudarme. Lo que me preocupa es que sea demasiada carga para ti.

Sus palabras la emocionaron, pero no quería creerlas.

Lo miró directamente a los ojos y se apartó de él.

–No tienes que preocuparte de mí.

–Claro que sí. Después de todo, eres mi empleada –repuso él con firmeza.

–¿Desde cuándo te preocupan tanto los demás y su seguridad?

Vio cómo palidecía Gio ante sus ojos y lamentó haberle dicho algo así, pero ya era demasiado tarde.

–No tienes que preocuparte por mí –insistió antes de irse.

Gio se quedó mirando a Valentina mientras se alejaba. Le entraban ganas de darle una bofetada. En realidad, quería besarla y luego darle una bofetada. Era una suerte que llevara gafas de sol porque había estado mirando ensimismado su boca durante los últimos minutos, al menos hasta que ella lo había vuelto a dejar sin aliento con sus duras palabras.

Soltó de golpe el aire que había estado reteniendo sin darse cuenta y fue con decisión hasta su todoterreno.

No se tranquilizó hasta que comenzó a ver su casa en la distancia. Sabía que ese castillo era demasiado grande para él solo, pero lo había comprado sobre todo por el terreno circundante, donde tenía una pequeña granja, la cuadra de su semental y los establos. Allí había tenido además un pequeño campo de entrenamiento que decidió quitar tras la muerte de Mario.

Por eso había pasado dos años viajando por Europa después de que falleciera su amigo, había sido demasiado doloroso hacer frente a los recuerdos que tenía en esa casa.

Seguía trabajando con caballos, pero estaba obsesionado con la seguridad y llevaba siete años sin montar.

En vez de ir directo a la casa, se acercó a los establos. Allí estaba Rebelde, que relinchó a modo de saludo al ver que se le acercaba Gio. Le bastaba con verlo para encontrar de nuevo la paz. Acarició el cuello y la cara del elegante purasangre y sonrió mientras sacaba una manzana de su bolsillo y se la daba.

–Eres un granuja –lo reprendió cariñosamente–. Solo me quieres por mis manzanas.

Siempre le emocionaba estar con él y recordar lo lejos que había llegado con ese caballo. Su padre, a quien también le gustaba montar, había mandado construir buenos establos y campos de entrenamiento junto al palacio de la familia. Ese lugar no tardó en convertirse en un verdadero refugio para Gio, que había tenido una

afinidad innata por los caballos desde que vio uno por primera vez.

Benito Corretti había comprado Rebelde cuando solo era un potro sin domar. El caballo había tenido buen pedigrí, pero el entrenador no conseguía dominarlo y su padre no tenía paciencia para más.

–Voy a venderlo al matadero –le había dicho su padre–. Ha sido un desperdicio comprarlo.

Gio, que solo había tenido entonces dieciséis años, había ido a hablar con él. Llevaba un par de años sin tartamudear, pero siempre le costaba hablar en presencia de su padre. Aun así, tragó saliva y se concentró en lo que quería decirle.

–Pa... padre, dame una semana. Y, si no consigo do... domarlo, puedes hacer con él lo que quieras.

Su padre se había burlado cruelmente de él. Lo recordaba perfectamente.

–¿Es... estás se... seguro, Gio?

Siempre intentaba provocarlo. Le entraron ganas de darle un puñetazo en la cara, pero recordó las palabras de su amigo. Mario siempre le decía que su padre no se merecía que él le mostrara cómo le hacía sentir. Estaba deseando salir de allí y establecer su propio negocio.

Su padre aceptó su propuesta a regañadientes y Gio se había concentrado totalmente en la oportunidad que suponía encargarse de la doma de Rebelde.

Durante las siguientes semanas, Gio había buscado y encontrado trabajo en otro establo cerca de Siracusa. Había hecho un trato con el dueño para trabajar a cambio de comida y de poder tener allí a su caballo. Lo había domado en su tiempo libre hasta conseguir hacer de él un campeón.

Su jefe había visto algo en Gio y en el caballo y le ofreció la oportunidad de llevar a Rebelde a las carreras por Europa junto con sus propios animales.

Fue un punto de inflexión en su vida. Rebelde se convirtió en un campeón de la noche a la mañana y su jefe y mentor recuperó con creces la inversión que había hecho en Gio.

Ganó mucho dinero en los mejores hipódromos de toda Europa. A los diecinueve años ya tenía fama por ser un gran domador y, más tarde, también criador de caballos.

Rebelde llevaba mucho tiempo retirado, pero su trayectoria había sido tan importante que criadores de todo el mundo enviaban sus yeguas a Sicilia para que las cubriera un semental que cobraba honorarios astronómicos por sus servicios. Ya había engendrado al

menos otra docena de campeones.

Gio miró con cariño al caballo y le dio una última palmadita en el cuello. Salió de la cuadra y fue dando un paseo hasta su casa. Mientras caminaba, no podía quitarse de la cabeza a Valentina Ferranti. No sabía cómo iba a sobrevivir si iba a tener que verla cada día.

Hacia el final de su primera semana de trabajo en el hipódromo, Valentina estaba agotada. Tenía que conducir casi dos horas por la mañana y por la noche con su viejo coche. Y, después de visitar a su padre en el hospital después del trabajo, no se acostaba hasta pasada la medianoche. Al día siguiente, estaba en pie a las cinco para poder llegar a tiempo al trabajo.

Su padre seguía muy enfermo y estaba en lista de espera para ser operado. Les habían dicho que cabía la posibilidad de que tuviera que esperar durante meses y temía que le diera otro infarto antes de que le solucionaran su problema de corazón. No podía pensar en otra cosa y su madre también estaba muy preocupada.

Estaba dándose la vuelta con un plato de pasteles en sus manos cuando la puerta de la cocina se abrió de repente. La sorpresa de ver quién era hizo que la bandeja se deslizara de sus dedos y cayera todo al suelo. Se inclinó para recoger los trozos de comida. Estaba demasiado cansada para perder el tiempo en lamentar lo que había pasado.

–Espera, deja que lo haga yo –le dijo Gio.

Valentina se puso en pie de mala gana y vio cómo Gio se agachaba para recoger los pedazos más grandes. Uno de los limpiadores que trabajaban por la noche llegó en ese momento y Gio le dio instrucciones para que lo limpiara todo.

–No, tengo que limpiarlo yo, ha sido culpa mía –protestó ella.

–Déjalo –gruñó Gio mientras la sacaba de la cocina–. ¿Qué demonios estás haciendo aún aquí? Son las ocho y media.

Valentina se sonrojó. Era demasiado consciente de lo cerca que estaba de Gio y de su masculino aroma. Olía a tierra y a campo. Supuso que habría estado trabajando con los caballos.

No lo había visto mucho durante esa semana y, muy a su pesar, se dio cuenta en ese momento de que había estado inconscientemente deseando encontrarse con él.

–Estoy trabajando hasta tarde porque es el único momento de tranquilidad en la cocina, cuando puedo experimentar con nuevas recetas.

–Puedes trabajar hasta tarde si quieres, pero entonces entra también más tarde. Llevas toda la semana llegando a las ocho de la mañana, mucho antes que la mayoría de los empleados.

–¿Cómo lo sabes? –le preguntó ella con suspicacia.

–Porque es mi trabajo saber esas cosas.

Valentina se mordió el labio mientras recordaba las crueles palabras que le había dedicado la última vez que se habían visto.

–Muy bien –le dijo entonces–. Intentaré no volver a quedarme hasta tan tarde a partir de ahora.

–Estás agotada y la verdad es que no te creo.

Valentina lo miró. Estaba demasiado cansada en ese momento para discutir. Lo único que pudo hacer fue quitarse el delantal.

–Bueno, entonces me voy a casa.

Gio la tomó del brazo y la llevó hasta su todoterreno.

–Te llevo yo. Tal y como estás, eres un peligro en la carretera.

Abrió la boca para protestar, pero Gio la metió casi a la fuerza en el coche y le puso el cinturón de seguridad. El gesto hizo que le rozara accidentalmente el pecho y ella se quedó sin aliento.

No abrió la boca hasta que llegaron a la carretera principal hacia Palermo.

–¿Cómo voy a ir a trabajar mañana sin mi coche? –le preguntó ella.

–Mañana es sábado, así que no deberías trabajar. Pero, de todos modos, me encargaré de que alguien te lleve el coche a tu casa.

–Tengo que pasarme antes por el hospital –le dijo ella cuando estaban llegando a Palermo.

Gio fue hacia allí sin protestar y salió con ella del coche.

–¿Qué estás haciendo? Puedo tomar un taxi cuando quiera volver a casa.

–Me gustaría visitar a tu padre y saludar a tu madre si no te importa.

Se quedó sin habla y se sintió muy culpable.

–La verdad es que mis padres no saben lo de mi empresa ni que ahora trabajo para ti...

–¿Y crees que les molestaría saberlo?

–Bueno, ¿a ti qué te parece? –replicó ella.

Se quedaron callados unos segundos.

–Puede que tengas razón y no sea buena idea –murmuró Gio con tono triste.

–¿Qué es lo que no es buena idea? Gio, me alegra que hayas venido. Emilio ha estado preguntando por ti.

Gio y ella se volvieron al mismo tiempo al oír la voz de su

madre. Estaba en la escalinata de entrada del hospital.

Capítulo 4

Qué le dijiste a mi padre? –le preguntó Valentina a Gio mientras salían del hospital una hora más tarde.

Gio estaba todavía en estado de shock al ver cómo había reaccionado Emilio a verlo. A solas en la habitación del hospital con el anciano, se había preparado para lo que el padre de Mario tuviera que decirle. Había esperado un nivel de hostilidad similar al de su hija. Pero el hombre lo había dejado sin palabras.

–Antes que nada, quiero darte gracias. Creo que estoy vivo gracias a ti –le dijo el hombre.

Gio había murmurado algo ininteligible. Se sentía muy avergonzado.

Pero entonces el señor Ferranti le había tendido la mano.

–Ven aquí, muchacho. Deja que te mire.

Se había acercado y ofrecido su mano a Emilio, que la había tomado cariñosamente.

–Cuando perdimos a Mario, también te perdimos a ti –le dijo con emoción.

–Pero, ¿no me echa la culpa por lo que ocurrió? –le preguntó atónito–. ¿No me odia?

–Te odié durante mucho tiempo –admitió el anciano–. Era más fácil culparte a ti que creer que solo había sido un trágico accidente. Pero, en última instancia, eso es lo que fue. Mario era tan imprudente como tú.

–Si yo no hubiera tenido ese maldito caballo...

–¿De verdad crees que alguien podría haber detenido a Mario cuando quería hacer algo? –lo interrumpió su padre.

Gio sentía una presión tan fuerte en el pecho que apenas podía respirar.

–Mario te seguía a todas partes como un perrito, quería hacer todo lo que hacías tú...

–Lo sé –respondió en voz baja.

–Gio, él te apreciaba mucho. Y sé que también lo querías tú –le dijo el señor Ferranti–. Para Valentina fue muy difícil aceptar lo que pasó. Estaba tan enfadada... Y aún lo está.

–¡Gio!

La voz de Valentina lo devolvió al presente, pero él seguía aún

rememorando en su mente la importante conversación que había tenido con su padre.

Pero estaban frente al hospital y Valentina lo miraba con cara de pocos amigos.

–¿Cómo has podido tener el descaro de proponerle a mi padre la posibilidad de llevarlo a una clínica privada en Siracusa? ¿Y lo de decirle que podría operarse en la península?

–Solo quería ayudar a tu padre y la verdad es que me alegra que haya aceptado –respondió él–. Si se cambia a Siracusa mientras espera a que lo operen, podrás alojarte con el personal del hipódromo. Así no tendrás que conducir tanto y tus padres estarán más tranquilos. Y los tendrás más cerca.

–Así que lo haces porque te conviene a ti, ¿no? Porque no quieres que un miembro de tu personal se desmaye mientras sirve a tus exclusivos invitados –protestó Valentina.

Valentina no entendía por qué estaba tan enfadada, pero lo estaba. Le había molestado que su padre tratara tan bien a Gio. Después de una larga conversación privada, su madre y ella habían vuelto a la habitación.

–Deberías habernos contado lo de tu trabajo, *piccolina* –le había dicho su padre nada más verla.

Había mirado entonces a Gio con cara de pocos amigos, pero ella parecía ser la única a la que no le gustaba verlo allí.

Sus padres habían aceptado con alegría la oferta que les había hecho Gio para ayudarlos.

–¿Por qué estás tan enfadada, Valentina? –le preguntó Gio entonces–. Pensé que te alegraría saber que tu padre va a recibir el mejor tratamiento posible.

–Es que nos has puesto a todos en una posición muy incómoda. Sabes de sobra que no podemos permitirnos ese tratamiento. ¿Cómo crees que vamos a poder pagarlo?

Gio apretó la mandíbula al oír su pregunta.

–No tienes que preocuparte por eso. Yo me ocuparé de todo –repuso mientras iba hacia su coche.

–¿De verdad piensas que el dinero lo va a arreglar todo? –le gritó ella desde donde estaba.

Gio se detuvo en seco y, después de segundos de tensión, se dio la vuelta. Estaba muy serio.

–¿Qué quieres decir con eso?

Valentina sabía que había ido demasiado lejos. Pero no podía detener sus palabras.

–Sabes perfectamente de lo que estoy hablando. Estás tratando

de expiar lo que…

–¿Y si fuera así? –la interrumpió Gio–. ¿Tan malo sería si así salvo a tu padre?

Valentina sintió que se rompía algo dentro de ella.

–Sí, porque hagas lo que hagas, no podrás traérnoslo de vuelta.

Gio agarró sus brazos con fuerza.

–¿Crees que no lo sé?

Por un segundo, vio un dolor en sus ojos tan profundo como el que ella llevaba en su corazón y le entraron ganas de echarse a llorar. Una voz en su interior le decía que estaba maltratando deliberadamente a Gio para no tener que enfrentarse a lo que de verdad sentía.

Era la misma razón por la que lo había estado atacando cada vez que tenía una oportunidad.

Había sido capaz de ignorarlo durante siete años, pero de pie frente a él era mucho más complicado no reconocerlo.

Gio la estaba obligando a analizar lo que había en su interior y no le gustaba lo que veía. Apartó la vista y se alejó de él. Bajó deprisa las escaleras y fue directamente a la parada de taxis.

Antes de que Gio pudiera detenerla, se metió en el primer taxi que vio.

Una ola de desolación se apoderó de Gio mientras veía cómo se alejaba Valentina en un taxi. Se preguntó si ella tendría razón y estaba interfiriendo donde no debía. Quizás fuera la culpa lo que le movía a actuar como lo hacía, como si quisiera limpiar su alma salvando al padre de Mario.

Le consolaba algo ver que los padres de Mario lo habían perdonado, pero sabía que solo podría tener paz de nuevo en su alma si obtenía el perdón de Valentina.

Recordó entonces las palabras de su padre. La muerte de Mario había sido muy dura para ella y aún estaba enfadada.

Y, a pesar de eso, había tenido que pedirle ayuda porque era la única persona en esa isla que desafiaría a su tía dándole trabajo. Suspiró y fue hacia su coche.

No pensaba pedirle disculpas por querer ayudar a su padre. Sabía que no lo hacía para comprar su perdón, sino porque Mario no estaba allí para cuidar de su familia y él, sí.

Y Valentina podía despotricar contra él lo que quisiera, no iba a cambiar de opinión.

Mientras volvía a casa en el taxi, Valentina miró sin ver el bullicio y las luces de una noche de viernes en Palermo. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Acababa de salir huyendo como la mujer cobarde que era y estaba enfadada consigo misma por haberse dejado llevar por las emociones.

Agotada, dejó que cayeran las lágrimas por sus mejillas y trató de ignorar las miradas curiosas del conductor a través del espejo retrovisor.

Odiaba la facilidad con la que sus padres parecían haber aceptado la vuelta de Gio a su familia y también le dolía que le resultara tan fácil tener el dinero para garantizar el bienestar de su padre. Pero, sobre todo, se odiaba a sí misma por sentirse así.

Creía que Gio estaba poniendo de manifiesto con sus acciones el fracaso que había sido su vida hasta el momento. Sus padres habían puesto todas sus esperanzas y sueños en Mario. Ella no había sido buena estudiante y había dejado la escuela a los dieciséis años para trabajar con su abuela en la *trattoria*.

Por eso Valentina había trabajado tan duro tras la muerte de Mario para construir su propio negocio, para que sus padres estuvieran orgullosos de ella y también para poder cuidar de ellos.

Pero sus progenitores eran algo anticuados y creían que no iba a poder conseguirlo sin formación, que le iría mucho mejor si encontraba a un hombre agradable, con el que casara y que cuidara de ella. Para darles además así los nietos que tanto deseaban.

Giacomo Corretti, en cambio, había decidido llenar de otro modo el vacío dejado por la muerte de su mejor amigo.

Poco a poco, sentía que iba estando más en deuda con él y era algo que le dolía. Pero había sido ella la que lo había invitado de nuevo en su vida, era la única culpable de la situación en la que estaba en esos momentos.

Recordó el dolor que había visto esa noche en sus ojos y lo mal que se había sentido al reconocer que también Gio había sufrido. Le costaba aún más aceptar la forma en que su pulso se aceleraba cuando estaba cerca de él. No entendía por qué tenía ese efecto en ella.

El taxi se detuvo frente a su edificio, pagó al conductor y se bajó decidida a no pensar más en Gio. Y lo consiguió durante un rato. Al menos hasta que se durmió y él apareció para perseguirla en sus sueños.

–¿Qué es esto? –le preguntó Gio.

Valentina, de pie frente a él en su despacho al lunes siguiente, acababa de entregarle un cheque.

Las cosas habían cambiado mucho en solo dos días. Su padre ya estaba ingresado en la clínica privada en Siracusa y ella se había mudado la noche anterior a la casa que el personal del hipódromo tenía a su disposición.

Gio llevaba vaqueros y una camiseta gris. Parecía demasiado viril y sexy para estar sentado en ese despacho tan formal y elegante.

–Es el adelanto de mi sueldo que me diste. Tengo que pagarte por lo que has hecho por mi padre. Sé que tardaré mucho en hacerlo, pero...

Gio se levantó bruscamente y ella no terminó su frase.

–No me insultes, Valentina. Por favor –repuso Gio devolviéndole el cheque.

Pero ella se negó a aceptarlo.

–Cuando te pedí que me dieras trabajo fue para poder mantener y cuidar a mis padres. Lo que gano debe dedicarse a su cuidado.

–Me ofrecí voluntariamente a pagar el tratamiento de tu padre, sin condiciones.

–Siempre hay condiciones.

Gio negó con la cabeza y la miró con lástima.

–¿Qué es lo que te ha pasado para que te convirtieras en una mujer tan cínica? ¿Acaso una historia de amor que salió mal? –le preguntó Gio.

Estuvo a punto de reír con amargura. Había tenido un montón de admiradores, pero nunca había dejado que se le acercara nadie. Le aterrorizaba la posibilidad de amar a alguien y que esa persona desapareciera de repente de su vida como le había pasado con su hermano.

Instintivamente, siempre había evitado las relaciones. Perder a Mario la había convertido en una mujer muy cínica, algo se había roto en su alma.

Estaba pensando en ello y no pudo reaccionar antes de que Gio tomara su mano y le pusiera el cheque en ella. Estaban muy cerca y el almizclado y cálido aroma de ese hombre desató una avalancha de recuerdos en su mente.

Retiró deprisa su mano y dio un paso atrás. Sabía que debía salir de allí antes de que Gio viera en ella algo que ni siquiera Valentina podía entender. Fue a la puerta y se dio media vuelta.

–Fuiste tú –le dijo entonces–. Tú me hiciste así.

Lo último que vio antes de irse fue cómo se oscurecía aún más la mirada de Gio. Volvió a la cocina y se puso a trabajar. Les dijo a sus ayudantes que necesitaba silencio, que la dejaran sola.

No entendía de dónde sacaba el descaro para decirle ese tipo de cosas. No podía dejar de atacarlo. Era quizás la única manera que tenía de mantenerlo alejado a toda costa.

Sabía que la muerte de Mario había sido un trágico accidente. Gio no había obligado a su hermano a montar ese caballo. Incluso lo había desalentado.

Había sido un duro golpe para ella ver que sus padres habían sido capaces de perdonarlo.

Su ira se había visto agravada por la forma en que había desaparecido después de la muerte de Mario. Le había dolido verlo en las revistas divirtiéndose por toda Europa, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo, mientras ellos seguían llorando la muerte de Mario.

Era casi como si el odio que sentía hacia él fuera lo único que la mantenía cuerda, necesitaba que Gio fuera el culpable.

–Valentina, ¿estás bien?

Forzó una sonrisa al oír la pregunta de Franco. Asintió con la cabeza.

–Sí, estoy bien… Es que acabo de recordar algo que tenía que hacer.

Franco la dejó sola. Esa noche, fue a ver a sus padres a la nueva clínica. Entre otras cosas, porque prefería volver tarde a su nuevo alojamiento y no correr el peligro de volver a encontrarse con Gio.

Esa misma noche, Gio maldijo entre dientes cuando vio que Valentina no estaba en su habitación. Suponía que estaría con sus padres, pero no pudo evitar sentirse como un novio celoso, algo a lo que no tenía derecho y que nunca le había pasado.

Las mujeres nunca habían sido nada más que una distracción para él. Su dura infancia lo había dejado con demasiadas cicatrices para confiar en nadie aparte de Mario. Y, desde la muerte de su amigo, no había dejado que nadie se le acercara. Durante los dos primeros años había disfrutado de la compañía de mujeres muy bellas, pero no había conectado con ninguna.

Valentina siempre había sido diferente. Se había colado en algún rincón de su ser desde hacía mucho tiempo, pero siempre había sido muy consciente de que sus sentimientos y deseos hacia ella eran algo estrictamente prohibido.

Apenas la recordaba antes de irse de Sicilia. Cuando volvió, años después, como el joven y exitoso propietario de una pista de carreras en Siracusa, se había encontrado con una adolescente de quince años muy cambiada, pero sabía que nunca iba a poder tener nada con ella.

Mientras tanto, Valentina se había ido convirtiendo en una joven más bella y madura. Había empezado a coquetear con él, pero con una inocencia tan dulce que le encogía el corazón.

Recordaba especialmente un día. Valentina había ido a su casa a buscar a Mario y él se había dejado llevar por un impulso y la había subido a lomos de Rebelde. Después, había montado tras ella. Aún recordaba la sensación de trotar abrazado a su cintura. Esos pocos minutos robados habían sido el momento más erótico de su vida.

Hizo una mueca y se alejó de la puerta de Valentina. No entendía qué hacía allí, dando vueltas como un tonto. Sí , él aún la deseaba. Más que nunca. Pero sabía que eso era todo, que no tenía capacidad para sentir nada más.

Ella, en cambio, lo odiaba con cada célula de su cuerpo y, si alguna vez había sentido algo por él, había quedado olvidado desde la terrible muerte de su hermano.

La Copa Corretti se acercaba rápidamente. Valentina y su personal trabajaban a pleno rendimiento para asegurarse de que todo estuviera bien organizado y listo. Esa noche, cuando colgó por fin su delantal, tuvo que admitir a regañadientes que Gio le había hecho un favor al insistir en que se quedara a dormir allí. No estaba tan cansada como la primera semana y también era un descanso para sus padres tenerla más cerca.

Había estado evitando a Gio desde su última discusión. Se sentía bastante culpable.

Salió de las cocinas y fue dando un paseo alrededor del hipódromo para volver a su alojamiento.

Tenía un apartamento con una pequeña cocina, una sala de estar y un dormitorio con baño. Esos apartamentos estaban en un viejo establo de piedra que había sido reformado. Tenía incluso una terraza privada que daba a la parte trasera del hipódromo, donde estaban los establos y el campo de entrenamiento.

Pero prefería la vista que tenía de la pista desde la balconada común. Más allá, el sol se estaba poniendo sobre el mar, tiñendo el cielo de dorados y naranjas. Se puso de pie y se apoyó en la barandilla.

–Es precioso verlo así, sin nadie alrededor –dijo alguien cerca de ella–. Pero va a cambiar todo en unos días.

Valentina se había quedado sin aliento desde que oyó la primera palabra. Volvió la cabeza y vio que Gio estaba sentado detrás de ella. Por eso no lo había visto. Se estremeció al saber que había estado observándola en silencio durante unos segundos.

–Sí –reconoció ella–. Es muy bonito.

Hizo ademán de seguir caminando, pero Gio sacó algo de un cubo de hielo y se lo ofreció. Vio que era una cerveza y que él estaba bebiendo otra. Se dio cuenta entonces de la sed que tenía. Miró a Gio y se fijó en sus anchos hombros y en su pelo desordenado.

–Casi todas las noches me acerco a traerles unas cervezas a los empleados del hipódromo. Estas semanas de preparación antes de la Copa son muy duras.

No sabía si echar a correr o quedarse. Al final, recordó lo que le había dicho el día anterior y se acercó para aceptar la cerveza. Sus dedos se rozaron brevemente y se estremeció de nuevo.

Se sentó cerca de él y siguió mirando las vistas. Tomó un trago de cerveza y el silencio se alargó entre ellos. Durante algún tiempo, jugueteó con la etiqueta de su botella. Después, incapaz de aguantar más, se dio la vuelta para mirarlo.

–Te… Te he dicho cosas que… –comenzó torpemente–. Te debo una disculpa. Lo que dije ayer… –agregó encogiéndose de hombros–. No sé por qué, pero sacas lo peor de mí.

Gio negó con la cabeza. Empezaba a oscurecer y no pudo interpretar su mirada.

–Valentina, lo que ocurrió forma parte del pasado…

Le aterrorizaba la idea de que sacara el tema de su hermano.

–No hablemos de ello, ¿de acuerdo? –lo interrumpió.

Gio cerró la boca algo molesto.

–De acuerdo, está bien –le dijo después.

Desesperada por encontrar cualquier cosa de la que hablar, se aferró a algo que había escuchado esa mañana.

–He oído a algunos compañeros hablar del proyecto de regeneración de la zona portuaria. Suena muy interesante, la verdad.

Gio miró de reojo a Valentina. Se fijó en su nariz recta, en su barbilla, en sus largas pestañas…

Sabía que estaba tratando de encontrar algo de lo que hablar. Era un momento muy frágil, una especie de cese provisional de las hostilidades.

–Es un proyecto puesto en marcha por mi abuelo, Salvatore. Supongo que es su intento para tratar de que nos unamos todos en algo común. De ahí la gran boda que no llegó a suceder.

Valentina lo miró entonces.

–¿Y eso no te parece bien? No me refiero a la boda, sino lo de uniros a todos.

–Lo sería si los objetivos de todos fueran altruistas.

–¿Son tus intereses diferentes a los de los demás? –le preguntó Valentina frunciendo el ceño.

–He estado interesado en esa zona durante algún tiempo. Creo que podría ser un espacio muy útil para proyectos juveniles.

–¿Qué tipo de proyectos juveniles?

–He pensado que estaría bien hacer algo que atraiga a los niños, les enseñe cosas, les permita explorar sus límites en un ambiente seguro. En realidad, algo que los mantenga fuera de las calles –le contestó él.

Le atraía algo que pudiera ayudar a los niños para que no se sintieran aislados. Le interesaba ese tema porque era como se había sentido de niño, incluso con Mario. No entendía por qué se sentía tan vulnerable hablándole de algo que le importaba tanto. Pensó que quizás temiera que se riera de él o que lo acusara de nuevo de estar tratando de reparar el daño que había hecho.

–La gente que me habló esta mañana del proyecto mencionó también a tus hermanos. ¿Los ves mucho?

Apretó los labios. No le gustaba que le preguntara por su familia. Era un tema delicado.

–No, la verdad es que no.

–¿No estaban en la boda?

Gio se encogió de hombros .

–No los vi. Pero deberían haber estado allí –repuso tomando un trago de cerveza.

–No pasaste mucho tiempo con ellos durante tu infancia, ¿verdad?

Él la miró entonces y tomó otro trago de cerveza.

–Sabes de sobra que no –le dijo.

–¿No se portaban bien contigo?

Gio apartó la mirada de nuevo. No entendía por qué lo estaba interrogando.

–No es eso. No se metían conmigo, pero tenían sus propias batallas que librar. Se parecen a mi padre más que yo. Nunca tuve la ambición ni el sentido de la competencia que tienen los Corretti. Estaban preocupados en otras cosas.

Gio miró a Valentina de nuevo. Tenía la vista perdida en su botella de cerveza. Sus manos eran pequeñas y gráciles, muy capaces. Recordó de repente haber estado jugando con Mario de niño. Valentina los había estado observando y él fue hacia ella para preguntarle tartamudeando si quería participar. Había temido que se riera de él, pero la niña se limitó a levantarse y a tomar su mano.

–Has tenido mucho éxito –murmuró Valentina en esos momentos.

Gio sonrió, de vuelta al presente.

–El negocio de las carreras puede ser muy lucrativo y yo tenía un gran caballo.

Valentina miró a Gio con interés. Estaba siendo muy humilde. La verdad era que se había convertido en uno de los criadores de caballos más importantes del continente.

–¿Aún vive Rebelde?

–Sí, pero está jubilado. Ahora solo hace funciones de semental en el castillo. Le llegan yeguas de todo el mundo para que las cubra. De hecho, engendró a dos de mis actuales campeones, Travieso y Delito. Los dos van a correr en la Copa Corretti de este año.

Se quedó en silencio. Rebelde había sido el caballo que habían montado juntos años atrás. Se sintió muy incómoda de repente, era un recuerdo que aún le estremecía. Dejó la botella en el suelo y se puso de pie.

–Bueno, me voy –susurró.

Gio también se levantó y fue entonces cuando se dio cuenta de que ya era casi de noche. Él parecía aún más grande en la penumbra. A su lado se sentía desnuda y vulnerable. Se dio la vuelta, pero sintió una gran mano caliente en el brazo.

Gio la obligó a mirarlo a la cara. Tenía el ceño fruncido.

–¿Qué es lo que he dicho?

–No, nada –le aseguró Valentina.

–¿Te he molestado de alguna manera?

–No, no es eso... Es que estoy cansada. Ha sido un día muy largo...

–Valentina, mírame.

Gio estaba frente de ella y seguía con la mano en su brazo. Levantó la vista y se quedó atrapada por su cálida mirada. Había soñado tantas veces con esos ojos, había deseado a menudo que la miraran para salir después corriendo como una cobarde.

–¿Valentina? –susurró Gio frunciendo el ceño.

Se le fueron los ojos a la boca de ese hombre. Era perfecta y muy sensual, hecha para el pecado. Recordaba haber besado su almohada a los diecisiete imaginando que besaba a Gio.

–¿Por qué me miras así? –le preguntó Gio con la voz algo más ronca.

Sabía que debía apartar la mirada y alejarse de él, pero no podía hacerlo.

–¿Cómo te estoy mirando?

Pasaron unos segundos en silencio. Valentina se había olvidado de todo y podía sentir cómo una fuerza invisible la empujaba hacia Gio. Él agarró también su otro brazo, pero la alejó de él.

Fue como un jarro de agua fría y se sintió muy avergonzada.

Retrocedió bruscamente. Todo su cuerpo ardía y el calor se centraba en sus pechos y en su zona más íntima.

–Vete a la cama, Valentina, estás cansada –le dijo Gio con firmeza.

Ella ni siquiera pudo contestar. Se dio la vuelta y tuvo que esforzarse para no salir corriendo. No podía creer que hubiera estado a punto de besarlo, que no hubiera sido capaz de ocultar la atracción que sentía por él.

En medio de la noche oscura, Gio se terminó la cerveza de un trago. Cuando había estado frente a Valentina y ella lo miró... No quería ni pensar en ello. Hacía mucho tiempo que no deseaba tanto a nadie. Ella lo había mirado casi como si quisiera... Como si hubiera querido que él la besara.

Había estado a punto de atrapar su barbilla con los dos dedos, de acariciar con un dedo la piel sedosa de su mejilla y... Pero se había dado cuenta antes de que fuera demasiado tarde de que Valentina no podía estar mirándolo con deseo, que era solo cansancio lo que tenía.

Creía que era una suerte que no hubiera perdido por completo el control de la situación y malinterpretado sus gestos. Pensaba que lo último que necesitaba era añadir un agravio más a la lista negra que Valentina tenía con su nombre.

Capítulo 5

A la noche siguiente, Valentina estaba de muy mal humor. Había sido un día duro y todos estaban nerviosos mientras terminaban de poner todo a punto para la Copa Corretti. Había mucho más personal en el hipódromo y todos trabajaban en sus distintos departamentos. En una zona central, se iba a servir todos los días un almuerzo tipo bufé para el público general.

Luego estaba la lujosa zona VIP para los invitados selectos, en una inmensa carpa acordonada y con sus propios jardines. Allí iban a poder comer a la carta cada día y celebrar un cóctel por la noche, mientras discurrían las últimas carreras de la jornada.

La última noche iba a celebrarse un baile de gala y una subasta benéfica. Todo el personal contaba con distintos pases de seguridad para las diversas zonas.

Valentina había recibido uno para poder moverse por todas las zonas. Era la encargada de supervisar tanto las zonas exclusivas como las del público general. Gio le había dejado muy claro que no quería que estos últimos se sintieran como si estuvieran recibiendo un servicio de segunda clase.

Era algo que le había sorprendido muy gratamente, así como el hecho de que todos los ingresos de la venta de entradas VIP de la Copa Corretti fueran a ser destinados a diversas organizaciones benéficas locales en las que Gio estaba muy involucrado.

Además de todo lo que tenía que hacer Gio esos días, Valentina sabía que se encargaba también de lidiar con la llegada de cientos de caballos para las carreras. Algunos de los purasangres más caros y valiosos del mundo estaban en esos momentos en los establos, donde habían colocado guardias de seguridad.

Gio había sido muy profesional con ella todo el día y también algo distante. Durante la reunión de esa mañana, la había tratado igual que a los demás. Sabía que debía sentirse contenta de que la viera de ese modo y que lo que había pasado la noche anterior no hubiera tenido ningún efecto en él. Aún se sentía avergonzada y no entendía por qué no le agradaba que la ignorara.

Faltaban dos días para la que iba a ser la oportunidad más importante de su carrera y no podía permitirse el lujo de distraerse con otras cosas.

Fue a ver a sus padres después del trabajo. Les había llevado algo de la comida que había preparado para esos días. Le preguntaron por los preparativos en el hipódromo. Era de lo único de lo que hablaba la gente esos días en Siracusa. Era el mayor evento de año y atraía a miles de turistas. Tenía que reconocer que Gio estaba haciendo mucho por la economía local.

Cuando se despidió de ellos, su madre la acompañó hasta el pasillo.

–Gio vino a vernos ayer. Ha sido muy bueno con nosotros y ha estado haciendo las gestiones oportunas para que la operación se lleve a cabo cuanto antes.

–¿En serio? –le dijo sorprendida–. Bueno, me alegro.

Le parecía increíble que hubiera sacado tiempo para visitar a sus padres durante la época más complicada del año para él.

–Valentina... Ha sufrido mucho. Tú no eres la única que perdió a Mario esa noche.

Se sentía culpable, pero no le gustaba que su madre se lo echara en cara.

–¿Eso crees, mamá? ¿Que de verdad ha sufrido? ¿No lo viste acaso en las revistas, tumbado al sol en los yates por el sur de Francia o ganando millones de euros a otros ricos y ociosos jugadores por todos los casinos del continente? ¿Crees acaso que sufría mucho cuando iba de fiesta en fiesta acompañado por despampanantes modelos?

Tardó unos segundos en darse cuenta de que su madre había palidecido.

–¿Mamá?

Miraba a alguien detrás de ella y se quedó sin aliento al adivinar lo que pasaba. Se dio la vuelta poco a poco y se encontró con el sombrío rostro de Gio. Estaba detrás de ella y tenía un ramo de flores en la mano. Valentina tragó saliva.

Gio le entregó las flores a su madre. Después miró a Valentina con los ojos tan oscuros que parecían negros.

–Tú y yo necesitamos hablar –le dijo mientras la tomaba del brazo y la sacaba de la clínica.

Nunca lo había visto tan enfadado. Cuando por fin estuvieron afuera, Gio la soltó y la miró enfurecido.

–No pienso hablar contigo mientras estés así –le dijo ella apartándose.

–¿Mientras esté cómo? –replicó Gio–. Nunca me hablas, esté de buen o mal humor. ¡No puedo hacer nada bien!

De repente, una ola de emoción se apoderó de ella y temiendo lo

que Gio podría adivinar en sus ojos, se fue corriendo al coche. Oyó cómo maldecía Gio, pero ya era demasiado tarde para echarse atrás. Puso el motor en marcha con manos temblorosas y cerró las puertas. Se puso aún más nerviosa cuando salió a la carretera y vio un coche deportivo detrás de ella que reconoció al instante. Gio la estaba siguiendo y eso tuvo un efecto inmediato en su cuerpo. Sintió una oleada de calor por todo su ser. Le sudaban las manos y su pequeño coche no estaba aguantando bien que ella lo estuviera conduciendo por encima del límite de velocidad. Gio le hacía señales con las luces, pero no le hizo caso. Solo quería alejarse de él. No podía tratar con él en esos momentos, se sentía como si estuviera al borde de un precipicio.

Cuando se detuvo al lado del hipódromo minutos después, Gio hizo lo mismo, salió de su coche y fue hacia ella aún más enfadado.

–¿A qué demonios crees que estás jugando? ¡Podrías haber tenido un accidente!

Valentina estaba temblando. Eran demasiadas las emociones que sentía en su interior.

–Bueno, tú sabes más que nadie de accidentes, ¿verdad, Corretti? –replicó ella–. Aléjate de mí.

–¿Eso es lo que quieres? ¿Damos dos pasos hacia adelante y trescientos hacia atrás?

Valentina apretó las manos formando puños.

–Dimito, Corretti. ¿De acuerdo? Esto no va a funcionar. Nunca debí pedirte trabajo –le dijo mientras iba dando grandes zancadas hacia su habitación. Iba a hacer la maleta e irse e allí. Pero Gio la seguía y no tardó en atrapar su brazo.

–No me toques –repuso ella zafándose de él.

De pronto, se dio cuenta demasiado tarde que muchos los observaban con interés. Gio resopló, tomó su mano agarrándola con fuerza y la miró a los ojos.

–Ni una palabra más, Ferranti. Vamos a algún sitio un poco más privado. No hemos terminado.

Valentina no dijo nada mientras Gio la llevó a una de las salas que había cerca de su despacho. Aún la sujetó firmemente mientras entraban y cerraba tras ellos la puerta.

Vio entonces que se trataba de un pequeño apartamento. Elegante, pero con poco mobiliario.

Se quedó sin aliento y retrocedió al oír que Gio echaba el cerrojo.

–¿Qué crees que estás haciendo?

–No vamos a salir de aquí hasta que lleguemos a algún tipo de acuerdo y puedas trabajar conmigo sin querer arrancarme la cabeza cada vez que tienes la oportunidad. No tenemos una buena relación profesional –le dijo Gio–. Y lo primero es lo primero, no vas a dejar el trabajo.

–Puedo dejarlo si quiero.

Gio arqueó una ceja.

–¿En serio? ¿Ya has olvidado que viniste a mí porque era tu último recurso?

Valentina se sonrojó. Se le había olvidado por un momento. No tenía libertad para dejar ese trabajo. No podría hacerle algo así a su padre. Le preocupaba mucho su salud.

–Está bien –le dijo algo avergonzada–. No me voy.

–¡Vaya! ¡Muchas gracias! –repuso Gio con ironía–. Después de la exhibición pública del aparcamiento tendría motivos más que suficientes para despedirte si quisiera.

–Pero acabas de decirme que no puedo dejar el trabajo –susurró ella algo asustada.

Gio miró entonces a Valentina con nuevos ojos y se tranquilizó bastante. Parecía muy joven y vulnerable. Llevaba su pelo recogido en una cola de caballo de la que habían escapado varios mechones. La camisa que llevaba sobre los ajustados vaqueros negros era algo corta y podía vislumbrar un trocito de su pálido vientre. No llevaba maquillaje, pero era la mujer más hermosa que había visto nunca. Sintió de nuevo que lo dominaba el deseo, extendiéndose a cada célula de su cuerpo. Saber que nunca iba a poder tenerla no lograba sofocar ese deseo, todo lo contrario.

–Hablemos del tema que estamos evitando, en quien los dos pensamos, en Mario.

Vio que Valentina palidecía y abría mucho los ojos.

–No vas a perder la oportunidad de volver a insultarme y acusarme, ¿verdad?

No sabía si sería porque tenía el perdón de los padres de Mario, pero por primera vez se sintió un poco menos culpable y algo más esperanzado.

–No te atrevas a mencionar su nombre –replicó Valentina.

No, no es verdad. Tú...

–¿Yo qué? –la interrumpió él– ¿Yo lo maté? ¿Es eso lo que ibas a decir?

Eran tantas las emociones y todas tan viscerales, que ni Valentina misma entendía por qué se sentía así. Sin pensárselo dos

veces, fue hacia él con los puños en alto. El ataque le pilló a Gio por sorpresa y cayó contra la puerta con un golpe. Sus brazos la rodearon para protegerlos a los dos y, a pesar de su enfado, no se le pasó por alto lo duro y musculoso que era su torso.

Valentina dio un salto hacia atrás para apartarse de él. Estaba horrorizada al ver que no era capaz de controlar sus emociones.

Le costaba recobrar el aliento. Miró a Gio, que se separaba en esos momentos de la puerta y a quien también le costaba respirar con normalidad. La tensión no había hecho sino ir en aumento.

De repente, estaba desesperada por aferrarse a algo, a cualquier cosa que pudiera poner una distancia entre ellos. Se apartó un momento para tratar de tranquilizarse.

–Puede ser que no lo mataras, pero tú eres el responsable –le dijo ella unos minutos después.

Gio parecía muy callado. Demasiado callado y eso hizo que Valentina se pusiera aún más nerviosa. Cuando volvió a hablar, su voz sonaba cansada.

–¿Y cuánto tiempo vas a estar castigándome por eso? ¿No crees que ya me he estado castigando yo por lo que pasó?

Trató de ignorar la reacción que estaba provocando en ella el dolor que notaba en su voz.

–¿De qué castigo hablas? ¿Te refieres a esto? –le preguntó ella mirando a su alrededor–. ¿A tu vida de lujo, tus viajes en yate, tus fiestas...?

Se estremeció al ver la cara de Gio. Tenía que admitir que hacía mucho que no lo veía en las revistas del corazón. Esa vida parecía haber terminado abruptamente después de esos dos primeros años. Luego, había regresado a Sicilia para centrarse en las carreras de caballos. No lo había visto fotografiado junto a ninguna mujer desde entonces.

–Durante dos años viví así, pero no fue divertido –le aseguró Gio.

–Esa no era la impresión que teníamos el resto del mundo.

Pero la voz de su conciencia le recordó que Gio no había parecido feliz en ninguna de esas fotos. Sonrió con amargura y se pasó una mano por el pelo.

Él se había acercado a la ventana; era un alivio no sentir que estaba tan cerca de ella, de nuevo podía respirar. A pesar de lo tensa que estaba siendo la discusión, no dejaba de ser muy consciente de su físico y ese hecho la confundía aún más.

–Salí corriendo de aquí. Eso es verdad. No es algo de lo que esté orgulloso.

Se volvió entonces hacia ella y se quedó sin aliento al ver la desolación en sus ojos.

–¿No crees que habría preferido ser yo el que muriera aquella noche? Cada día, cuando me despertaba, recordaba lo que había pasado, lo que había hecho... Sé muy bien cómo te sientes. Si no hubiéramos sido amigos, si no lo hubiera tratado de convencer para que saliera conmigo esa noche, si yo no hubiera tenido a ese maldito caballo en mis establos... ¿Crees que yo no sé que la muerte de Mario fue por mi culpa? Si no hubiera sido tan arrogante como para pensar que podría domar al caballo más salvaje... Mario nunca habría querido montarlo para demostrarme que estaba equivocado.

Era consciente de que había mucha amargura en su voz.

–Yo venía de una vida de lujos que no había hecho nada para merecer y de una importante familia que solo tiene poder y ambición, nada más. Mario representaba todo lo bueno y auténtico de esta vida...

Gio la miraba con tanta intensidad que no podía moverse ni respirar.

–Cuando Mario murió, volví a casa y maté a Estrella Negra, aunque había resultado ileso. Había algo indomable en él, algo malo en sus genes. Debería haber dejado que lo sacrificaran cuando murió ese jinete. Pero tuvo que haber otra muerte para que viera más allá de mi arrogancia. Cuando me fui de aquí, yo también me quería morir. Quería quitarme la vida, pero eso habría sido demasiado fácil y egoísta. Hice todo lo posible por acercarme al peligro. Salté de aviones, escalé las cimas más altas, me perdí en zonas remotas de África con la secreta esperanza de contraer una enfermedad mortal...

Ella se estremeció al oír cómo había jugado con su vida.

–En cambio, me convertí en un reconocido filántropo y en una especie de héroe para los amantes del deporte extremo. Así que me sumergí entonces en el mundo superficial de los ricos y ociosos –le contó Gio–. Siempre he sabido que la vida de Mario valía mucho más de la mía.

Valentina sintió como si le acabara de dar un puñetazo en el estómago con sus palabras. Pero no podía decir nada. Estaba demasiado aturdida, demasiado sorprendida...

–Los días no tenían sentido para mí. Apenas era consciente del paso del tiempo. Una noche en un casino estaba tan borracho que apenas me tenía en pie. Estaba a punto de jugarme a Rebelde a las cartas contra un reconocido jugador. En ese momento, no me importaba Rebelde, no me importaba nada. Me había acostado con

una mujer la noche anterior y ni siquiera podía recordar su nombre. Solo había sido una más, una de muchas.

Valentina se quedó en silencio. Estaba conmocionada, pero lo entendía.

–Fue en ese momento, cuando estaba a punto de perder todo lo que había importado, cuando escuché la voz de Mario con tanta claridad como si estuviera detrás de mí. Me dijo: «Basta». Solo eso. Me levanté de la mesa y me fui de allí –le dijo mientras la miraba a los ojos–. Como ves, esos dos años no fueron divertidos, no estaba vivo ni tan muerto como quería estarlo.

Sus palabras la dejaron sin aliento. Hasta ese momento, no había querido ser consciente de cuánto había sufrido Gio también.

Le había emocionado que Gio sintiera la presencia de Mario en un momento tan crítico. Y sabía que estaba siendo sincero porque también había sentido a veces a su hermano cerca de ella.

Se llevó las manos a la cara para ocultar sus lágrimas, como si así pudiera ocultar también tantas emociones que luchaban por salir al exterior. Oyó unos pasos y sintió la presencia de Gio más cerca. Entonces, se dejó llevar por una necesidad profunda e instintivamente fue hacia él, envolviendo los brazos ciegamente alrededor de su cintura. En cuestión de segundos estaba sollozando contra su torso.

Durante mucho tiempo, Gio no dijo nada. Sabía que estaba aferrada a él como una lapa, pero no podía evitarlo. Después, poco a poco, sus brazos la rodearon y él la abrazaba con fuerza.

Había llorado por Mario tantas veces que había perdido la cuenta, pero aquello era diferente. Había algo catártico en ese momento.

Unos minutos después, dejó por fin de sollozar y pudo respirar con normalidad, pero seguía entre los brazos de Gio. Podía sentir sus pechos aplastados contra el torso de él. Tenía los pezones tensos y duros contra el encaje de su sujetador. Todo su cuerpo estaba más sensible de lo normal y sentía un intenso hormigueo en su piel.

Había empapado con sus lágrimas la camisa de Gio y podía sentir sus músculos bajo la cara y cómo ascendía y descendía su pecho con cada respiración. Su aroma la envolvía y no se le había pasado por alto que estaba tan excitado como ella, podía sentirlo contra su vientre.

Fue algo que no la avergonzó ni tampoco le desagradaba. No quería moverse ni respirar. No podía hacer nada que rompiera el hechizo. Era como si una intensa ola de emociones los hubiera arrasado.

Pero al final, de mala gana, tuvo que apartarse. No podía quedarse pegada a él para siempre.

Lo miró a los ojos, que reflejaban exactamente lo que ya había adivinado. Aún podía sentir su miembro erecto y el cuerpo le pedía que volviera a acercarse a él, que acercara sus caderas. Nunca se había sentido así. Su corazón latía muy deprisa. Lo deseaba como no había deseado nunca a nadie.

Gio levantó los brazos y tomó la cara de Valentina entre las manos. Secó con los pulgares sus mejillas. Sabía que debía de estar horrorosa, con los ojos y la nariz enrojecidos, pero no le importaba. Un deseo feroz crecía en su interior. Había estado allí antes, pero lo había ignorado durante siete años.

Durante mucho tiempo había sido algo ilícito y prohibido. Pero, en cuanto lo había visto de nuevo, su deseo había renacido. Aun así, le costaba aceptar la contradicción de sus sentimientos. No entendía cómo podía odiarlo y desearlo al mismo tiempo.

En ese momento, todas esas preguntas se desvanecieron. El odio había pasado a un segundo plano y el deseo estaba allí, era más fuerte que el odio, corría por sus venas y hacía que se sintiera viva.

Levantó una mano y tocó la mandíbula de Gio. Él colocó su mano sobre la de ella. No tenía ninguna duda. La deseaba tanto como ella a él.

–Valentina… –susurró Gio como si le estuviera pidiendo permiso.

Era la misma mirada que le había dedicado la otra noche, cuando ella había malinterpretado que se apartara de su lado. Ya no tenía dudas.

Tocó el labio inferior de Gio con uno de sus dedos y fue trazando sensualmente su contorno.

–Gio… Bésame –le susurró sin poder contener sus palabras.

Necesitaba que lo hiciera, lo había deseado durante demasiado tiempo.

Después de un interminable momento de silencio vio que Gio la miraba desconcertado. Pocos segundos más tarde, sacudió la cabeza.

–No, no es una buena idea. En realidad no lo quieres…

Gio dijo las palabras que Valentina necesitaba escuchar. Sabía que no era buena idea, pero su cuerpo tenía otras ideas. Podía sentir su erección contra sus vaqueros, contra sus suaves curvas… No había estado tan excitado en toda su vida. Y creía que no tenía nada que ver con el hecho de que hubiera sido célibe durante cinco años. Quería besar y tener a esa mujer entre sus brazos antes de que cambiara de idea, pero sabía que no podía hacerlo. Ella ya lo odiaba

y no quería que lo despreciara aún más.

Pero Valentina lo miraba con intensidad y había una luz distinta en sus ojos.

–¡Maldita sea, Gio Corretti, bésame de una vez! –protestó Valentina entonces.

A Valentina le costaba creer que de verdad le hubiera dicho esas palabras. Pero, por otro lado, Gio seguía sin besarla. Podía sentir su erección, aún más dura, y también ella estaba excitada. No entendía nada. Estaba dispuesta y había dado el primer paso. Creía que habría pocos hombres que no actuaran ante una oferta similar.

Horrorizada al pensar que había malinterpretado la situación, trató de apartarse, pero Gio no soltó su cara.

Gio había tenido un momento de duda. Pero solo duró hasta que ella se lo pidió de nuevo. Pensó que había sido una alucinación, pero Valentina no se había alejado y lo miraba con determinación en sus ojos y con el mismo deseo que sentía él.

Pocos segundos después, había visto un destello de incertidumbre en su rostro. Como si Valentina dudara de cuánto la deseaba él. La mera idea era ridícula. Su cuerpo no hacía nada por esconder cómo se sentía y sabía que ella también lo había notado.

Creía que un hombre más decente se negaría a aprovecharse de una situación tan delicada, pero él no era ese hombre y llevaba demasiado tiempo deseando a Valentina.

Solo podía pensar en los amantes que Valentina habría tenido durante esos años y no pudo evitar que los celos lo dominaran. Una mujer tan hermosa como ella, la clase de mujer que acababa de ordenarle que la besara, no podía ser tan inocente como le parecía a veces. Y él no podía soportar la idea de imaginarla con otro hombre. Quería que lo deseara solo a él, que pensara solo en él.

Y lo deseaba.

Pero notó que Valentina había cambiado de opinión y trataba de apartarse. Una fuerza primitiva y feroz se apoderó entonces de él.

–¿A dónde crees que vas? –le susurró Gio.

Valentina lo miró a los ojos. Gio por fin estaba respondiendo y su mirada estaba cargada de deseo, no hacía nada por ocultarlo, como si no hubiera sido ya más que evidente.

Una parte de ella se estremeció de placer, pero otra parte de ella se quedó sin respiración. Sintió que estaba pisando arenas movedizas.

–He... he cambiado de idea –le dijo ella.

Gio negó lentamente con la cabeza y Valentina sintió que acababa de hipnotizarla.

–Es demasiado tarde para eso. Me pediste que te besara y voy a hacerlo.

Sus manos seguían sujetando su cara y podía sentir sus largos dedos acariciándole la nuca. Nunca se había sentido tan expuesta ni tan vulnerable.

Vio cómo bajaba la cabeza y se quedó sin respiración.

Como una cobarde, cerró los ojos. Cuando su boca por fin tocó la de ella, fue una sensación tan exquisita que tuvo que aferrarse a su camisa con las manos.

La besaba con firmeza, pero también con suavidad. Explorando cada milímetro de su boca.

Sintió que sus manos se movían, subió una a su cabeza y le quitó la cinta del pelo. Pudo sentir cómo soltaba su melena sobre los hombros. Gio colocó una de sus grandes manos en su nuca e inclinó hacia atrás su cabeza para poder profundizar en el beso. Era muy experto con sus labios y ella se dejó llevar.

Valentina no se dio cuenta de que no estaba respirando hasta que Gio la convenció con la lengua para que separara los labios. Cuando recuperó el aliento, el deseo de besar a Gio Corretti la golpeó como un tren de vapor. Su aroma la rodeaba, cargado con la promesa de algo tan carnal que apenas podía pensar en otra cosa.

Notó que una de sus manos bajaba por su espalda para después aplastar su cuerpo contra el de él. Y, aun así, no era suficiente. A medida que sus lenguas se tocaban, ella fue acercándose más y más aún. Era un conjunto de sensaciones exquisitas e increíbles. Le parecía un sueño estar así con él y no quería que terminara nunca.

Poco a poco, todo fue acentuándose. Él cada vez estaba más excitado y ella, en respuesta, acercó un poco más sus caderas. La mano que Gio había tenido en su espalda bajó más aún y siguió presionándola contra su cuerpo, como si quisiera que los dos se unieran en un solo ser.

Cuando sintió la mano de Gio contra la piel desnuda de la cintura, solo podía pensar en que quería más, necesitaba más.

Gio deslizó entonces su mano hasta el tirante del sujetador y sus pechos parecieron hincharse aún más, tensándose al sentirlo tan cerca. Dejaron de besarse y abrió los ojos para perderse en los de él.

Sentía que tenía la boca hinchada y muy sensible. El corazón le latía con fuerza y le fallaban las piernas.

Se dio cuenta entonces de que estaba de puntillas. Rodeaba el cuello de Gio con sus brazos y estaba tan cerca de su boca que sus

alientos se entremezclaban.

Sintió la mano de Gio en la espalda y le pareció que había algo de incertidumbre en sus ojos.

–¿De verdad quieres esto? –le preguntó él.

Era consciente de lo que le estaba preguntando. Aquello iba a terminar yendo mucho más allá. Si le decía que sí, tenía que estar dispuesta a dárselo todo. Algunas voces en su cabeza le recordaban que no era buena idea, que era mejor parar y pensárselo. Pero el deseo era mucho más fuerte. Lo deseaba con un hambre que era completamente extraña y nueva para ella. No podía controlarlo.

Lentamente, asintió con la cabeza.

–Sí, lo quiero.

–¿Estás segura?

Gio le estaba dando la oportunidad de irse, de pensárselo mejor y el corazón le dio un vuelco. Ella asintió de nuevo con la cabeza y le respondió con firmeza.

–Sí.

Gio la tomó de repente en brazos y lo hizo con tanta rapidez que estuvo a punto de marearse. La llevó así hasta un dormitorio que había al lado de la sala de estar. Pudo ver una enorme cama con una colcha gris. El sol se estaba poniendo y una luz crepuscular bañaba la habitación.

–¿Qué es esto? –le preguntó ella un poco aturdida.

–Es mi dormitorio. A veces me quedo aquí a dormir.

Gio la dejó con cuidado de pie al lado de la cama. Desde que le diera el primer beso, volvía a haber algo de espacio entre ellos y Valentina se sintió desnuda. Le daba la impresión de que habían estado besándose durante horas. Sentirse tan vulnerable le asustó, pero no lo suficiente como para poner más espacio entre ellos.

Gio la miró y abrió la boca para decir algo, pero ella colocó un dedo sobre sus labios, temía que volviera a preguntarle si sabía lo que estaba haciendo. No quería pensar ni racionalizar lo que estaba sucediendo. Solo quería sentir.

Él tomó su mano y sonrió como si la hubiera entendido sin palabras. Sostuvo esa mano contra su torso, donde ella podía sentir los rápidos latidos de su corazón. La otra mano la llevó a su nuca para atraerla de nuevo hacia él.

Esa vez no fue un beso suave ni tierno, sino devorador. No tardó en subir la temperatura en cuestión de segundos y Valentina deslizó una de sus manos bajo su camisa. Algo más decidida, comenzó a recorrer la espalda de Gio. Después, bajó hasta llegar a sus pantalones vaqueros, sintiendo la curva de sus nalgas. Gio dejó de

besarla un segundo.

–Necesito verte –le dijo con voz ronca.

Gio comenzó a desabotonar la camisa de Valentina. Ella se estremeció y observó cómo lo hacía. Sus manos parecían enormes, demasiado para botones tan pequeños. Oyó que maldecía en voz baja y se decidió a hacerlo ella misma. Le parecía surrealista estar allí, desnudándose delante de Gio... Casi prefería no pensar en ello.

Abrió su blusa, revelando su sujetador de encaje, y no pudo evitar sonrojarse. Gio le apartó las manos y abrió la camisa aún más, hasta que cayó al suelo.

No podía mirarlo a los ojos. Una mano fue a su espalda y le desabrochó con facilidad el sujetador. Le bajó los tirantes y la prenda acabó encima de la blusa. Instintivamente, hizo ademán de taparse los pechos, pero Gio no la dejó.

–No...

Le levantó entonces la barbilla para obligarla a mirarlo. El calor y el deseo que había en su mirada pusieron fin a todas las inhibiciones de Valentina.

–Eres preciosa.

Vio cómo observaba sus pechos y estos reaccionaron tensándose aún más. Los atrapó suavemente con sus manos y comenzó a mover los pulgares alrededor de sus sensibles pezones. Valentina gimió suavemente y cerró los ojos. Era demasiado, no podía soportar ver sus manos de esa manera acariciando sus senos.

Sin saber cómo lo había conseguido, Gio acabó sentado en la cama y con Valentina entre sus poderosos muslos, atrapándola entre ellos. Con una mano la sujetaba por la cintura, impidiendo que perdiera el equilibrio, con la otra se ayudó para atrapar uno de sus pechos entre los labios. Fue increíble sentirlo en la cueva húmeda y caliente de su boca. Valentina contuvo la respiración y tuvo que agarrarse a los hombros de Gio. Un oleada de intenso placer pasó de sus pechos a la parte más íntima de su cuerpo.

Gio era implacable. Lamía y chupaba sus pechos, jugando con ellos hasta que ella no pudo aguantarlo más. Sin ser consciente de lo que hacía, en un momento dado había atrapado la cabeza de Gio con una de sus manos para mantenerlo donde estaba, para indicarle sin palabras lo que necesitaba, lo que deseaba, dónde lo quería tener.

No pudo ahogar un gemido cuando se separó un momento de ella para dedicarle las mismas atenciones al otro pecho y torturarlo de la misma manera. Ella nunca había conocido un placer parecido. Estaba despertando con más fuerza aún su deseo.

De repente, se apartó de su juguetona boca y lo miró.

–Yo también quiero verte –le susurró ella.

Se agachó para quitarle el polo que llevaba. Se quedó sin aliento al ver su magnífico torso. Era más bello aún de lo que había imaginado. Era todo músculo y su suave piel color oliva la incitaba a que siguiera tocándolo.

–Ven aquí –le ordenó Gio.

Valentina obedeció sin rechistar. Se sentó a horcajadas sobre los muslos de Gio y él la abrazó.

Era increíble sentir sus pechos desnudos y sus húmedos pezones contra ese torso. Gio atrapó de nuevo su cabeza y la besó. Cada vez estaba más excitada, nunca habría podido imaginarse que hubiera tantos tipos de besos. Ese estaba siendo muy sensual y solo podía pensar en que sentía su poderosa erección contra su sexo. Cada vez que se movía, aunque fuera solo unos centímetros, aumentaban las sensaciones. Gio llevó la mano a la parte delantera de sus pantalones vaqueros y Valentina contuvo el aliento cuando sintió que deslizaba los dedos entre la tela y su piel.

Desabrochó el botón con un movimiento de pulgar y le bajó la cremallera. Gio extendió su mano alrededor de la parte posterior de la cintura y se adentró por debajo de la tela, agarrándose con fuerza a sus nalgas.

Valentina se arqueó hacia él y Gio se aprovechó para atrapar de nuevo entre sus labios uno de sus pezones. Sin dejar de lamerlo, fue deslizando los dedos hasta encontrar su centro de placer y lo oyó gemir cuando notó lo húmeda que estaba.

No lo aguantaba más. Se trataba de la más deliciosa de las torturas. Pero, de repente, sintió que la tierra se movía y estaba de espaldas sobre la cama y con Gio sobre ella. No podía dejar de admirar sus anchos hombros ni lo bello que era.

Con unos cuantos movimientos muy rápidos, Gio le abrió los vaqueros totalmente y fue tirando de ellos hacia abajo hasta que quedó casi desnuda, solo con sus braguitas. Aparte de su madre, nunca había estado tan desnuda delante de nadie. No pudo evitar morderse el labio inferior con algo de temor e inseguridad al saber lo que estaba a punto de pasar.

A pesar de la situación, algo consiguió atravesar la neblina en la que estaba envuelto el cerebro de Gio cuando vio un destello de temor en el rostro de Valentina y cómo se mordía el labio. Fue como un jarro de agua fría y se quedó sin aliento.

Había estado a punto de desabrocharse los pantalones, pero se detuvo y la miró con el ceño fruncido.

–Valentina, ¿eres virgen?

Capítulo 6

Gio vio la cara de Valentina y se le hizo un nudo en el estómago. Levantó un brazo para cubrirse el pecho y la temperatura en el dormitorio bajó decenas de grados en cuestión de segundos.

Ahogando un impulso casi irresistible de golpear con el puño el mueble más cercano, se apartó de ella. Estaba casi desnuda y en su cama, era una tentación irresistible. Y en esos momentos habría estado deslizándose dentro de ella y descubriendo por sí mismo lo inocente que era.

Se levantó y fue directo al cuarto de baño. Tomó el albornoz que colgaba de la puerta y se lo llevó a Valentina sin mirarla. Nunca habría podido imaginar que siguiera siendo virgen y ese hecho lo cambiaba todo para él. No podía ser él quien se acostara con ella por primera vez porque, de haberlo hecho, Valentina se habría arrepentido en cuanto se hubiera apagado el calor de la pasión y entonces lo habría odiado aún más.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó ella.

–Ponte el albornoz, Valentina –repuso con más frialdad de la necesaria–. No me acuesto con vírgenes.

Valentina se quedó sentada en la cama con el albornoz contra su pecho desnudo. Estaba en estado de shock. Gio había salido de la habitación poniéndose de nuevo su camisa.

–Esperaré afuera.

Sentía frío y calor al mismo tiempo y tenía la sensación de que le habían arrebatado de las manos algo muy importante cuando estaba a punto de conseguirlo.

Le dolía que la rechazara por su falta de experiencia. Le molestaba más de lo que querría reconocer. No entendía nada.

«¿Cómo se atreve a reaccionar de esta manera?», se dijo.

Fuera de sí, se levantó para ponerse la bata y apretarse bien ceñido el cinturón. Salió a la sala de estar y se lo encontró de espaldas a ella, mirando por la ventana.

Tuvo que controlarse para no agarrar cualquier objeto y lanzárselo a la cabeza.

–Me voy a ir a desprenderme de mi virginidad –le dijo ella con

fingida dulzura–. Cuando vuelva, podemos continuar donde lo dejamos, ¿te parece bien?

Gio se dio la vuelta y la miró con los brazos cruzados sobre el pecho.

–Deberías haber sido sincera conmigo –le dijo él.

Valentina también se cruzó de brazos y se echó a reír a carcajadas.

–¡Eres un hipócrita! Me acababas de decir que te has acostado con mujeres de las que ni siquiera recordabas sus nombres. ¿Cómo sabes que no eran vírgenes?

Gio hizo una mueca. No sabía por qué le había tenido que contar tanto. Era la primera vez que le había dicho a alguien lo vacíos y duros que habían sido esos años y lo bajo que había llegado a caer.

Trató de ignorar lo sexy que estaba Valentina con su bata y el pelo suelto sobre los hombros. Se sentía muy frustrado y le dolía todo el cuerpo.

–No lo eran, créeme –respondió él.

–Entonces, ¿Qué quieres que haga? ¿Que le diga al primero que me bese que soy virgen? ¿Antes de nada?

Se le hizo un nudo al imaginarla besando a otro hombre.

–Sí. Sobre todo si cada beso que das termina contigo medio desnuda en una cama –repuso Gio con firmeza.

Valentina tuvo que contener un grito de asombro ante la injusticia de su comentario y sintió que se le llenaban de lágrimas los ojos. Solo podía pensar en la pasión con que la que se había entregado a Gio, cómo le había rogado que la besara, que le hiciera el amor.

Se había sentado en el regazo de ese hombre como si fuera una especie de bailarina de un club de striptease.

Gio había tratado de detenerla y le había preguntado dos veces si estaba segura. Ella le había contestado con seguridad que sí lo estaba.

Como si presintiera lo mal que se sentía, Gio fue hacia ella, pero Valentina se alejó. Estaba fuera de sí.

–¡Te odio, Giacomo Corretti! No me acostaría contigo aunque fueras el último hombre sobre la faz de la tierra.

Valentina se dio la vuelta para ocultar sus lágrimas. Volvió a entrar en el dormitorio, se quitó la bata y se puso su ropa. No dejaba de pensar en cada beso y en cada caricia que acababa de compartir con ese hombre. Era como si estuviera recordando una película de segunda categoría.

Salió del dormitorio echando humo y fue directa a la puerta

principal. Llegó a girar el picaporte antes de que la detuviera Gio. Muy a pesar suyo, su cuerpo volvió a reaccionar al sentir su contacto.

–Espera, Valentina.

Se apartó de él y lo miró a la cara. El arrepentimiento que vio en sus ojos fue la gota que colmó el vaso. Podría haberse enfrentado a cualquier cosa, pero lo último que quería era que sintiera lástima por ella.

Levantó una mano y, antes de que fuera consciente ella misma de lo que iba a hacer, le abofeteó tan fuerte que Gio giró la cabeza bruscamente. Temblando por culpa de tantas emociones, lo miró una última vez a los ojos.

–No vuelvas a tocarme. Nunca.

Era el primer día de la Copa Corretti y ya estaba amaneciendo. Gio se puso de pie en su oficina y fue hasta la ventana. Había mucha actividad en todos los rincones de la pista. Solía ser su época favorita del año, pero estaba demasiado distraído para pensar en nada más que no fuera una mujer esbelta de pelo castaño y tentadores ojos del color del ámbar. No había hecho otra cosa durante las últimas horas.

Además, tenía un nivel de frustración sexual que no había sufrido en su vida. Por no mencionar el galimatías de emociones que había sentido al volverla a ver. Ya no quedaba nada de la armadura que se había colocado nada más regresar a Sicilia para no tener que sentir nada ni dejar que la gente se le acercara demasiado.

Valentina.

Su nombre estaba en su mente y en sus labios a cada minuto del día. Aún podía sentir el dolor de su bofetada, pero sabía que la había merecido.

Había reaccionado de manera muy visceral al darse cuenta de que seguía siendo virgen. No se veía digno de ser su primer amante. Creía que ella habría terminado por arrepentirse después y era algo que quería evitar a toda costa.

Era verdad que habían conseguido superar en parte sus problemas después de hablar abiertamente de Mario, pero estaba seguro de que aún sentía resentimiento hacia él. Valentina lo odiaba entonces por haberse negado a acostarse con ella, pero creía que, a largo plazo, había evitado que su odio fuera a más.

Eso era al menos lo que creía y se repetía una y otra vez, pero la

verdad era que se estaba mintiendo. Aunque él le había asegurado unos días antes que no se acostaba con vírgenes, lo único que quería hacer era cerrar el hipódromo, sacar a todo el mundo de allí, encontrar a Valentina y llevársela sobre el hombro a un lugar tranquilo, donde pudiera hacer el amor con ella hasta que los dos se quedaran agotados y saciados. Hasta que ella dejara de ser virgen, fuera suya y de nadie más.

A Valentina le estaba costando centrarse en su trabajo. Era el primer día de la Copa Corretti, pero no podía dejar de pensar en lo que había pasado entre ellos y en lo humillante que había sido que Gio la rechazara por su falta de experiencia.

Se le llenaban de lágrimas los ojos cuando pensaba en ello. Para contrarrestar esa emoción, apuñaló con más fuerza de la necesaria un pedazo de carne de cerdo que estaba preparando para la comida de ese día.

Se sentía tan confundida...

Cada vez le costaba más odiar a Gio. Saber cuánto había sufrido tras la muerte de Mario la había ayudado a entenderlo mejor. Y entonces la había tomado en sus brazos y ella se había convertido en una completa desconocida. Le había rogado que la besara y que le hiciera el amor. Le costaba creerlo. Pensaba que había pocos hombres que estuvieran dispuestos a rechazar una oferta como aquella. Su rechazo le había dolido mucho más de lo que quería reconocer.

Volvió a cortar con saña la carne de cerdo y trató de convencerse de que era mejor así, que Gio le había hecho un favor al no acostarse con ella.

Por primera vez, llegó incluso a considerar la idea de que Gio lo hubiera hecho de manera bienintencionada y desde un punto de vista moral.

Lo único que tenía claro era que no pensaba volver a dejar que Gio la pusiera en una situación tan comprometida.

–¡Valentina!

Volvió algo aturdida al presente al oír la voz de Sara, su ayudante. Miraba con el ceño fruncido el destrozo que había hecho con la carne de cerdo.

–¿Sí?

–Nada, nada –repuso su ayudante–. Bueno, solo quería decirte que acabo de ir a la carpa principal para comprobar cómo va todo y parece que el bufé está perfecto. Nadie tiene que esperar por su

comida.

Valentina forzó una sonrisa y trató de concentrarse en su trabajo.

–Gracias, Sara. Voy a ir a comprobar personalmente cómo va todo en la carpa VIP. Mientras tanto, puedes comenzar a organizar los canapés para la recepción de más tarde, ¿de acuerdo? –le pidió a su pinche.

Salió de allí intentando pensar solo en lo que tenía que hacer, pero entonces lo vio de lejos y todos sus buenos propósitos se fueron al garete.

–Estás muy guapa esta noche.

Valentina se quedó sin respiración al oír su voz. Levantó la vista de la lista de invitados VIP que había estado repasando y se encontró con Gio. Llevaba un esmoquin negro y estaba muy guapo. Había conseguido controlar su rebelde cabello y tenía un aspecto distinguido y más elegante de lo habitual.

Ella había sido muy consciente de dónde estaba Gio a cada momento desde que entrara en la enorme carpa una hora antes. Pero había sido un alivio que él se mantuviera al otro lado de la sala, saludando y hablando con la gente. No se le había pasado por alto la gran cantidad de mujeres que se le habían acercado. Y, aunque sabía no tenía derecho, se había sentido algo celosa.

–Gracias –repuso ella con algo de frialdad mientras se miraba–. Es el único vestido formal que tengo. No me ha dado tiempo a ir de compras.

Vio que Gio la miraba de arriba abajo. Se había recogido el pelo en un moño alto y llevaba un vestido negro muy sencillo con falda acampanada y un par de zapatos también negros. No podía compararse con las invitadas, que vestían exclusivos diseños y carísimas joyas. Pero creía que era así como tenía que ser. Después de todo, ella estaba trabajando.

Aunque no había podido olvidar la humillación de su último encuentro, no pudo evitar sonrojarse cuando recordó cómo había abofeteado a Gio. Era la primera vez que pegaba a alguien y sintió la necesidad de disculparse por ello. Lo hizo rápidamente y sin mirarlo a los ojos.

–Siento... Siento lo de la bofetada... –susurró.

–Me lo merecía.

Respondió tan rápidamente que la curiosidad le pudo y lo miró. Tenía una pequeña marca en lo alto de su pómulo y temió habérsela

causado ella.

–¿Te hice mucho daño?

Se quedó sin respiración cuando Gio le dedicó media sonrisa.

–Bueno, digamos que preferiría que no probaras también conmigo tu gancho de derecha –le contestó él.

–Lo siento –le dijo de nuevo tratando de ocultar sus emociones.

En ese momento, una mujer de pelo oscuro muy acicalada se acercó a Gio y él bajó la cabeza para escuchar lo que tenía que decirle. La mujer se ruborizó y Valentina frunció el ceño. No le gustaba ver que otras mujeres también lo encontraran atractivo.

La joven se alejó y Gio volvió a dedicarle a ella toda su atención.

–Bueno, si me disculpas... Parece que mi abuelo materno requiere mi presencia. Quiere hablar conmigo para que le recomiende por qué caballo y qué jinete debe apostar en la carrera de mañana.

Valentina asintió vigorosamente con la cabeza y Gio sonrió.

–No deberías ponerte tan contenta al ver que me voy –le dijo.

Se alejó y Valentina no pudo evitar recordar la desolación con la que la había mirado Gio en su dormitorio, después de que descubriera que ella no tenía experiencia en ese terreno. Le había dicho que no se consideraba merecedor de ser su primer amante.

Lo miró entonces con nuevos ojos, no pudo evitarlo, y vio que parecía muy solo en medio de esa multitud, como si no encajara en ese ambiente.

Pero, afortunadamente, estaba demasiado atareada para pensar en Gio.

Mucho más tarde, cuando volvió a la carpa para ver cómo iba todo, no tardó en buscarlo con la mirada y vio que Gio estaba al otro lado de la gran tienda, charlando con los últimos invitados que aún estaban divirtiéndose allí.

Ella estaba supervisando la tarea de limpieza y recogida de todo el servicio de comidas. La banda de jazz que había estado tocando ya guardaba sus instrumentos. Franco, su otro ayudante, se acercó a ella.

–Valentina, ¿por qué no te vas ya? Me aseguraré de que lo recojan todo. Mañana tienes un día muy largo –le dijo el joven.

Valentina sonrió. Pero vio entonces que Gio iba hacia ella y decidió irse de allí. Se sentía muy vulnerable cuando lo tenía cerca.

–Estupendo, Franco. Te lo agradezco.

Su empleado se despidió de ella, pero Valentina no oyó bien sus palabras, ya salía apresuradamente de la carpa. Miró hacia atrás en el último momento y vio que Gio parecía molesto al ver que había

salido huyendo.

Gio se quedó mirando cómo salía Valentina de la carpa. No sabía qué iba a hacer. No podía pedirle que se quedara hasta que se fuera el último invitado. Había estado trabajando sin descanso, más que cualquier otra persona involucrada en la Copa Corretti, y había conseguido que la comida del primer día fuera un éxito rotundo. Más de una persona había acudido a él para preguntarle por la empresa que se estaba encargando del catering.

El cóctel también había sido perfecto.

Desgraciadamente, no tenía ninguna excusa creíble para hablar con ella, no podía preguntarle sobre cómo había ido el día porque lo sabía de sobra.

La deseaba.

Era tan sencillo como eso. Había pensado que las cosas se calmarían entre ellos después de que ella se disculpara por haberle abofeteado. Le había parecido que de verdad se arrepentía, pero no podía olvidar lo que Valentina le había dicho unos días antes.

–¡No me vuelvas a tocar! Nunca.

Ella se había limitado a ser educada y profesional con él. Eso era todo. Creía que no había ni podía llegar a haber nada más.

No le ayudaba en absoluto haber tenido que verla durante toda la noche recibiendo a los invitados a la puerta con una amplia sonrisa en su rostro. Había destacado entre las demás mujeres, que parecían esforzarse demasiado por llevar llamativos vestidos y demasiado maquillaje para su gusto. Le recordaban a pavos reales.

Creía que Valentina había sido la más bella, con un simple vestido negro que destacaba su esbelta figura y un escote en pico que no había podido dejar de admirar desde lejos. Muy a su pesar, había tenido que luchar para que dejaran de aparecer en su mente imágenes de esos pechos desnudos con los pezones mojados por su lengua... Sacudió la cabeza irritado. No podía dejar de pensar en ella.

Uno de los invitados, un conocido playboy francés, le había pedido esa noche que se la presentara. Él había reaccionado de mala manera, como un cavernícola, y le había dejado muy claro que Valentina no estaba disponible. Él había sido el primero sorprendido por la intensidad de su respuesta, pero no había podido evitarlo. Le habían entrado ganas de agarrar a ese hombre por el cuello y sacarlo de la carpa de invitados VIP y del hipódromo. Después de esa breve conversación, había estado vigilándolo todo la

noche como un águila.

No sabía qué iba a hacer. Creía que Valentina también lo deseaba, pero estaba seguro de que no iba a dejar que se le acercara de nuevo.

Y eso era un problema porque no se creía lo suficientemente fuerte como para superar el deseo físico que corría por sus venas ni la posesividad que sentía por ella.

Al día siguiente, Valentina volvió a su habitación por la tarde. Tenía que cambiarse para el cóctel de esa noche. El segundo día había ido tan bien como el primero y por fin empezaba a relajarse un poco. Incluso había conseguido hacer un pequeño descanso para disfrutar con la emocionante carrera principal de ese día.

No terminaba de acostumbrarse a la magnitud que había adquirido ese evento deportivo en los pocos años que llevaba celebrándose y en la cantidad de dinero que se apostaba cada día. Nunca había visto tanta riqueza en su vida. Pero Gio no parecía dejarse llevar por los excesos que lo rodeaban y estaba pendiente de cada detalle para que todo fuera bien. Y no dejaba de llamarle la atención lo solo que parecía casi siempre.

Uno de los primeros recuerdos que tenía de su infancia era el de estar jugando en el palacio de los Corretti mientras su padre reparaba alguna cosa que se hubiera estropeado y Mario lo ayudaba. Le había llamado mucho la atención ver cómo el solitario Gio pasaba las horas viendo trabajar a los mozos que entrenaban a los caballos de su padre en los establos.

Unas horas antes, mientras llevaba una bandeja de vasos vacíos a la carpa, lo había visto tan solo entre la multitud que había tenido el impulso casi irresistible de dejar la bandeja, acercarse a Gio y tomar su mano entre las de ella. Se había imaginado cómo la miraría Gio con una sonrisa y a ella misma devolviéndole el mismo gesto y apretándole la mano con cariño.

No entendía qué le estaba pasando ni por qué su mente fantaseaba tanto. Tenía que admitir que el odio que había sentido por él desde la muerte de su hermano se había convertido en algo diferente, pero no sabía en qué.

Estaba dejando su bolso en la mesa de centro cuando vio por la puerta entreabierta de su dormitorio que había ropa sobre su cama. Entró y fue directa a dos largos vestidos de noche y otro de cóctel que colgaban de las puertas de su armario. Alineados bajo ellos había tres pares de zapatos coordinados con los colores de los

vestidos.

Había más bolsas en la cama y joyeros en la cómoda.

Los vestidos eran preciosos. Había uno granate, otro azulón y un vestido de cóctel sin tirantes de encaje negro.

Se acercó temerosa a las cajas que había en la cama. Abrió una, quitó el papel de seda y se encontró con el más delicado y bello conjunto de ropa interior que había visto en su vida. Rápidamente, cerró de nuevo la caja.

Fue entonces cuando vio la nota escrita a máquina sobre la caja más grande.

Valentina, espero que no te importe que me haya tomado la libertad de encargarte algunos vestidos. Me dijiste que no habías tenido tiempo para ir de compras...

La había firmado con una letra «G», nada más.

Su primera reacción fue de enfado. Le parecía increíble que Gio se hubiera atrevido a comprarle ropa. Por otro lado, la nota era muy impersonal, ni siquiera la había escrito a mano. Supuso que le habría ordenado a su secretaria que se encargara de todo aquello.

No podía creer que tuviera tanto descaro. Era como si le estuviera diciendo que se había avergonzado de verla con un simple vestido negro que podría haber comprado en cualquier tienda.

Gio le había dicho que estaba muy guapa, pero empezaba a darse cuenta de que había sido un cumplido completamente vacío y que le habría dicho lo mismo a todas las mujeres presentes en el cóctel. Era la primera vez que se ocupaba de un evento tan prestigioso y nunca había tenido que vestirse de manera tan formal.

Miró el vestido que se había puesto la noche anterior, lo tenía colgado de una percha para que no se arrugara. Estaba cerca de los nuevos y parecía anticuado y viejo al lado de los exclusivos modelos que le había comprado Gio. Supuso que no querría que lo avergonzara delante de sus invitados y amigos.

Para colmo de males, una voz en su interior la tentaba con la idea de ponerse uno de esos vestidos solo para ver la reacción de Gio. Se preguntó si entonces sí la desearía, aunque siguiera siendo virgen.

Cada vez se sentía más enfadada y humillada.

Decidió ignorar los maravillosos vestidos y ponerse el mismo de la noche anterior.

Sabía que estaba siendo infantil, pero estaba decidida a dejarle muy claro que Gio no podía decirle lo que tenía que ponerse para

trabajar.

Unas horas más tarde, Valentina sintió cierto cosquilleo en la nuca y supo, aunque no lo había visto, que Gio estaba cerca. Se le cayó el bolígrafo de los dedos y se agachó para recogerlo. Fue entonces cuando vio por el rabillo del ojo sus impecables y brillantes zapatos. Respiró profundamente antes de enderezarse.

Se le quedó la boca seca al verlo. Esa noche llevaba una camisa blanca y pajarita del mismo color. Estaba ligeramente torcida y eso le daba un aire desenfadado al conjunto.

Luchó por mantener la calma. Lamentaba que Gio la hubiera sorprendido antes de que pudiera prepararse para el encuentro. Pero pensó entonces en la nota escrita a máquina y en los vestidos y la sangre se le congeló en las venas.

–No tendrías que haber molestado a nadie para que me comprara los vestidos que alguien ha dejado en mi apartamento –le dijo ella con frialdad–. Si me hubieras dicho lo que necesitaba para no hacer el ridículo, habría hecho tiempo para ir de compras yo misma.

Gio frunció el ceño al oírla.

–La idea era que eligieras uno para ponerte esta noche.

Valentina dejó que una nueva oleada de ira la dominara. Era mucho más fácil enfrentarse a él cuando estaba enfadada. Antes de hablar, miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie cerca de ellos.

–No soy una de tus amantes, Gio.

Él abrió la boca para responder, pero los interrumpió en ese momento uno de los ayudantes de Gio.

–Disculpe, señor Corretti, pero el jeque Nadim de Merkazad acaba de llegar con su esposa. Pensé que le gustaría saberlo. Y ya hemos llevado sus caballos a los establos.

Valentina sabía que el jeque Nadim era uno de los invitados más importantes. Vio que Gio apretaba los músculos de la mandíbula y se echó a temblar.

La miró intensamente durante unos segundos.

–Seguiremos hablando de esto más tarde –le dijo a modo de despedida.

Valentina tuvo poco tiempo esa noche para pensar en unas palabras que le habían sonado muy amenazadoras. Estaba demasiado ocupada recibiendo a los invitados y asegurándose de que todo el mundo estuviera siendo atendido.

Mucho más tarde, Gio empezó a quitarse la pajarita y se desabrochó el primer botón de su camisa mientras iba hacia el pequeño apartamento de Valentina. Hacía horas que habían terminado los eventos sociales de ese día.

El jeque Nadim de Merkazad, que era un viejo amigo, lo había invitado a su hotel después del cóctel para tomar una copa y no había podido rechazar su amable oferta. Aprovechaba cualquier oportunidad que tenía para hablar de caballos y de carreras con Nadim, pero esa vez había sido distinto. Al final, su amigo se había echado a reír al verlo tan distraído.

–Bueno, vete ya en busca de esa mujer, amigo. Conozco bien esa mirada de hombre torturado. La he visto muchas veces en mí mismo en los espejos.

Gio sacudió la cabeza y abrió la boca para protestar.

Nadim y su esposa irlandesa, Isolda, parecían hechos el uno para el otro y no podía imaginar a su amigo sufriendo por culpa de ella. De hecho, siempre le había resultado difícil estar con ellos. Le daba claustrofobia verlos tan unidos. Pero, por otra parte, también sentía cierto anhelo por tener lo que ellos tenían, como si hubiera un vacío en su vida que no supiera cómo llenar.

Cuando llegó al edificio donde se alojaban los empleados, subió las escaleras deprisa. Solo tenía una cosa en la cabeza, ver a Valentina.

Valentina llevaba una hora dando vueltas por el salón de su pequeño apartamento. Había sido un día muy largo y tenía que descansar, pero no podía dejar de pensar en Gio.

Había desaparecido del cóctel en algún momento, sin que ella lo viera irse y le molestaba que ese hecho la hubiera decepcionado. Gio no había regresado para explicarle lo que había querido decir cuando le advirtió que seguirían hablando más tarde.

Supuso que habría ido al lujoso hotel de Siracusa donde se alojaban la mayoría de los invitados y donde había un exclusivo bar de copas. Se quedó sin aliento al imaginarlo en la pista de baile y rodeado de mujeres hermosas. Jóvenes, sin duda, que tendrían mucha más experiencia que ella y que serían mucho más sofisticadas.

Sonó de repente un golpe en la puerta y Valentina se detuvo en seco. No se movió durante unos segundos, como si así pudiera

conseguir que el visitante pensara que no estaba en casa, pero oyó entonces una voz que reconoció a instante.

–¡Valentina!

Parecía enfadado.

–Es tarde, Gio. ¿Qué quieres? –repuso ella sin abrir la puerta.

–Te dije que seguiríamos hablando más tarde –respondió Gio.

Estaba tan enfadada con él como aliviada al ver que quería verla.

–Estoy cansada. Me voy a la cama –le dijo–. Podemos hablar mañana.

Le entró miedo de que tirara la puerta abajo. Además, si estaba cerca de él, no iba a poder ocultar cuánto lo deseaba.

Gio volvió a golpear con fuerza la puerta.

–O me dejas entrar, Valentina, o tendré que usar mi llave maestra.

Valentina se cruzó de brazos. Estaba furiosa.

–Eso sería una violación flagrante de mis derechos como empleada. Si lo haces, dejaré inmediatamente el trabajo y te denunciaría por acoso.

Gio no respondió. Pocos segundos después, oyó una llave en la cerradura y vio cómo giraba el picaporte. La puerta se abrió para dar paso a un desaliñado Gio. Tenía deshecha la pajarita y sujetaba la chaqueta del esmoquin en un dedo. Por enfadada que estuviera, no pudo evitar que se deshiciera por dentro al verlo.

Gio entró y cerró la puerta firmemente tras él. Vio cómo la miraba de arriba abajo y se quedó sin aliento.

–No terminamos nuestra discusión sobre tu vestuario.

Sus palabras la devolvieron a la realidad de golpe. Se alejó instintivamente de él, cruzando los brazos sobre el pecho.

–No pienso hablar de eso contigo ahora. Así que, si no te importa...

Gio tiró su chaqueta a una silla cercana y se recostó contra la puerta.

–No me importa en absoluto. Puedes hacer lo que quieras... Después de que terminemos nuestra conversación.

Capítulo 7

Valentina miró la chaqueta que Gio acababa de abandonar en la silla y, después, de nuevo a él. Se dio media vuelta y se alejó de la puerta. Pensó que era una suerte que se hubiera quitado los zapatos porque le temblaban las piernas.

Estaba muy nerviosa y no le gustaba nada que Gio invadiera de ese modo su espacio privado, sobre todo cuando pensaba en la sexy ropa interior que le había comprado y que aún seguía en su dormitorio.

–Ya te lo dije, Gio. No soy una de tus amantes, no tienes por qué equiparme con todo lo necesario como si lo fuera.

Vio que Gio parecía aún más enfadado y Valentina dio un paso atrás.

–Nunca he tenido una amante. Sí, he tenido muchas aventuras de una sola noche y no es algo de lo que esté orgulloso, pero nunca he querido pasar tanto tiempo con una mujer como para considerarla mi amante.

Valentina se sonrojó. Se sentía muy confundida.

–Entonces, ¿por qué...? –susurró–. Si no te gusta la ropa que tengo, no tenías más que decírmelo y habría salido a comprar alguna otra cosa.

Gio se separó de la puerta y se pasó una mano por el pelo.

–¡No es eso! ¡Maldita sea, Valentina! –exclamó él muy enfadado–. Aun con un saco de patatas seguirías siendo la mujer más bella de la fiesta. Pero me dijiste que no habías tenido tiempo para ir de compras y...

Se quedó sin aliento al oír sus palabras y se asustó al ver lo fácil que le resultaba a Gio hacer que se sintiera de nuevo vulnerable. Recordó que había tenido la tentación de probarse los vestidos y ponerse guapa para él. No le gustaba sentirse así, pero no podía evitarlo. Se puso de repente en movimiento, fue a su dormitorio y reunió todos los vestidos, zapatos y cajas en sus brazos.

Sin importarle que no lo había podido recoger todo y que iba dejando un rastro tras ella, volvió al salón y lo dejó todo en una silla junto a él.

Se cruzó entonces de brazos y miró a Gio.

–Te lo agradezco, de verdad. Pero puedo comprar mi propia

ropa. Iré mañana mismo de compras.

Le daba miedo ver que Gio seguía sin reaccionar.

–Además, no es como si te hubieras tomado la molestia de hacerlo tú –añadió pensando en la exquisita ropa interior–. Seguro que fue tu secretaria quien escribió la nota y ni siquiera sabías lo que estabas firmando.

–Lo sabía de sobra porque fui yo quien escribió esa nota. Le pedí a la boutique que me enviara una selección de vestidos y elegí personalmente los que me parecieron más adecuados para ti.

Cada vez estaba más confusa.

–Eso ya no importa. Ahora solo quiero que te vayas –insistió ella.

–A mí sí me importa –susurró Gio acercándose a ella–. ¿Cómo crees que sería tan insensible como para pedirle a mi secretaria que te comprara algo tan íntimo como la ropa interior? Además, ¿cómo podría saber ella la talla que usas? –añadió–. Tengo dislexia severa, la he tenido toda mi vida. Por suerte, ahora hay muchos programas para ayudar a gente con mi problema. La nota se la dicté yo mismo a una máquina muy práctica que luego lo imprime. Firmé solo con mi inicial porque es fácil y cualquiera que me conozca la reconocería al instante.

Se sintió muy mal al oírlo. Cuando mencionó su dislexia, recordó a Mario sentado pacientemente a su lado, ayudándole con los deberes del colegio.

Era algo que se le había olvidado.

Con piernas de gelatina, se acercó a la puerta, la abrió y se apartó.

–Gracias por la explicación. Te lo agradezco. Devolveré mañana los vestidos y me compraré algo más adecuado –le dijo ella–. Ahora, me gustaría que te fueras. Por favor.

Pero Gio no parecía estar escuchándola. Estaba dando vueltas por el salón.

Se detuvo de repente y se volvió hacia ella. Había algo tan carnal y decidido en su mirada que Valentina sintió una oleada de calor por todo el cuerpo.

–El caso es que te compré esos vestidos por una razón. No fue porque fueran más apropiados que tu ropa, sino porque quería verte con ellos. Compré también la ropa interior y me imaginé cómo te quedaría...

Valentina cada vez se sentía más vulnerable. Solo podía pensar en él y en cuánto lo deseaba.

Gio se le acercó antes de que ella pudiera reaccionar. Cerró de

nuevo la puerta y echó el cerrojo.

Valentina estaba atrapada entre él y la puerta, pero ni podía ni quería moverse.

Gio colocó una mano a cada lado de su cabeza. Todo su cuerpo estaba enjaulado. Y su aroma, su proximidad... No podía pensar con claridad.

–¿Por qué? –susurró ella.

–Por esto...

Se inclinó hacia ella y, sin tocar ninguna otra parte de su cuerpo, la besó en los labios y todo su mundo estalló en llamas.

Le pareció que habían pasado horas cuando finalmente dejaron de besarse y lo miró a los ojos. Gio tenía una mano en su cintura y vio sorprendida que ella se aferraba a su camisa con las dos manos. Podía verse reflejada en sus pupilas y recordó de pronto cómo la había rechazado la otra noche. Le había prometido a él y a sí misma que no iba a dejar que la volviera a tocar.

Pero Gio apenas había tenido que persuadirla para que rompiera esa promesa.

Disgustada consigo misma, soltó la camisa de Gio y se apartó de él, tratando de ignorar los latidos de su corazón.

Respiró profundamente y se cruzó de brazos como un gesto inconsciente de protección.

–No puedo hacer esto contigo –le dijo ella cuando por fin pudo hablar–. No voy a hacerlo contigo. Con cualquiera menos contigo. Después de todo, sigo siendo virgen, Gio. No he conseguido quitarme aún esa carga de encima.

Gio se quedó sin aliento al oír las palabras de Valentina. Le bastaba con imaginarla en la cama con otro hombre para que la ira y los celos lo dominaran con una intensidad casi salvaje.

–No lo harás con nadie, solo conmigo –le dijo con firmeza él.

Se acercó a ella y Valentina retrocedió levantando un brazo, como si así pudiera detenerlo. Había tensión en el ambiente y la temperatura había subido de manera repentina.

–Espera –le dijo Valentina con voz temblorosa–. ¿Cómo te atreves a decidir de repente que tienes derecho a hacer tal declaración? Fuiste muy claro cuando me rechazaste la otra noche.

–¡No quería rechazarte! –protestó él–. Alejarme en ese momento de ti fue lo más difícil que he hecho en mi vida, pero lo hice porque sabía que, si hubiéramos hecho el amor, te habrías despertado después despreciándome y odiándome aún más.

Valentina abrió la boca al oír la confesión de Gio. Había pensado que él la había rechazado porque no la deseaba lo suficiente como

para querer acostarse con ella.

Pero no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer.

–¿Y ahora? ¿Qué es lo que ha cambiado?

–Lo que ha cambiado es que estoy dispuesto a arriesgarme a que me odies aún más porque te deseo demasiado, Valentina. No soy lo suficientemente fuerte para alejarme de ti y dejar que sea algún otro hombre quien se convierta en tu primer amante.

Valentina vio que Gio hacía puños con las manos y sintió su pasión como si pudiera tocarla. Ella tampoco podía imaginar a otro hombre tocándola o besándola.

Sin que ella se diera cuenta, Gio se había vuelto a acercar a ella. Le llevó una mano a la cara y rodeó su cuello con los dedos. Sabía que él podía sentir su pulso, estaba fuera de control.

–Me deseas –susurró Gio–. No puedes negarlo.

Valentina se quedó sin palabras. Se sentía perdida, en un terreno muy peligroso. Pero Gio tenía razón y no podía negarlo. Habría sido una mentira y los dos lo sabían.

Y sabía que Gio ni siquiera necesitaba una respuesta. Lo que estaba pasando era algo que había empezado a forjarse desde que lo viera unas semanas antes en la boda de su primo.

–Te doy permiso para que después me odies todo lo que quieras, Valentina –le dijo Gio con una sonrisa triste–. Porque sé que lo harás. Al menos así los dos tendremos muy claro qué estamos haciendo. Después de todo, solo es algo físico, nada más.

Le dolió que Gio pareciera aceptar tan fácilmente que ella lo odiara, pero su promesa de no permitir que hubiera nada más que atracción física entre los dos, consiguió liberarla. Sabía que nunca podría amar a alguien y arriesgarse a perderlo como le había pasado con Mario.

Esa terrible noche, perdió a su hermano y también algo puro e inocente que había en su interior. El dolor era demasiado profundo y Gio siempre iba a estar demasiado ligado a ese dolor. Tampoco iba a poder librarse nunca de la vergüenza que le producía un secreto que aún era demasiado cobarde para reconocer.

Pero, a pesar de todo, lo deseaba. Nunca había conectado con un hombre a un nivel tan visceral, tan físico. Y pensaba que esa pasión acabaría por consumirse, que no podía durar.

–Esto no va a durar para siempre, acabará apagándose y, cuando lo haga, seguiremos adelante con nuestras vidas –le dijo Gio como si acabara de leerle el pensamiento.

Pero ella no sabía si realmente podrían seguir adelante con sus vidas y encontrar la manera de dar por terminado aquello. Durante

un buen rato, no dijo nada.

Valentina lo miró a los ojos y sintió que se estaba ahogando. Lo que había estado sujetándola para que se resistiera fue disolviéndose poco a poco. No podía luchar contra lo que sentía.

Acarició la cara de Gio y él volvió la cara para besar su palma. Cerró los ojos, podía sentir el temblor que atravesó el cuerpo de Gio. O tal vez fuera ella la que estaba temblando. No podía estar segura.

Gio se acercó a ella, puso una mano en la parte baja de su espalda y la atrajo hacia él.

Esperaba de verdad que los dos fueran capaces de superar y olvidar lo que estaba a punto de pasar porque ella no se veía con las fuerzas necesarias para parar aquello. Gio buscó su boca con la de él y, cuando se fundieron en un beso, se sintió como si regresara a casa.

Gio estaba tratando de frenar la oleada de deseo que lo controlaba. Era increíble tener a Valentina en sus brazos. No se cansaba de abrazar y acariciar sus suaves curvas. Podía sentir sus pechos contra el torso y lo excitada que estaba.

Dejó que sus manos fueran bajando hasta encontrar la maravillosa curva de su trasero y lo acarició. Primero con suavidad, después con más fuerza cuando sintió que Valentina empujaba las caderas instintivamente hacia él.

Era embriagador estar así con ella, había temido que Valentina no volviera a darle esa oportunidad. Le resultaba tan fácil perderse en el dulce néctar de sus besos... Pero necesitaba más, más intensidad, más pasión...

Quería estar dentro de ella, pero sabía que debía ir despacio. Ella no tenía experiencia en ese terreno y debía controlarse.

De mala gana, se apartó de ella. Estuvo a punto de gemir al ver que Valentina seguía con los ojos cerrados. Cuando los abrió, vio tanto deseo en ellos como sentía él. Y sus labios estaban enrojecidos e hinchados.

–Vamos a ir despacio, ¿de acuerdo? –le susurró él.

Valentina tomó aire y trató de calmarse un poco. Solo había sido un beso y uno relativamente casto, pero ya sentía como si todo su cuerpo estuviera ardiendo.

Antes de que pudiera decir nada coherente, Gio tomó su mano y la llevó al dormitorio. No tardó en tumbarla en la cama.

Se colocó a sus pies y fue acariciando sus piernas por debajo del vestido.

Valentina lo miró y se quedó sin aliento. No podía hablar, solo

podía ver cómo Gio volvía a centrarse en sus piernas. Fue subiendo por los muslos hasta que el vestido dejó sus piernas al descubierto.

Sintió entonces el calor de sus palmas en las nalgas y se quedó sin aliento. Gio estaba colocado entre sus piernas y las separó suavemente.

Ella no podía dejar de temblar, apoyada en los codos para no derrumbarse completamente sobre el colchón.

Gio alzó la vista hacia ella.

–¿Confías en mí? –le preguntó con la voz cargada de deseo.

Valentina se mordió el labio inferior. Después, asintió con la cabeza. Sin dejar de mirarla, Gio la levantó ligeramente para poder subirle el vestido hasta la cintura. Por un instante, deseó haberse puesto una de las delicadas braguitas de encaje que le había comprado él en vez de esas lisas y de algodón.

Pero se le olvidó en cuanto sintió las manos de Gio sobre esa prenda y cómo empezaba a tirar de ella hacia abajo para quitársela. Valentina levantó ligeramente sus caderas para ayudarlo. Una voz en su interior le preguntaba por qué estaba dejando que aquello sucediera y por qué con ese hombre. Había estado tratando de echarlo de allí solo unos minutos antes, pero había vuelto a cambiar de opinión como una cobarde y se había dejado llevar por el deseo.

Gio tiró la prenda al suelo. Se sentía muy expuesta y nerviosa. Le daba la impresión de que todo estaba pasando muy deprisa. No entendía cómo había llegado a estar en esa situación. Pero Gio la miraba con tanta admiración y reverencia, que no pudo pensar en nada más.

Se inclinó hacia ella y comenzó a besar la cara interna de sus muslos. Podía sentir su incipiente barba en la sensible piel de sus piernas. Comenzó a respirar con dificultad y el corazón le latía con tanta fuerza como si se le fuera a salir del pecho. No podía dejar de retorcerse y Gio la sujetó con sus manos para que no se moviera. Sin palabras, le ordenó que se quedara quieta.

Su boca seguía subiendo cada vez más, llegando al lugar donde terminaban sus piernas, a esa zona donde parecía concentrarse todo el calor de su cuerpo. Podía sentir lo húmeda que estaba. Cuando sintió allí el aliento de Gio, le fallaron los codos y se desplomó sobre la cama. Su boca encontró su centro de placer y pudo sentir su lengua deslizándose en su interior.

Se llevó un puño a la boca y mordió con fuerza contra el placer que estaba sintiendo. Era increíble estar así con él, besándola tan íntimamente. Gio la estaba lamiendo y saboreando mientras ella trataba de cerrar las piernas inconscientemente para luchar contra

una invasión tan exquisita y deliciosa.

Sintió su lengua abriéndola poco a poco, explorando su interior y saboreando su esencia. No podía soportar tanto placer. Gio comenzó a acariciarla también con sus dedos y ella empezó a mover las caderas contra su boca, buscando más, necesitaba una penetración más profunda.

Se sentía tan fuera de sí... Pero seguía queriendo más. Una sensación de opresión fue extendiéndose por su interior con más y más fuerza, haciendo que se sintiera impaciente e incompleta.

Gio encontró en ese momento su clítoris y lo atacó con intensidad, de manera implacable, hasta que ella se liberó de la tensión que había estado creciendo en su interior para elevarse a un lugar que jamás había visitado. Oleadas de un placer más intenso del que podía haber imaginado atravesaron su cuerpo. Era tan maravilloso que ni siquiera podía gritar, absorbiendo ese placer en un silencio total, mordiéndose el puño con más fuerza aún en un intento por contener lo que sentía.

Mientras la sensación comenzaba a remitir y recuperaba un poco la consciencia, se dio cuenta de que su cuerpo todavía se sacudía con unos espasmos que no podía controlar.

Abrió como pudo los ojos y vio cómo se incorporaba Gio en ese momento. Se abrió la camisa sin desabotonarla antes y ella se quedó sin aliento al ver de nuevo ese magnífico torso. Sus ojos la quemaban como si fueran de fuego y, sin dejar de mirarla, se quitó el cinturón y se bajó la cremallera.

Una parte de ella le recordaba que no debía observarlo de esa manera. Pero, después de lo que acababa de experimentar, había perdido por completo la vergüenza.

–Quiero verte –murmuró Gio entonces mientras tomaba sus manos y tiraba de ella hacia arriba.

Valentina se sentó en la cama. Se sentía algo mareada. Él siguió tirando de ella hasta que estuvo de pie. La ayudó entonces a que se terminara de quitar el vestido.

Solo llevaba puesto el sujetador y Gio estaba completamente desnudo. No pudo evitar ponerse algo nerviosa de nuevo. Instintivamente, bajó la mirada y, al ver su impresionante erección, se acercó a él con ganas de tocarlo. Envolvió una mano alrededor de su miembro. Notó que él contenía el aliento y apretaba las manos con las que la sujetaba por los hombros.

Le fascinaba la sensación de tenerlo en su mano, era como el acero revestido de terciopelo, fuerte y vulnerable a la vez. Levantó la mirada y su mano se detuvo cuando vio el deseo casi salvaje en

los ojos de Gio. Tragó saliva.

–No sé cuánto tiempo puedo durar si me tocas así. Y tengo que durar… Es tu primera vez…

Valentina sintió casi como si se le detuviera un segundo el corazón. Era su primera vez e iba a ser con ese hombre, con Gio. Era una realidad apabullante, pero sabía que en ese instante no deseaba estar en ningún otro lugar ni con ninguna otra persona.

Tenía todo tipo de contradicciones emocionales, pero no quería pensar en eso. Se acercó a Gio y tomó su cara entre las manos.

–Gio –le susurró–, hazme el amor.

Sus palabras quedaron flotando en el aire junto con el deseo. Después, Gio la abrazó y la atrajo hacia él, besándola apasionadamente. Apenas fue consciente de que él le estaba quitando el sujetador hasta que notó que caía al suelo entre ellos. Solo volvió a recobrar el sentido cuando Gio la llevó a la cama y se echó sobre ella. Era el hombre más atractivo que había visto en su vida. No podía dejar de admirar sus anchos hombros, ese torso lleno de músculos, el fino vello que cubría su cuerpo y su imponente erección.

Notó cómo se contraía su cuerpo, expectante e impaciente. Supuso que era una especie de respuesta instintiva ante una exhibición de virilidad masculina como aquella.

Gio comenzó a besar su vientre y fue subiendo poco a poco por las costillas. Valentina contuvo el aliento. Después de unos segundos que se le hicieron demasiado largos, continuó hasta llegar a uno de sus pechos, donde se entretuvo dibujando círculos con su lengua alrededor de su erecto pezón. Era una sensación tan deliciosa que Valentina sentía que se deshacía por él.

Cuando la boca de Gio se trasladó al otro pecho, ella ya estaba casi gritando de placer. Podía sentir el calor entre sus piernas y, como si su pensamiento hubiera guiado a Gio, deslizó una mano hasta esa zona. Valentina no se veía con fuerzas para detenerlo. Con precisión y habilidad, sus dedos no tardaron en encontrar el núcleo de su placer. Cada vez estaba más húmeda y más excitada.

Se aferró a sus hombros con las manos, clavándole las uñas en la piel.

Cuando Gio por fin dejó de torturar sus pechos para volver a sus labios, ella lo recibió ciegamente, dejando que sus lenguas se entrelazaran en un sensual baile dentro de sus bocas.

Podía sentir cómo temblaba el cuerpo de Gio y se hizo una idea de cuánto le estaría costando contenerse. Mientras la besaba, sus dedos se deslizaron más dentro de ella, acariciándola de la manera

más íntima. Fue tan repentino como excitante y ella no pudo ahogar un jadeo contra su boca. Podía notar los primero temblores de otro orgasmo poniéndose en marcha dentro de su ser. Se apartó unos centímetros para mirar a Gio.

–Quiero asegurarme de que estás lista para mí –le susurró Gio con la voz entrecortada y sin dejar de acariciar su sexo.

Ella no podía dejar de gemir y le costó entender sus palabras.

–Sí… –repuso con una sonrisa–. Claro…

No podía pensar con claridad ni articular una sola palabra cuando Gio la acariciaba de esa manera. Se aferró de nuevo a sus hombros y echó la cabeza hacia atrás. Sus caderas se movían hacia él sin que pudiera hacer nada por controlarlas, tenían vida propia.

–Gio… –susurró de manera entrecortada.

Él se colocó entre sus muslos, empujándolos levemente para hacerse hueco y notó por fin su erecto miembro contra su sexo. No pudo contenerse y lo miró. Vio que llevaba un preservativo y le sorprendió gratamente. No tenía ni idea de cómo ni cuándo lo habría hecho.

Estaba empapada. Tanto que casi se sentía avergonzada. Apartó de repente la mirada, se sentía algo abrumada y él debió de notarlo porque tomó su barbilla en la mano para que lo mirara a los ojos. Había mucho deseo en sus ojos, pero también preocupación.

–¿Valentina?

Pero no quería que Gio cambiara de opinión o pensara que ella se arrepentía de algo.

–Te deseo… Te deseo, Gio –le confesó entonces.

La preocupación se desvaneció inmediatamente de su rostro. Sintió cómo se colocaba y cómo iba deslizándose centímetro a centímetro dentro de ella. La sensación inicial fue abrumadora, pero su cuerpo parecía estar más preparado que ella y pudo notar cómo se abrían sus músculos, permitiendo su entrada.

Con un gemido gutural, Gio le agarró las manos y, apoyándose en ellas, empujó con fuerza hasta estar muy dentro de ella.

Ella abrió mucho los ojos y contuvo el aliento. Los dos estaban temblando.

Se sentía increíblemente completa e invadida, pero era una sensación espectacular. Gio volvía a mirarla con algo de preocupación.

–¿Estás bien?

Valentina asintió con la cabeza.

–Por favor… Gio… –susurró–. No te detengas.

Poco a poco, él empezó a moverse, separándose levemente de

ella para volver a deslizarse en su interior. Era una sensación exquisita, en la frontera entre el dolor y el placer. Sentía que estaba a punto de perder por completo el control. Era como si estuviera a punto de estallar en mil pedazos cada vez que Gio la embestía. Poco a poco, el dolor fue desapareciendo para ser reemplazado y eclipsado por el placer.

Sin darse cuenta, había clavado los pies en el colchón junto a las caderas de Gio y ella también se estaba moviendo, siguiendo su mismo ritmo sensual.

Gio se inclinó y la besó en la boca.

–Rodéame con tus piernas –le susurró Gio al oído–. Te haré volar.

Hizo lo que le pedía. Confiaba en él ciegamente. Tenía los tobillos cruzados justo encima de sus nalgas. Gio se hundió aún más dentro de ella y gimieron a la vez.

Era un mundo de sensaciones nuevas e increíbles. No podía controlarse.

Los movimientos de Gio se hicieron cada vez más urgentes. Se movía tan deprisa y tan dentro de ella que se quedó sin aliento. Y luego, sin ninguna advertencia, todo su cuerpo se tensó antes de explotar en mil pedazos. No podía respirar, echó la cabeza hacia atrás y esperó. Pocos segundos después, fue Gio el que encontró por fin su propia liberación, deshaciéndose por completo dentro de ella con un gran gemido.

Algún tiempo después, aún estaba demasiado abrumada para aceptar lo que acababa de suceder. Había sentido algo de dolor, mezclado con el placer más intenso que había experimentado nunca. Apenas fue consciente de que Gio se separaba de ella e iba un momento al baño antes de volver a la cama. Y que después le levantó la cabeza para colocársela cómodamente en la almohada. Medio adormilada y muy satisfecha, enredó sus piernas con las de Gio y él la abrazó con fuerza.

Se estremeció al sentir que recorría su cuerpo con un dedo y que después le apartaba unos mechones húmedos de la cara. Abrió algo soñolienta los ojos y le pareció ver una marca en la parte interior de su brazo izquierdo. Estaban en penumbra y no lo había notado antes.

Sin pensarlo, alzó la mano para trazar lo que parecían ser unos dibujos negros grabados en su piel, un tatuaje de algún tipo.

–¿Qué es esto? –le preguntó ella.

Gio dejó de acariciarle el pelo y le pareció que se ponía algo tenso. Después de unos segundos, apartó su brazo hacia atrás.

–No es nada… –le dijo él–. Descansa.

Gio se movió un poco para que ella pudiera acurrucarse de lado junto a él y con la mejilla apoyada en su torso. Escuchando el constante latir de su corazón, fue relajándose y quedándose dormida. Pensó que ya le preguntaría más tarde por ese tatuaje. Y también entonces tendría tiempo para pensar en todo lo que había pasado.

Mientras la luz del amanecer se filtraba en la habitación de Valentina, bañándolo todo en una luz rosada, Gio estaba sentado en un sillón observando cómo dormía.

Estaba boca abajo y la sábana le cubría solo hasta la cintura, dejando al descubierto la suave curva de su espalda. Tenía uno de sus brazos contra su pecho y solo podía distinguir parte de uno de sus senos. No podía mirarla sin que su cuerpo respondiera.

Se fijó entonces en sus largas y oscuras pestañas y en sus sonrosadas mejillas. Recordó cómo había sido hundirse dentro de ella y la tensión que había sentido al principio alrededor de su miembro. Había sido increíble. Su propio cuerpo se tensó aún más al recordarlo.

Había sido difícil apartarse de ella y levantarse, pero sabía que era mejor así, no quería ver la expresión en su rostro cuando se despertara y recordara lo que había pasado.

Además, él también necesitaba un poco de espacio para tratar de racionalizar la magnitud de lo que acababa de suceder. Porque nunca había experimentado nada tan intenso. Con Valentina había sido distinto. Nunca había perdido el control tan completamente como le había pasado con ella. Recordó que Mario siempre se burlaba de él, diciéndole que no iba a ser capaz de aislarse para siempre y que algún día iba a encontrar a una mujer que entraría en su corazón aunque él tratara de mantenerla alejada.

Gio había envidiado la facilidad con la que Mario parecía enamorarse y desenamorarse. Él nunca había tenido esa capacidad. Las emociones siempre habían sido para Gio algo oscuro, peligroso y desconocido. Con las mujeres y también con su familia.

Su padre se reía a menudo de él, de lo que hacía para intentar impresionarlo y de su problema de tartamudez. Y su madre había sido demasiado débil, incapaz de defender a su hijo pequeño de los ataques de su marido. Se pasó la vida tratando desesperadamente de ganarse las atenciones de su marido.

Por eso se había convertido en una persona introvertida,

acostumbrada a esconder sus emociones para protegerse.

Un movimiento de la cama hizo que Gio se concentrara de nuevo en Valentina. Agradecía enormemente la distracción. Había movido un brazo y podía ver su pecho turgente. Con fuego en las venas, se puso en pie y se acercó, sentándose a su lado en la cama.

Valentina abrió lentamente los ojos. Vio que trataba de ubicarse y recordar qué había pasado. Y entonces lo vio a él y abrió de golpe sus ojos del color del ámbar. Se sonrojó y él se quedó sin aliento al saber que tenía mil preguntas en sus labios.

Sin pensar, colocó un dedo en su boca para silenciarla.

–No... No digas nada... Limítate a vivir este momento...

Al principio parecía algo confusa. Después, asintió casi imperceptiblemente.

–¿Cómo te sientes ? ¿Tienes alguna molestia? –le preguntó él.

Mientras la miraba, pudo ver cómo aparecían las brasas del deseo en sus ojos y su cuerpo reaccionó de la misma manera. Valentina respondió negando con la cabeza sobre la almohada.

–Estupendo –susurró él mientras se inclinaba para darle un beso en la boca.

Valentina se tumbó boca arriba, ofreciéndole su cuerpo. Él no necesitó que le dijera nada más.

Capítulo 8

Valentina se encontraba sumergida de lleno en aguas desconocidas. Estaba de pie en la ducha con los ojos cerrados mientras Gio le enjabonaba el pelo. Casi tenía ganas de ronronear como una gatita. Era maravilloso. Pero otra parte de su cuerpo quería darse la vuelta, empujar a Gio contra la pared y besar cada centímetro de su cuerpo. Podía sentir su miembro erecto acariciándole el trasero y tuvo que poner las manos sobre las baldosas para no perder el equilibrio.

Sintió que él la hacía girar y siguió con los ojos cerrados, no se acostumbraba a tener tan cerca el hermoso cuerpo desnudo de Gio.

Ese cuerpo que la había llevado hasta el cielo más veces de las que podía recordar durante la noche anterior y de nuevo esa mañana. Nunca podría haberse imaginado que pudiera sentir tanto placer.

Lo que más le asustaba era abrir los ojos y mirar a Gio. No quería ver de nuevo lo que había encontrado esa mañana, cuando despertó y se lo encontró mirándola tan fijamente como si supiera todo lo que había en su alma, hasta sus secretos más profundos.

Pero sabía que no podía seguir evitándolo. Abrió los ojos y lo miró. Gio había cerrado el grifo, pero aún los envolvía una nube de vapor.

Gio apoyó la mano en la pared, detrás de su cabeza. Fue entonces cuando vio de nuevo su tatuaje. Pero él se dio cuenta de lo que miraba y en un instante la atmósfera cambió radicalmente. Gio bajó el brazo, salió de la ducha con ella y la envolvió en una gran toalla. Después, tomó otra para él.

Cada vez sentía más curiosidad. Lo siguió al dormitorio. Se estaba secando deprisa y de manera muy superficial, como si quisiera salir de allí cuanto antes.

–¿Qué son esas marcas? –le preguntó acercándose a él.

Gio frunció el ceño y se cruzó de brazos, escondiendo el tatuaje en cuestión.

Cada vez estaba más molesta. Tomó su mano y tiró de su brazo.

–¿Por qué estás tan interesada?

–¿Por qué no quieres hablar de ello? Solo es un tatuaje…

–Precisamente por eso, Valentina. No es importante.

Valentina sostuvo su brazo con fuerza para poder verlo.

–Parecen números romanos... ¿Qué es? ¿Un cuatro y un cinco? ¿Es una fecha?

De repente, se dio cuenta de la importancia de esos números. Mario había muerto el cuatro de mayo. Soltó de golpe el brazo de Gio y lo miró. Se quedó muy pálida.

Gio maldijo entre dientes.

–Es la fecha de la muerte de Mario –susurró ella–. Pero, ¿por qué?

Él fue con impaciencia a la ventana, como si no quisiera mirarla.

–Tenía que recordar esa fecha... –le explicó con tristeza–. Fue cuando terminó la vida de Mario. Y la mía.

La Valentina de unas semanas antes habría aprovechado para atacarlo y recordarle que él no había muerto. Pero, después de lo que Gio le había contado, sabía que era verdad. Que su vida también había terminado de algún modo ese fatídico día.

Después de lo que habían compartido esa noche, no tenía fuerzas para odiarlo. Le emocionó que Gio le hubiera pedido a un desconocido que tatuara esa fecha en su piel. Se acercó a Gio y se colocó entre él y la ventana.

Gio la miró con recelo, pero ella no dijo nada, se limitó a tomar su brazo para ver el tatuaje. Trazó las líneas con un dedo, sintiendo la marca indeleble en su piel, la fecha en la que su hermano había muerto. Se sintió de repente tan culpable que se quedó sin aliento. Dio un paso atrás y soltó su brazo.

Había estado a punto de besar su tatuaje y tratar así de calmar su dolor. Era algo para lo que no estaba preparada.

Lo que había pasado la noche anterior ya estaba casi olvidado y necesitaba un poco de espacio.

–Bueno, debería prepararme para ir a trabajar –le dijo mientras entraba en el baño.

Cerró y se apoyó contra la puerta. Pensó que Gio iría tras ella y le pediría que abriera la puerta, pero no lo hizo. Pocos minutos después, oyó que abría y cerraba la puerta de su apartamento.

Supo entonces que Gio se había ido. Se dejó caer en el suelo y se echó a llorar.

Ni siquiera estaba muy segura de por qué estaba llorando. Por una vez, no lo hacía por Mario, era algo mucho más profundo y ambiguo.

En el fondo, en ese lugar oscuro y secreto dentro de ella, volvió a resurgir la verdad que tanto la avergonzaba. Lo que había ignorado durante siete años.

Creía que, si terminaba reconociendo esa verdad, echaría por la borda todo lo que la había mantenido cuerda desde la muerte de Mario. Y, sin eso, ni siquiera sabía quién era ella.

Gio salió del apartamento de Valentina con el estómago revuelto. No le había extrañado que viera el tatuaje. Se lo había hecho estando borracho y lleno de dolor y culpabilidad. En parte, le había gustado la idea de estar marcado para siempre por algo que nunca iba a poder olvidar. Durante unos segundos, había llegado incluso a imaginar que a Valentina le había emocionado el tatuaje, pero sabía que solo había sido un espejismo.

Estaba seguro de que seguía odiándolo y de que nunca lo perdonaría.

Pero no era el momento para pensar en esas cosas. Pensó que, si ella solo estaba interesada en tener algo físico y sexual con él, eso era lo que iba a darle. Y dejaría que se alejara de su lado cuando se cansara de él.

Aunque la mera idea de separarse de ella lo dejara sin aliento.

–Esas pequeñas rosquillas que han acompañado a los cafés del postre... ¡Todo estaba delicioso! Y el aperitivo de higos dulces... ¡Una verdadera inspiración!

Valentina sonrió al oír lo que le decían. Después de todo, esa era la oportunidad que había estado esperando. Por fin podía mostrar sus habilidades a las mismas personas que tenían la capacidad de levantar de nuevo su carrera. Pero, desgraciadamente, no podía concentrarse. Estaba demasiado nerviosa. Gio estaba cerca de allí, rodeado de decenas de invitados que estaban terminando de comer en la carpa VIP. La carrera más importante de esos tres días estaba a punto de empezar.

Les dio las gracias a los invitados que estaban halagando su trabajo y se excusó para regresar a la tienda principal.

Pero, antes de que llegara a la salida de la carpa, se dio de bruces con un muro de acero.

Gio.

Levantó temblorosa la vista. La estaba sujetando por los brazos y vio que la miraba de arriba abajo. Él se había afeitado después de salir de su apartamento esa mañana y tenía un aspecto irresistible. Se derritió por dentro. Pero entonces pensó en el tatuaje.

–¿Estás bien?

Asintió con la cabeza. Se dio cuenta entonces de que Gio estaba con una pareja. El hombre era tan alto como Gio. Se parecían mucho, pero sabía que no era uno de sus hermanos. Le dio la impresión de que había algo de tensión entre los hombres.

La mujer era muy bella. Tenía el pelo largo y liso y unos ojos azules impresionantes.

–Angelo, me gustaría que conocieras a Valentina Ferranti, la mujer que se ha encargado del catering de la Copa Corretti de este año –le dijo Gio al otro hombre.

Se saludaron con educación. Era un hombre muy apuesto.

–Encantado de conocerte. Soy el primo ilegítimo de Gio. Además, hoy pienso apostar en contra de su caballo y espero ganar.

Antes de que Valentina pudiera responder, se le adelantó Gio.

–Ella no tiene nada que ver con nuestros patéticos dramas familiares.

Valentina tomó la mano de Angelo y sintió algo que no podía explicar dentro de ella. Le dedicó a Angelo una sonrisa envenenada.

–Vamos a servir Prosecco y cócteles de saúco después de la carrera para que puedas ahogar tus penas –le dijo Valentina.

Angelo la miró sin decir nada.

–Ya veremos –les dijo después de unos segundos.

No entendía por qué había sentido la necesidad de proteger y defender a Gio de esa manera. Soltó su mano, se despidió y salió deprisa de la carpa.

Por suerte, estaba a punto de comenzar la gran carrera y sabía que Gio estaría demasiado ocupado para ir tras ella.

Así podría descansar un poco y tratar de aclarar su mente después de lo que había pasado la noche anterior y esa mañana.

Encontró un lugar apartado donde había un banco y se sentó allí. Le costaba respirar con normalidad. Creía que no debería haberse acostado con Gio, pero era lo suficientemente sincera consigo misma para admitir que, aunque hubiera tenido la oportunidad de volver atrás en el tiempo, volvería a dejarse llevar por el deseo.

Pero cuando había visto el tatuaje... No podía dejar de pensar en cuánto había sufrido Gio después de la muerte de Mario.

–¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

Se sobresaltó al oír la voz de Gio tras ella. Después de todo, la había seguido hasta allí. Le molestó que invadiera de ese modo su privacidad cuando se sentía tan vulnerable.

–Todo está bien, Gio. ¡Lo único que me pasa es que me desprecio a mí misma por ser tan débil!

Vio que Gio palidecía.

–Ya te lo dije anoche, Valentina. Te doy permiso para que me odies. Y tengo intención de darte más motivos para despreciarme. Muchos más...

Gio tomó sus manos y tiró de ella. Antes de que pudiera reaccionar, la besó en la boca.

Fue un beso tan desesperado y brutal como electrizante. Estaba furiosa, pero seguía deseándolo. Tomó la cara de Gio entre sus manos y respondió apasionadamente a su beso. Algunos minutos después, cuando él se apartó por fin, ninguno de los dos podía respirar.

–Ódiame todo lo que quieras, Valentina. Pero esto... Esto no podemos controlarlo.

Gio se enderezó y, de mala gana, se apartó de ella. Valentina tenía la boca enrojecida y algo hinchada. Jadeaba sin parar y se le habían abierto un par de botones de su camisa blanca, dándole una tentadora visión de su sujetador de encaje y de su escote.

Supo que tenía que irse de allí antes de que la tomara entre sus brazos y tratara de hacerle el amor allí mismo, en el suelo como un animal.

Se había dado cuenta de que su corazón iba a sufrir mucho cuando esa locura terminara entre ellos.

Valentina se quedó mirando a Gio mientras se alejaba. Se había quedado muda cuando él le había dicho que lo odiara si quería, que no le importaba.

Tenía llenos de lágrimas los ojos. Quería gritar y decirle que regresara a su lado. Deseaba pedirle perdón, pero era demasiado cobarde para hacerlo.

La verdad era tan dolorosa... No se despreciaba a sí misma por ser débil, lo que odiaba de sí misma era el hecho de que sintiera tantas cosas por ese hombre y no tuviera el coraje de confesarlas ni tratar de analizarlas.

Gio hizo una mueca de desagrado. La subasta de la gran gala de fin de fiesta estaba en marcha y las cantidades de dinero que se pujaban eran cada vez más escandalosas. Ayudaba bastante que también estuviera aumentando el consumo de alcohol. Recordó haberse sentido en otro tiempo como esos aburridos y ociosos millonarios, derrochando enormes cantidades de dinero en un

intento desesperado por dar sentido a sus vidas.

Su primo Angelo se había acercado a despedirse de él y a felicitarlo por la carrera. No había acertado con su apuesta contra el caballo de Gio, pero le había sorprendido gratamente que se mostrara tan humilde y cordial. Tenía un respeto creciente por ese hombre.

Algo de color granate atrajo su atención. Miró hacia la puerta de la carpa y vio que se trataba de Valentina. Llevaba uno de los vestidos que él había elegido y ese hecho provocó una reacción muy primitiva en él.

Sabía que llevaba toda la noche evitando encontrarse con él. Había estado muy ocupada y, de todos modos, él también había estado bastante entretenido hablando con los invitados. Mucha gente se le acercaba para felicitarlo por el éxito de la Copa Corretti. Hasta ese momento. Sintió un estremecimiento al verla con ese vestido.

Se había recogido el pelo en un moño alto que dejaba al descubierto su largo y delicado cuello. Sus hombros quedaban al desnudo y sus pechos resaltaban con el escote en forma de corazón que tenía el corpiño de ese vestido.

No llevaba joyas y solo un poco de maquillaje, pero era la mujer más hermosa de esa fiesta. Algo de lo que no se había dado cuenta solo él. Vio a un invitado que se acercaba tambaleante hacia ella y reconoció a un conocido donjuán francés.

Gio fue hacia ella sin pensarlo, tratando de olvidar la reacción de Valentina cuando había ido en su busca esa tarde. La había seguido después de ver cómo lo había defendido frente a Angelo y había querido agradecérselo. Pero después se había dado cuenta de que, para Valentina, él no era nadie y que lo suyo solo podría ser atracción física, nada más.

No entendía por qué le dolía tanto. Después de todo, eso era lo que quería. Pensó que era mejor que no la siguiera de nuevo, pero era demasiado débil para dar marcha atrás. Además, vio enfurecido en ese momento que el francés había alcanzado a Valentina y la sujetaba por el brazo.

Valentina miró a su alrededor nada más entrar en la carpa VIP. Instintivamente, buscó a Gio con la mirada, pero no lo encontró. Con el vestido que llevaba, se sentía muy expuesta, como si le estuviera enviando a Gio algún tipo de mensaje secreto.

Le había costado decidirse, pero al final había optado por

ponerse uno de los vestidos que Gio había comprado para ella y también un nuevo conjunto de ropa interior.

De repente, sintió que alguien agarraba su brazo. Levantó la vista sorprendida y vio el rostro arrogante de un famoso playboy francés que había estado flirteando con ella la otra noche. Estaba borracho y le estaba apretando el brazo con demasiada fuerza. Trató de apartarse, pero no lo logró.

–Por favor, suélteme, señor Lagarde –le pidió tratando de parecer tranquila y razonable.

–No me llames así, querida. Llámame Pierre... –replicó arrastrando las palabras.

Trató de apartarse de él una vez más, pero no podía y el hombre había logrado que los dos quedaran ocultos tras una gran planta.

–Eres tan guapa...

La agarraba por los brazos y no pudo evitar sentir pánico. Era enorme y se estaba abalanzando sobre ella.

Pero, de repente, desapareció como por arte de magia y frente a ella estaba Gio. Confusa, vio que dos guardias de seguridad sacaban al francés de la carpa.

Gio maldijo entre dientes mientras se le acercaba.

–Te ha dejado marcas en los brazos.

Valentina se miró entonces y vio que era verdad. Tenía grabados en los brazos los dedos de ese tipo. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo asustada que había estado. Miró a Gio sin poder ocultar su emoción y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Gio maldijo de nuevo y la abrazó con fuerza. Se sintió tan aliviada entre sus brazos... Era como verse de nuevo segura y en casa.

Se sintió muy mal al recordar lo mal que le había contestado esa tarde cuando había ido en su busca. Se apartó un poco para mirarlo a los ojos. Abrió la boca, pero Gio habló antes.

–No digas nada.

–Pero si no sabes lo que voy a decir...

–No necesito escucharlo. Ahora mismo solo te necesito a ti –le confesó Gio.

Tuvo la certeza en ese momento que, si le decía que ya no lo deseaba, Gio la dejaría marchar. A lo mejor en contra de su voluntad, pero lo haría.

Sabía también que tenía más razones para aprovechar esa oportunidad e irse que para quedarse. Había demasiada historia y demasiado dolor entre ellos, pero no podía alejarse de él.

Y eso significaba que, tarde o temprano, iba a tener que dejar de

culparlo y asumir su responsabilidad. Era muy duro, pero, en ese momento la idea de una vida sin Gio le resultaba inconcebible.

–¿Podemos irnos? ¿Ahora? –le preguntó ella.

Sintió que Gio se estremecía y supo que él había sido tan consciente como ella de lo importante que era ese momento.

–Por supuesto.

Gio tomó su mano, pero ella no estaba del todo segura.

–Pero... ¿No te tienes que quedar hasta el final de la subasta?

Él le dedicó una sonrisa que consiguió robarle el aliento.

–No, puedo delegar en otros. Además, la gente no va a estar en condiciones de recordar si me quedo hasta el final o no. Y tú ya has terminado, ¿no?

Valentina asintió. Solo faltaba recoger, pero podían ocuparse sus ayudantes. Se había acabado. Había sobrevivido a su primer gran evento.

–Quiero darte las gracias, Valentina –le dijo él como si le hubiera adivinado el pensamiento–. Has hecho un trabajo formidable. Y mi tía Carmela estuvo a punto de atragantarse con uno de tus canapés cuando vio que eras tú quien llevaba el catering de la Copa Corretti.

Valentina se emocionó al oír sus palabras y sonrió. Gio tomó de nuevo su mano y tiró de ella para sacarla de la carpa.

–Espera, Gio... –le dijo ella–. Yo también quería darte las gracias por esta oportunidad.

–Ha sido un placer... –repuso Gio acariciando su cara–. De hecho, va a seguir siendo un placer... –agregó con picardía.

Salieron de la carpa y, cuando vio que Gio iba hacia su pequeño apartamento, se dio cuenta de que quería salir de allí. Lo detuvo en seco y se lo dijo.

Gio frunció el ceño durante unos segundos.

–Bueno, mi castillo está muy cerca...

Allí había muerto su hermano. Se preparó para sentir un dolor que le resultaba ya muy familiar, pero no apareció. Le apetecía ir allí, aunque no sabía por qué. Era como si quisiera tener una relación positiva con ese lugar, con esos recuerdos, con su pasado.

–De acuerdo...

–¿Estás segura?

Valentina asintió con la cabeza y fueron dando un paseo hasta el aparcamiento del personal del hipódromo. Gio fue a abrir la puerta de su deportivo, pero ella se fijó en la enorme moto que había aparcada al lado. Recordó al joven Gio yendo a casa de sus padres en moto y sin casco para buscar a Mario. No pudo evitar sonreír.

–¿Es tuya?

–Sí, es mía –repuso Gio mientras se deshacía la pajarita–. ¿Por qué? ¿Quieres usarla?

–Me encantaría... ¿Podemos?

–Claro...

Gio cerró la puerta del coche y se dirigió a la moto. Pasó la pierna sobre el asiento trasero y se acomodó en el asiento principal. Miró hacia atrás y le tendió la mano.

–Agárrate a mí y sube pasando tu pierna por encima.

Valentina se quitó las sandalias de tacón alto y se metió la larga falda del vestido entre las piernas. Estaba muy emocionada.

Y lo estuvo aún más cuando se vio sentada detrás de Gio y con sus duras nalgas entre las piernas. Una oleada de calor la inundó. Gio le ofreció entonces un casco.

–¿Tengo que ponérmelo? –preguntó sorprendida.

–Si quieres ir en esta moto conmigo, sí. Te lo tienes que poner.

Se puso el casco mientras Gio hacía lo mismo.

–Agárrate a mi cintura y no te sueltes –le dijo él después.

Valentina hizo lo que le pedía. Se agarró con fuerza a Gio cuando encendió el motor y se puso de repente en movimiento en medio de la oscuridad de la noche.

Fue un trayecto muy emocionante, en medio de la oscura noche y con el viento azotando sus cabezas. Dejó enseguida de preocuparse por su vestido. Sus muslos estaban completamente al descubierto y abrazaba con ellos las caderas de Gio.

Tenía las manos por debajo del vientre de Gio y podía sentir muy cerca un bulto revelador. Estaba tan excitado como ella. Envalentonada por la decisión que había tomado, exploró con los dedos hasta que encontró su cinturón. Lo abrió y deslizó furtivamente su mano sobre su cálida piel. Gio se apoderó de su mano y ella contuvo el aliento pensando que quería que dejara de tocarlo, pero la mantuvo allí, sobre su erección, y Valentina pudo sentir cómo crecía bajo la palma de su mano.

Era todo tan sensual... Ese paseo en silencio en la oscura noche mientras sentía cómo respondía el cuerpo de Gio... Fue un alivio llegar por fin al camino de la casa, bordeado por altos árboles. Cuando la moto se detuvo ante la casa de Gio, se quedaron sentados un momento y ella no movió su mano. Todo era silencio a su alrededor.

Gio se quitó el casco. Se dio la vuelta para quitárselo también a ella. Después tiró los cascos al suelo y le tomó la cara entre las manos.

–¿Qué es lo que me haces, Valentina? –le susurró con urgencia.

–Lo mismo que tú me haces a mí –repuso ella.

Gio se inclinó un poco más y la besó.

Siguieron así unos minutos, hasta que la situación se hizo insoportable. Finalmente, Gio se apartó de ella. Los dos estaban sin aliento.

–Tengo una idea mucho mejor que seguir besándonos sobre la moto –le dijo él.

Se bajó de la moto y la tomó en sus brazos antes de que ella tuviera tiempo para reaccionar. Aún sostenía sus sandalias con una mano y golpearon la espalda de Gio cuando ella se aferró a su cuello.

Gio abrió con un empujón la puerta principal.

–¿No usas llaves?

–Los guardias de seguridad ya sabían que venía de camino.

No pudo evitar sorprenderse. Siempre se le olvidaba que Gio era poseedor de una gran fortuna y que tenía en esos establos algunos de los caballos más valiosos del mundo.

Gio la llevó a ciegas por la oscura casa. No podía ver nada. Atravesaron algunas habitaciones con grandes ventanales hasta llegar a una gran escalera ornamentada que Gio subió con facilidad.

Llegaron así al que debía de ser el dormitorio principal. Pudo ver una enorme cama, iluminada por un rayo de luna. Se estremeció al pensar en Gio durmiendo en esa cama, desnudo y a su lado.

Él se detuvo y dejó por fin que pusiera los pies en el suelo. Se le resbalaron las sandalias de los dedos, apenas era consciente de lo que hacía. Gio tenía las manos sobre sus hombros desnudos.

–No te he dicho lo preciosa que estás esta noche –susurró él con la voz algo ronca.

Valentina se ruborizó en la oscuridad y bajó la mirada. Gio tomó su barbilla para mirarla a los ojos.

–Me alegra que no devolvieras los vestidos que te compré.

–Yo también –admitió ella.

Gio siguió observándola en silencio durante unos segundos más.

–Date la vuelta.

En silencio, Valentina se volvió. Sintió entonces sus dedos en la nuca, acariciándola levemente antes de que bajaran hasta la parte superior de la cremallera.

Fue bajándola lentamente y contuvo el aliento cuando sintió sus manos por encima de sus nalgas desnudas. No pudo evitar estremecerse de nuevo. El vestido se abrió por su propio peso y cuando Gio tiró de él suavemente, cayó al suelo. Desabrochó

después el broche de su sostén y también se libró de él.

La hizo girar de nuevo para mirarla a los ojos. Era como si prendiera fuego al cuerpo de ella solo con esa mirada.

Gio tomó entonces sus pechos en las manos y comenzó a acariciarle los pezones con los pulgares. La sensación era tan increíble que tuvo que aferrarse a sus brazos para no perder el equilibrio.

–Te deseo tanto… –susurró Gio.

Valentina tomó aire y llevó las manos a su chaqueta. Se la quitó y comenzó después a desabrocharle la camisa.

La languidez de unos segundos antes desapareció de repente. Valentina pudo oír cómo Gio se deshacía rápidamente del cinturón, de los pantalones y del resto de su ropa.

La desesperación iba en aumento. A pesar de su inexperiencia, temblaba de deseo. Cayeron juntos en la cama y fue una sensación increíble tener sus cuerpos desnudos y unidos otra vez.

Con algo de timidez, acarició suavemente la cara de Gio mientras lo miraba a los ojos.

–Tómame –le suplicó.

Capítulo 9

Cuando Valentina despertó a la mañana siguiente, podía sentir la luz del sol acariciando su piel desnuda. También le llegó una brisa cálida y el olor a hierba y a tierra. Pero no quiso abrir los ojos aún. Estaba tumbada boca abajo y podía sentir que la sábana apenas cubría su trasero y poco más. Estaba agotada y tenía la impresión de que unos fuertes brazos la habían estado abrazando casi toda la noche.

Recordaba perfectamente cómo la había rodeado Gio con su cuerpo. Los brazos envueltos con fuerza alrededor de su torso y sus musculosas piernas pegadas a las de ella. Se había quedado dormida así y había tenido muy dulces sueños.

Pero sabía que Gio ya no estaba allí, que la había dejado sola en la habitación. Podía sentir su ausencia. De mala gana, se puso boca arriba y se estremeció cuando notó los músculos doloridos por todo el cuerpo. Se sonrojó al pensar en la fuerza con la que había agarrado las caderas de Gio con sus piernas, la forma en que le había clavado los talones en sus nalgas mientras le rogaba que aumentara la intensidad y el ritmo. Y se sonrojó aún más cuando recordó cómo le había clavado las uñas en la espalda. Pensó que quizás le hubiera dejado alguna marca y, sin saber por qué, ese pensamiento la hizo sonreír con satisfacción.

Abrió lentamente los ojos. Tardó unos segundos en adaptarse a la brillante luz y se dio cuenta de que estaba al lado de una gran ventana sin cortinas. Se apoyó en los codos y miró a su alrededor.

Era una habitación bastante sencilla. Solo había un mínimo de mobiliario que parecía viejo y desgastado. Vio una mesa baja con una lámpara, una cómoda y un armario para la ropa. Las paredes estaban sin pintar y una lámpara de araña colgaba sobre la cama con el cable expuesto. El suelo de madera necesitaba nuevo barniz y no había alfombras.

Gio no parecía haber invertido tiempo ni dinero en la decoración de una gran casa que había ido a menos con el paso de los años. Era como si no le hubiera importado lo suficiente como para hacerlo y sintió que se le encogía el corazón.

Se levantó y fue a unas puertas de cristal que daban a una terraza privada. Las vistas del campo que rodeaba el viejo castillo

eran impresionantes. A lo lejos podía ver lo que debía de ser Siracusa con el mar detrás de la ciudad como una tenue mancha azul.

Consciente de repente de su desnudez, miró a su alrededor y vio que su vestido había sido doblado con cuidado sobre una silla cerca de la cómoda. Allí estaban también su ropa interior y las sandalias.

Vio una camiseta y un par de pantalones deportivos a los pies de la cama y se los puso rápidamente. La ropa le quedaba grande, pero dobló el bajo de los pantalones y ató la cuerda de la cintura para que no se le cayeran. La camiseta le llegaba hasta medio muslo. Echó un vistazo al cuarto de baño. Su decoración era tan espartana como la del dormitorio, pero tenía algunas piezas antiguas muy bellas, como una lámpara de araña impresionante y un espejo dorado. Salió después al pasillo en busca de Gio.

Contuvo el aliento mientras lo hacía.

Iba a tener que enfrentarse esa mañana a algo en lo que no había querido pensar la noche anterior. El pasillo era largo, pero vio al final del mismo las escaleras por las que Gio la había subido en sus brazos.

La enorme puerta principal estaba abierta de par en par. Vio el jardín y la moto, que seguía donde Gio la había dejado.

Se dio una vuelta por la planta baja. Los salones estaban un poco más cuidados que el dormitorio de Gio, pero también estaban bastante desnudos, con un mínimo de muebles.

Llegó a lo que debía de ser la sala de estar principal. Las paredes eran blancas y había un largo sofá blanco. La mesa de centro y el televisor completaban la decoración del salón. De nuevo, sintió dentro de ella una emoción en la que prefería no pensar.

–¡Hola!

Valentina se dio la vuelta y se encontró a Gio apoyado en el umbral de otra puerta por donde aún no había pasado. Llevaba una camiseta oscura y vaqueros desgastados. Tenía una incipiente barba en la mandíbula y se estremeció al recordar que esa noche había vuelto a sentir esa piel rugosa contra la cara interna de sus muslos.

–Te estaba buscando –le dijo ella mientras se miraba la ropa–. Gracias por prestarme esto.

Gio se encogió de hombros.

–Te queda mucho mejor a ti que a mí –le dijo él.

Valentina se sonrojó. Era sobrecogedor verse allí, en casa de Gio, y después de la noche que habían pasado.

–¿Quieres un café?

Aprovechó la oportunidad para no tener que pensar en lo que

estaba sintiendo.

–Sí, por favor –le dijo ella–. Y después, debería volver al hipódromo.

Gio enarcó una ceja mientras Valentina iba hacia él.

–Es domingo. Lo único que verás allí hoy es la limpieza necesaria después de la Copa Corretti y cómo los participantes cargan a sus caballos para volver a casa. Además, ya casi es la hora de comer, se nos ha ido medio día durmiendo.

Valentina palideció al oírlo. Le parecía increíble que fuera tan tarde, ya casi la hora de la comida y que encima fuera domingo. No tenía escapatoria. Solo una excusa más.

–Mis padres... –le dijo entonces casi con desesperación–. Debería ir a ver a mis padres.

Gio, que iba por un pasillo hacia la parte trasera de la casa, se dio la vuelta para contestarle.

–Llamé esta mañana a la clínica y tu padre está bien. Y prefieren que no tenga hoy visitas y esté tranquilo. Se lo llevan a Nápoles mañana por la tarde.

Valentina frunció el ceño mientras seguía a Gio, pero no pudo evitar sentirse culpable. Estaba haciendo mucho por ellos.

–Gracias por llamar para ver cómo están.

Llegaron a una enorme cocina y Gio se volvió hacia ella con una sonrisa en sus labios, como si supiera perfectamente lo que ella había estado pensando.

–De nada.

A diferencia del resto de la casa, la cocina era perfecta. Una estupenda mezcla de lo viejo y lo nuevo. El suelo era de pizarra y las encimeras, de madera. Elementos que compaginaban bien con el acero cromado de los electrodomésticos. Como cocinera que era, fue una alegría verla así.

–¡Vaya! Es impresionante –le dijo sin poder ocultar su sorpresa mientras se acercaba a la isla central y tocaba con reverencia la superficie.

–Mi ama de llaves, Eloisa, insistió en que terminara de reformar la cocina. Todo está a su gusto, no al mío –le explicó Gio con algo de frialdad–. Está fuera esta semana, visitando a su familia en Messina.

Valentina pensó entonces en las enormes habitaciones sin decorar.

–Has vivido aquí durante casi diez años, pero parece como si acabaras de mudarte, como si aún no hubieras terminado de instalarte.

Gio se dio la vuelta hacia ella y le entregó una pequeña taza con un café expreso. Le emocionó que supiera cómo le gustaba su primer café de la mañana.

–Es que, en cierto modo, aún no lo he hecho... Cuando volví de Europa y compré este lugar, necesitaba un montón de reformas estructurales.

Recordaba perfectamente que siempre había estado en obras cuando lo había visitado años atrás. Pero era la primera vez que lo veía por dentro.

–Eso llevó casi dos años y luego...

Las manos de Valentina apretaron con tanta fuerza la pequeña taza de porcelana que le dio miedo romperla. Sabía muy bien de qué le estaba hablando.

–Luego, cuando Mario murió... –continuó Gio con dificultad.

Vio que estaba pálido. Se terminó su café de un trago y le dio de nuevo la espalda para dejar la taza en el fregadero.

Valentina dejó su café en la encimera y se acercó a él.

–¿Dónde murió Mario?

Él se quedó quieto durante unos segundos. Después, se dio la vuelta y no pudo evitar estremecerse por dentro al ver su rostro de dolor.

–Valentina... –le suplicó él.

–Por favor, Gio. Necesito saberlo.

A ella le sorprendió ver que no estaba enfadada ni sentía resentimiento alguno, solo necesitaba desesperadamente saber dónde había sido.

Gio se dirigió hacia una puerta trasera y la abrió. Valentina lo siguió y vio que daba a un pequeño huerto. Supuso que también sería obra del ama de llaves. Gio buscó algo en un zapatero que había al lado de la puerta trasera.

–Creo que estos te valdrán, son de Eloisa.

Valentina se puso las zapatillas de deporte que le ofrecía Gio sin mirarlo a los ojos. Eran demasiado grandes, pero no le importaba.

Salieron a un camino con arbustos a ambos lados y tuvo que apresurarse para mantener el ritmo de Gio. En la distancia, pudo oír el relincho de un caballo.

Pocos segundos después, llegaron a lo que era la parte inferior de la finca. Se acercó a Gio y vio las grandes cuadras abajo a su izquierda, rodeadas de cipreses. A la derecha, había grandes praderas cercadas que contrastaban con el árido paisaje siciliano. Los jardineros de Gio habían hecho un gran trabajo manteniendo tan bien ese césped para los caballos.

Recordó que Gio les había dicho a sus padres y a ella que Mario había muerto detrás de los establos, pero no podía ver esa zona vallada desde allí. Gio se volvió entonces hacia ella con la mandíbula apretada.

–La zona de entrenamiento que estás buscando ya no existe, Valentina. Me deshice de ella después de... –susurró sin fuerza.

–¿Qué hay allí ahora?

Gio se pasó una mano por el pelo, parecía muy tenso.

–Un jardín... Me encargué de que plantaran césped en esa zona y un jardín.

–Quiero verlo –le dijo ella muy decidida.

–¿Por qué, Valentina? ¿Por qué querrías...?

Le acarició el brazo y sintió que se tensaba aún más.

–Por favor, Gio. Tengo que verlo.

Después de un momento de tensión, Gio apartó su brazo y echó a andar. Era la primera vez que veía esa parte fría e inescrutable de su personalidad.

Bajaron hasta los establos y siguieron más allá. Algunos caballos se asomaron curiosos al verlos pasar. Le pareció reconocer a Rebelde, que relinchó suavemente, pero no estaba segura de que fuera él.

Gio se detuvo de repente y se chocó con él. Extendió una mano para sujetarla y estabilizarla, pero se dio cuenta de que la apartaba rápidamente, como si no quisiera tocarla.

Habían llegado a través de una pérgola a un gran jardín amurallado. Valentina miró a su alrededor y se dio cuenta de que Gio estaba de pie junto a una elaborada estructura hecha con setos de medio metro de altura.

Se acercó a él y frunció el ceño.

–Es un laberinto –susurró ella.

–Es un laberinto. El camino de entrada es también el de salida –le explicó Gio–. Mario me habló de este tipo de laberintos una vez, siempre le habían fascinado.

Recordó entonces vagamente que su hermano también le había hablado a ella de esos laberintos.

–Bueno, te dejo sola –le dijo Gio.

Antes de que pudiera decirle nada, se fue deprisa de su lado. Se había quedado abrumada al ver que el campo de tierra donde había muerto su hermano ya no estaba y Gio había mandado construir allí un jardín y ese laberinto. Fue hasta la entrada y, lentamente, comenzó a caminar por el sendero.

Fue una experiencia que no esperaba, un camino que ayudaba a

la meditación. Cada vez que pensaba que iba a llegar al centro del laberinto, el camino se apartaba de nuevo. Al principio, le molestó, pero se dio cuenta después de que era parte del proceso. Se sorprendió cuando finalmente se encontró en el centro. Sintió que se llenaba de paz y pasó allí un buen rato.

Sabía que a sus padres les emocionaría ver lo que Gio había hecho en honor a Mario.

Se quedó pensando entonces en por qué le costaba tanto apreciar lo que hacía Gio por su hermano.

Sabía que estaba siendo muy cobarde, pero no quería analizar la paz que estaba sintiendo en esos momentos. Sus emociones estaban a flor de piel.

Algún tiempo después, hizo el camino de vuelta desde el centro del laberinto y dejó atrás el jardín. No pudo evitar la sensación de que ese lugar había curado una herida que llevaba demasiado tiempo en su corazón.

Cuando entró de nuevo en la casa por la puerta trasera, se encontró a Gio con gesto muy serio. Se había afeitado y cambiado de ropa. Vio que tenía en la mano las llaves del coche y una bolsa en la que debía de estar su vestido.

–Si estás lista, te puedo llevar ahora de vuelta a tu apartamento –le dijo Gio.

Sabía que era mejor así, que debía sentirse aliviada al ver que le daba la opción de alejarse de allí rápidamente, pero le dolía que quisiera deshacerse de ella.

–¿Qué te hace pensar que estoy lista para irme?

Vio que parecía algo confundido.

–No lo sé, pensé que después de ver dónde murió Mario, no estarías de humor para...

Valentina contuvo el aliento al oír sus palabras. Era casi como si estuviera provocándola para que lo odiara, pero no sintió dolor alguno y eso le sorprendió. No sabía por qué, pero le gustaba estar allí con él.

–Yo fui la que quise que viniéramos aquí, ¿recuerdas? –le dijo ella.

Vio de nuevo confusión en sus ojos.

Lo miró entonces centrándose solo en él y no en el tumulto de emociones que luchaban dentro de ella. Se acercó a él, le quitó las llaves y las dejó en la encimera de la cocina. Tomó después la bolsa y la dejó caer al suelo.

Gio la miraba con el ceño fruncido.

–¿Sabes lo que estás haciendo, Valentina?

–Te deseo, Gio, eso es todo.

Él le dedicó entonces una sonrisa.

–Bueno, mientras eso sea todo... No quiero que nadie se haga una idea equivocada...

A Valentina se le encogió el corazón al oírlo, pero no quiso pensar en ello.

–No te preocupes por eso.

Gio la agarró entonces por la cintura y la atrajo con firmeza contra su cuerpo. Se estremeció al verse otra vez tan cerca de él.

–Tienes razón –le susurró Gio con deseo en su voz–. No puede haber más que esto –agregó un segundo antes de besarla.

Veinticuatro horas después, Valentina estaba en una habitación privada de la moderna clínica de Nápoles donde el médico les explicaba cómo iba a ser la operación que le iban a hacer a su padre al día siguiente. Lo miró entonces con cariño. Estaba acostado en la cama y parecía algo pálido. Su madre estaba sentada a su lado con cara de preocupación y sostenía con fuerza la mano de su marido.

Gio también estaba allí. En un rincón de la habitación y con los brazos cruzados. Llevaba pantalones de algodón y una camisa blanca. Estaba guapísimo, pero demasiado lejos.

No podía dejar de pensar en él cuando lo tenía tan cerca y su cuerpo también era muy consciente de ello. Pero su mente seguía algo confusa, no sabía qué pensar.

Desde que ella lo desafiara el día anterior en su cocina, algo tácito pero profundo había cambiado entre ellos. No había tenido tiempo para pensar en ello y tampoco habían hablado de nada más, se habían limitado a dejarse llevar por el deseo.

Cuando había despertado esa mañana, desorientada y satisfecha, se había encontrado a Gio despierto y completamente vestido.

–Es hora de irse. El avión está listo para llevar a tus padres a Nápoles –le había dicho él.

Volvió a centrar su atención en el médico. No entendía cómo Gio había conseguido distraerla tanto cuando estaban hablando de la vida y la salud de su padre.

Cuando terminaron de hablar con el médico y se aseguró de que sus padres estaban cómodos, salió también de la habitación. Estaba agotada.

Se sorprendió al ver que Gio la esperaba frente a la clínica. Se acercó a ella y le dio lo que parecía la llave electrónica de un hotel.

–Te he reservado una suite en el Grand Plaza Hotel. No está lejos

de aquí.

Valentina palideció al oírlo. Sabía que era uno de los hoteles más caros de Italia. Abrió la boca para protestar, pero Gio tomó su mano y dejó allí la tarjeta.

–No quiero oírlo, Valentina. Toma la llave y úsala. Necesitas un sitio donde dormir mientras estés aquí.

No terminaba de acostumbrarse a ese nuevo Gio. Seguía siendo frío y distante. Algo había cambiado entre ellos, cada vez estaba más segura, y había cambiado para mal. Sentía que estaba en arenas movedizas. No era el mismo hombre con el que había estado en la cama el día anterior.

–Tengo que ir a Siracusa esta noche, pero volveré mañana para ver cómo ha ido la operación.

Valentina se cruzó de brazos para no tener la tentación de abrazarlo, pero no sabía cómo tratarlo después de ver el profundo abismo que parecía haberse abierto entre los dos.

–No tienes por qué hacerlo, sé que estás muy ocupado –le dijo ella con firmeza.

–No, ya te he dicho que vendré –respondió Gio con el mismo tono.

Hizo un gesto con la mano al conductor de un coche que acababa de detenerse frente a ellos.

–Dario te llevará al hotel y a donde necesites ir. Estará a tu disposición mientras estés en Nápoles.

–Gio... –protestó Valentina antes de ver que él parecía molesto–. Muy bien, gracias –agregó dándose por rendida.

–Hasta mañana –se despidió Gio sin decir nada más.

Se quedó mirándolo mientras iba al aparcamiento en busca de su coche. Sintió en ese momento que se le estaba escapando entre los dedos algo muy importante.

Una hora después, Gio veía cómo se iban alejando las brillantes luces de Nápoles desde su avión privado. Sentía un profundo dolor en su interior. Era una mezcla de placer y dolor. Todo su cuerpo estaba en tensión y tuvo que respirar profundamente y hacer un esfuerzo consciente por relajarse. Sonrió con tristeza al darse cuenta de que solo podía relajarse cuando Valentina no estaba lo suficientemente cerca de él como para que lo dominara la tentación de tocarla.

De pie frente a la puerta de la clínica, había tenido que controlarse para no abrazarla, enterrar la cara en su pelo y sentir

cómo sus suaves curvas encajaban como un puzle perfecto contra su propio cuerpo.

Había pasado veinticuatro horas increíbles con ella, saciándose por completo con su compañía y su cuerpo. Pero él era el primero en sorprenderse al ver que no era suficiente, que nunca iba a ser suficiente. Aun así, iba a tener que serlo.

Cuando Valentina insistió en ver donde había muerto Mario, decidió que esa aventura tenía que terminar, lo tuvo muy claro en ese momento. La dejó en el jardín y volvió a la casa para prepararse, creyendo que ella iba a querer salir de allí cuanto antes.

Pero Valentina había vuelto a sorprenderlo. No solo no le había pedido que la llevara de vuelta a su apartamento, sino que había querido quedarse.

Pero sabía que no había motivos para alegrarse. Valentina le había dejado muy claro que lo deseaba y que eso era todo, no había nada más. Ya ni siquiera parecía odiarlo.

Ella parecía haberse deshecho por completo de todo lo que había sucedido en el pasado entre ellos y no parecía tener problema alguno con continuar acostándose con él. Creía que era así porque no tenía ningún tipo de conexión emocional. Pensaba que por eso no había reaccionado como él había esperado cuando vio dónde había muerto Mario y por eso no le había siquiera importado ir con él a su castillo.

Gio aceptó el brandy que le ofrecía la atenta auxiliar de vuelo.

Se lo bebió de un trago e hizo una mueca cuando el líquido se convirtió en fuego en su garganta. Lamentó haber sido tan débil como para llegar a pensar que podía haber otro tipo de emociones entre ellos. Casi echaba de menos que Valentina lo odiara. Creía que no tardaría en desaparecer el deseo que sentía por él y que entonces, cuando lo mirara, solo iba a sentir lástima. Ya había visto un destello de ese sentimiento cuando Valentina le había preguntado por su casa y por qué no estaba aún amueblada.

Creía que eso sería lo peor que le podría pasar. No se veía capaz de soportar que Valentina sintiera compasión por él.

Siempre había creído que estaba vacío por dentro. Que, después de años escondiendo sus sentimientos para protegerse de la crueldad de su padre y de la indiferencia de su madre, no podría nunca sentir. Mario había sido el único en quien había confiado y llegó a quererlo como a un hermano. Una voz en su interior se burló de él y le recordó que también había amado a Valentina.

Había creído que esa capacidad de amar había muerto junto con Mario y que nunca iba a ser capaz de volver a querer, pero se había

equivocado.

Desgraciadamente, no era una noticia que lo llenara de alegría porque se sentía más vulnerable que nunca. Le había dado a Valentina Ferranti poder para destrozar su corazón en mil pedazos.

–¡No me he muerto!

–No, papá, sigues vivo –contestó Valentina sonriendo con lágrimas de emoción en sus ojos.

La operación había sido un gran éxito.

Sentía algo de vergüenza al saber que no lloraba solo de alegría por su padre, sino también por Gio. Estaba detrás de ellos en la sala de recuperación, aunque se había alejado un poco para darles más privacidad.

Entró de repente una enfermera que frunció el ceño al verlos.

–Bueno, ya es suficiente por ahora. Tendrán un montón de tiempo para verlo de nuevo mañana. Va a tener que estar aquí unos cuantos días.

Salieron de la habitación y Valentina y su madre se fundieron en un abrazo. Se sentían muy aliviadas. Lo peor ya había quedado atrás.

Gio se despidió de ella y no pudo evitar sentirse algo tímida y torpe con él, no sabía cómo tratarlo ni librarse de la tensión que había entre ellos. Le parecía que habían pasado mil años desde que estuviera por última vez en su cama y entre sus cálidos brazos.

Echaba mucho de menos la sensación de paz que había sentido entonces.

Los dos comenzaron a hablar al mismo momento y luego se callaron.

–Tú primero –le dijo Gio con firmeza.

–Tengo que volver a Sicilia. Mi madre necesita que le traiga algunas cosas de casa. Como tiene que quedarse aquí mientras mi padre se recupera…

–Yo vuelvo ahora, puedes venir conmigo en el avión y me encargaré de organizarlo para que te traigan después de vuelta.

La trataba con educación, pero con tanta frialdad…

–Gracias –repuso ella forzando una sonrisa–. Ya había guardado mis cosas y salido del hotel por si acaso… –agregó mientras le mostraba la pequeña bolsa de viaje que llevaba en la mano.

Gio asintió con la cabeza y se puso a hacer una llamada para dar instrucciones a alguien mientras salía ya de la clínica.

Tuvo que acelerar el paso para alcanzarlo. Estaba disgustada y

enfadada, pero en realidad no sabía qué era lo que había estado esperando. Creía que era casi mejor así, casi le gustaba estar enfadada con él, así tenía la ilusión de que todavía tenía una pizca de control sobre su vida.

En el avión, Gio no hizo ningún esfuerzo para conversar con ella y se limitó a mirar por la ventanilla en silencio. La tensión no hizo más que ir en aumento durante el corto vuelo. Finalmente, Valentina no pudo soportarlo más, se desabrochó el cinturón de seguridad y se giró hacia él.

–Gio... –susurró con la voz cargada de emoción.

Pudo notar cómo se tensaba aún más ese hombre. Después, la miró con educación, esperando para escuchar lo que ella tuviera que decirle. Le entraron ganas de darle un puñetazo.

Tuvo que reunir mucho valor para hablarle.

–¿Ha...? –comenzó ella con el corazón en la garganta–. ¿Ha pasado algo? Apenas has hablado en todo el viaje. Desde que salimos de tu casa la otra mañana...

Gio suspiró y ella sintió un escalofrío de temor.

–Creo que no deberíamos volver a vernos –le dijo Gio.

–¿No? –susurró ella sintiendo que se le helaba la sangre en las venas.

–¿Tú crees que sí? –le preguntó Gio con el mismo tono con el que le hablaría del tiempo.

Le parecía increíble que pudiera controlarse tanto, que fuera tan frío cuando ella apenas controlaba el tumulto de emociones en su interior.

–¡Por supuesto! –replicó ella de manera acalorada–. Quiero decir, no. Creo que es buena idea –agregó ruborizada–. Después de todo, no hay nada...

No pudo seguir hablando. Estaba algo mareada y sin aliento. Sentía un nuevo dolor extendiéndose por todo su ser, un dolor muy profundo.

–No hay nada –repitió también Gio–. Creo que es lo mejor. Tú tienes tu trabajo y debes aprovechar las oportunidades que te saldrán después de participar en la Copa Corretti. Ya no tienes nada de lo que preocuparte. Te irá bien y mi tía no volverá a interponerse en tu camino.

Apenas escuchaba sus palabras. Se sentía demasiado entumecida para tener una conversación, pero lo intentó.

–Claro, gracias... –murmuró.

Pensó entonces en esas dos últimas semanas, en la forma en que Gio había entrado en su vida y le había dado una vuelta completa a

su existencia. Él había sentido que le debía mucho por lo que había pasado con su hermano. Además, la había deseado. Eso lo tenía claro. Tanto como que todo había terminado.

No quedaba nada…

Al menos para Gio.

Ella ya no lo tenía tan claro.

Pero entonces los interrumpió la azafata para decirles que estaban a punto de aterrizar.

Se puso de nuevo el cinturón y se distrajo mirando el paisaje por la ventanilla para que Gio no pudiera ver sus lágrimas.

Miró desde la ventana el paisaje siciliano con el que estaba tan familiarizada. Trató de tranquilizarse y mantenerse relajada, pero no lo consiguió.

Cuando por fin aterrizaron, Gio se volvió para mirarla.

–Uno de mis empleados te llevará al hipódromo para que recojas tu coche. Dile cuándo quieres volver a Nápoles y se encargará de organizar el vuelo.

El orgullo pudo entonces con ella y, por suerte, se sintió lo bastante fuerte como para contestar con tranquilidad.

–Puedo tomar un vuelo comercial, Gio. No tienes por qué…

Se quedó sin palabras al ver que él levantaba la mano y la interrumpía con ese gesto.

–No discutas, Valentina, por favor. Toma mi avión para volver.

No entendía por qué le importaba tanto si iba en su avión o no. Después de todo, no quería volver a verla. Pero en ese momento sonó el teléfono.

–¿Diga? –contestó Gio sin dejar de mirarla.

Pudo ver cómo palidecía delante de sus ojos.

–Voy para allá –susurró él.

–Gio, ¿qué ha pasado? –le preguntó preocupada cuando colgó.

Pero Gio estaba distraído buscando a unos de sus ayudantes.

–Se trata de Rebelde. Está enfermo –le contestó sin mirarla.

–¡Oh, Gio! –exclamó con un nudo en la garganta— ¿Qué…? ¿Puedo hacer algo?

Gio se detuvo un momento y contestó de nuevo sin mirarla y con mucha frialdad.

–No, no hay nada que puedas hacer –le dijo–. Adiós, Valentina.

Después, se dio la vuelta y fue deprisa hacia su coche deportivo.

Mientras tanto, se le acercó a ella el empleado de Gio y le quitó su bolsa de viaje de la mano.

–Señorita Ferranti. Por aquí, por favor.

Dos días más tarde, Valentina regresaba a Sicilia en el avión privado de Gio. Había pasado esos días con sus padres y le había entregado a su madre la ropa y las cosas que le había pedido.

Su padre estaba un poco más fuerte cada día. Hacía mucho tiempo que no lo veía tan bien.

Le parecía increíble lo que Gio había conseguido con tanta facilidad.

Se quedó sin aliento al pensar en él. Todavía tenía que recoger sus cosas y vaciar su apartamento en el hipódromo, pero se sentía demasiado cansada para enfrentarse a esa dura mudanza. Se le encogió el corazón al recordar la pálida cara de Gio cuando alguien le dijo que Rebelde estaba enfermo.

Por primera vez se dio cuenta de lo solo que había estado Gio después de la muerte de Mario. Él había sido su único amigo.

Cuando el avión aterrizó, Valentina fue directa a su coche, lo había dejado en el aparcamiento. Se sentó y estuvo pensativa durante mucho tiempo antes de tomar una difícil decisión y arrancar el coche.

Media hora más tarde, llegó frente a las puertas cerradas del castillo de Gio. Lamentó haber sido tan impetuosa. En realidad, no sabía qué hacía allí. Un guardia de seguridad se le acercó.

–¿Puedo ayudarla en algo?

Ella respiró hondo antes de contestar.

–Me gustaría ver al señor Corretti, por favor.

–¿La está esperando?

–No... no... –tartamudeó ella–. Pero si le dice que soy Valentina Ferranti...

Pero pensó que así no iba a conseguir nada y se imaginó a Gio diciéndole a ese guardia que no quería verla.

Se estremeció al ver que el guardia volvía a su caseta para llamar a la casa.

Unos minutos después, regresó a la puerta y la abrió.

–Está en los establos –le explicó el hombre.

–Gracias –repuso ella muy nerviosa.

Le entró entonces miedo, pensando en cómo iba a reaccionar Gio y temiendo que hubiera sido una equivocación ir allí pensando que podría consolarlo.

No se había preocupado por su bienestar siete años antes y no sabía cómo iba a recibirla, pero ya no podía dar marcha atrás.

Decidió que al menos podría preguntarle por la salud de su querido caballo. Sabía que era muy importante para él. Detuvo el

coche detrás de otros vehículos que había aparcados cerca del establo y se bajó.

Estaba anocheciendo, pero había luz dentro de las cuadras y no necesitaba más iluminación para ir hasta allí. Cuando entró, tardó un minuto en ver que Gio estaba de espaldas a ella y agachado a la entrada de uno de los establos.

Con algo de temor, fue hacia él y se estremeció cuando oyó su voz.

–¿Qué estás haciendo aquí, Valentina? –le dijo con dureza.

Capítulo 10

Estaba...

Se le quedaron atascadas las palabras en la garganta mientras Gio se ponía en pie y se volvía hacia ella. Tenía un aspecto salvaje, estaba despeinado, tenía ojeras y llevaba días sin afeitarse. Era como si no hubiera dormido desde que lo viera por última vez .

Tragó saliva antes de seguir.

–Estaba preocupada –le dijo–. Quería saber cómo estaba Rebelde.

Gio se limpió las manos con una toalla y la tiró al suelo. Después, dio un paso atrás y le hizo un gesto con una mano.

–Míralo por ti misma, se está muriendo. El veterinario va a volver dentro de una hora para ponerle una inyección que lo libere de tanto sufrimiento.

Se quedó sin aliento al oírlo y se acercó para ver mejor al bello caballo. Estaba acostado de lado y tenía los ojos cerrados. Estaba empapado en sudor y respiraba muy superficialmente.

–¿Qué le ha pasado? –le susurró a Gio.

–Lo atacó un virus, uno muy raro. Se mete en el cerebro del caballo y produce parálisis en todos los miembros. Después, el animal entra en coma y suele morir un par de días más tarde. No tiene cura –le explicó Gio con frialdad.

–Gio... Lo siento mucho.

–¿Por qué? No es culpa tuya.

Valentina se estremeció cuando esas palabras la devolvieron al cementerio donde acababan de enterrar a su hermano, cuando le dijo a Gio que Mario había muerto por su culpa. Tomó en ese momento conciencia de cuánto dolor le había causado a ese hombre con su odio.

Se sintió tan culpable que no podía hablar.

–Gio... –comenzó con un terrible nudo en la garganta–. Lo siento mucho... Perdóname, por todo...

Gio la miró entonces a los ojos. Como le pasaba siempre con él, había entendido perfectamente lo que quería decir. Su amarga sonrisa solo consiguió hundirla más aún.

–No sabes cuántas veces soñé con que me dijeras eso. Lo habría dado todo por saber que no me odiabas, pero es demasiado tarde,

Valentina –le dijo mientras señalaba su caballo–. ¿No te das cuenta? Es demasiado tarde. Todo muere al final. Todo es inútil.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

–No, Gio. No es todo inútil, no lo es. Es muy triste que tu caballo se esté muriendo, pero ha tenido una vida maravillosa contigo.

–Igual que la tenía Mario hasta que perdió de repente esa vida –repuso Gio con una sonrisa amarga.

Valentina hizo ademán de acariciar su cara, pero Gio se apartó.

–¿Sabes que he empezado a creer que lo que pasó esa noche no fue solo por mi culpa? –le contó Gio–. ¿Que no fue más que un trágico accidente? Terminamos de montar y aún era pronto. Tenía tiempo de sobra para llevar a Mario de vuelta a casa, pero vio entonces a Estrella Negra corriendo por el césped y me suplicó de nuevo que le dejara montarlo al menos una vez. Quería saber si tenía ese toque mágico que se necesitaba para domar a una bestia como aquella...

A Valentina se le estaba partiendo en dos el corazón al oírlo hablar.

–Gio...

Pero él no la escuchaba o prefería ignorarla.

–Le dije que no y fui a los establos con Rebelde. Cuando volví a salir, Mario le estaba poniendo una silla de montar a Estrella Negra. El caballo estaba poniéndose ya nervioso. Se lo dije, le dije que se apartara... Pero no quiso escucharme. Lo montó antes de que pudiera detenerlo y Estrella Negra se volvió loco. Saltó la valla del cercado, pero se enganchó su pata trasera a la valla. Mario salió despedido y el caballo cayó sobre él, aplastándolo antes de que yo pudiera llegar hasta donde había caído. Ese maldito caballo se limitó después a levantarse e irse de allí, arrastrando a Mario hasta que pude llegar a él y liberarlo... Pero ya era demasiado tarde.

Las lágrimas corrían por el rostro de Valentina y apenas podía controlar los sollozos.

–Tienes razón, no fue culpa tuya y nunca debí...

Gio levantó una mano para detener sus palabras.

–No. Tenías todo el derecho del mundo a estar enfadada conmigo. No voy a permitir que te arrepientas de eso. El hecho es que fui yo quien compró ese caballo y me empeñé en tratar de domarlo cuando debería haber sido sacrificado meses antes.

Se sentía tan dolida y tan vulnerable. Deseaba más que nada tocar y abrazar a Gio... Quería consolarlo, lo necesitaba. Recordó entonces la frialdad con la que le había anunciado que todo había terminado entre ellos dos y que no quería volver a verla.

Respiró profundamente antes de pronunciar las palabras que tenía que decirle.

–No tendrás que verme de nuevo si no quieres –le dijo con voz temblorosa–. Me mantendré apartada de ti.

Gio se limitó a mirarla mientras Valentina se limpiaba una lágrima en su mejilla.

–No lo entiendes , ¿verdad? –le preguntó Gio.

–¿El qué?

Dio un paso hacia ella y algo en la intensidad con la que lo hizo le obligó a dar un paso atrás.

–Mira, incluso ahora y de manera instintiva, demuestras muy bien cómo te sientes –le dijo Gio con angustia en su voz.

–¿De qué estás hablando?

Gio rio con amargura. Miró hacia el techo unos segundos antes de concentrarse de nuevo en ella.

–Estoy enamorado de ti, Valentina. Te quiero con locura y eso me está destrozando. Sé que para ti solo era algo físico, pero me ha tocado en lo más profundo de mi alma. Creo que te he amado siempre. Cuando tenías diecisiete años, tenía que fingir que me gustaban otras chicas para que Mario no sospechara que solo estaba interesado en una chica y que esa chica era su hermana.

Gio se pasó una mano por el pelo con impaciencia.

–¡Dios mío! Me habría matado si lo hubiera sabido –agregó–. Y tú, sabía que te gustaba. Siempre te sorprendía mirándome a escondidas y después te sonrojabas –le dijo él con una sonrisa algo triste.

Valentina se sentía tan aturdida que no podía hablar. La cabeza le daba vueltas. Se sentía débil y mareada, como si necesitara sentarse. No podía creer que Gio acabara de decirle que la amaba. Era demasiado fantástico, demasiado perfecto e increíble.

Vio que Gio apretaba la mandíbula y el orgullo se hacía con él.

–Sé que no sientes nada por mí. Es normal, lo contrario me habría extrañado –le dijo–. La pasión que ha habido entre nosotros no ha sido más que una consecuencia de tanta ira y tanto dolor.

Valentina se limitó a mirarlo sin apenas oír sus palabras. Podía sentir los latidos de su corazón y una nueva esperanza en su alma.

Abrió la boca sin saber siquiera qué iba a decirle. Sentía una alegría increíble, difícil de describir. Pero no dijo nada y el fantasma del miedo volvió para silenciarla.

Eran tantos los recuerdos... No había podido olvidar la sensación cuando le dijeron que Mario había muerto y el enorme agujero que había dejado en su familia.

Recordó esa terrible noche en el hospital, cuando por un momento... Pero no quería pensar en eso. No iba a poder nunca liberarse de la culpabilidad que todavía sentía.

Estaba al borde de un abismo y sabía que no era lo suficientemente valiente como para dar el salto, para desnudarse tanto. Se le encogió de nuevo el corazón.

Cerró la boca y sacudió la cabeza en respuesta a una pregunta que Gio ni siquiera le había hecho en voz alta. Vio cómo moría la llama de esperanza en los ojos de ese hombre y también en su interior.

Gio se apartó de ella, recogió la toalla del suelo y se agachó de nuevo junto al caballo.

–El veterinario llegará pronto. Vete, Valentina. Hemos terminado.

Pero ella no podía moverse. Estaba clavada en el suelo.

–Valentina, por el amor de Dios –le suplicó él con la voz cargada de emoción–. Vete.

Finalmente, se dio la vuelta y salió corriendo de los establos. No podía dejar de llorar.

Cuando se metió en el coche, tardó una eternidad en encenderlo. Las manos le temblaban tanto que le costó poner en marcha el motor. Cuando salió de allí y se alejó de la propiedad, paró en la primera gasolinera que se encontró para tratar de calmarse. Rompió entonces a llorar con desolación.

Pero una voz en su interior le recordaba que así era mejor, que era preferible no amarlo y arriesgarse a perderlo todo de nuevo porque sabía que nunca podría recuperarse si acababa perdiendo a ese hombre.

Tres semanas más tarde...

Valentina se miró en el espejo roto de su pequeño baño en Palermo. Estaba pálida y tenía ojeras bajo los ojos. Y sus ojos... Parecían muertos. Se pellizcó las mejillas como si así pudiera recuperar un poco de color, pero se desvaneció rápidamente.

Se sentía vacía y su cuerpo sufría el dolor de la pérdida. Suspiró profundamente. Nunca pensó que fuera a ser tan doloroso. No había podido olvidar la decisión que había tomado tres semanas antes, cuando Gio le dijo lo que sentía.

Hizo una mueca al recordarlo.

Ni ella misma se lo creía. No había sido una decisión, sino un

acto reflejo para tratar de protegerse. Creía que era una cobarde, la peor clase de cobarde.

Gio.

Se aferró con fuerza al lavabo. Solo su nombre ya le causaba dolor. Le había dado miedo la posibilidad de verlo el día anterior, cuando su padre fue trasladado a una clínica privada en Palermo para que pudiera continuar su convalecencia más cerca de casa.

Pero no había sido Gio el que había ido para asegurarse de que todo iba bien, sino uno de sus empleados, el mismo que se había encargado de informar a Valentina de todo lo que había pasado durante esas semanas. Ver que no se había presentado Gio le había producido una mezcla de alivio y dolor casi paralizante.

Su madre le había mirado con el ceño fruncido al ver cómo estaba y la había llevado a un rincón tranquilo para hablar con su hija.

–Valentina…

Ella había tratado de evitar que le dijera nada, temiendo que sus palabras fueran a conseguir desarmarla por completo.

–No, mamá, por favor… No me digas nada.

Pero su madre no le había hecho caso.

–Valentina, habla con él. Se merece al menos eso.

Se había quedado atónita al oírlo. Ella no pensaba que Gio se lo mereciera. Creía que no se merecía que ella le contara el vergonzoso secreto que había mantenido escondido durante tanto tiempo. Un secreto que su madre sabía porque ella había presenciado el momento en el que…

Se mordió el labio con tanta fuerza que se hizo sangre.

Por primera vez en mucho tiempo, Valentina había tomado una decisión que le daba las fuerzas que no había tenido durante esas semanas. Iba a contárselo todo a Gio. Después, si seguía pensando que estaba mejor solo, se iría para siempre. Con la esperanza de que ese dolor tan horrible terminara por disiparse algún día.

Un par de horas más tarde, Valentina se detuvo en el aparcamiento para el personal que había en el Hipódromo Corretti. Cuando salió del coche, le preguntó a alguien si sabía dónde estaba Gio y le dijeron que se encontraba en el campo de entrenamiento.

Cuando llegó, lo vio entrenando a un caballo con otras dos personas.

El caballo que trataban de domar no dejaba de hacer cabriolas y parecía nervioso, pero Gio agarraba con firmeza las riendas mientras murmuraba palabras tranquilizadoras al oído del animal. Sintió que le temblaban las piernas al verlo. Lo había echado mucho

de menos. Le pareció que estaba algo más delgado y que no tenía buena cara. Recordó cuánto había estado sufriendo la última vez que lo había visto, mientras su querido caballo se moría.

Tampoco había olvidado el destello de esperanza en sus ojos cuando le confesó que la quería y cómo esa luz había desaparecido de su mirada unos minutos después.

Se detuvo a unos metros de la barandilla y, como si hubiera sentido su presencia, Gio la miró directamente a los ojos. Se quedó sin aliento. Fue como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago y un pensamiento resonó en su cabeza. No entendía cómo había podido creer que podría vivir sin él.

Gio abrió con sorpresa los ojos y separó los labios. Todo ocurrió después como si lo estuviera viendo en una pantalla y sucediera a cámara lenta. Vio que Gio pronunciaba su nombre y oyó los ladridos de un perro. Alguien irrumpió de repente en el recinto cerrado, persiguiendo al pequeño terrier que acababa de colarse en la zona de entrenamiento.

La gente empezó a gritar mientras el perro corría entre las patas del caballo, ladrando con energía. Los ojos de Gio aún seguían mirándola y el caballo se encabritó, levantó sus pezuñas delanteras y las aplastó contra el pecho de Gio. Oyó el horrible sonido de su cabeza golpeando con fuerza la barandilla y quedó inerte en el suelo.

Valentina echó a correr sin ser consciente de lo que hacía. Pocos segundos después estaba de rodillas al lado de Gio y sostenía su cabeza en el regazo. Estaba muy pálido. Miró la mano con la que le había estado sosteniendo la nuca y vio que estaba empapada de sangre.

Se preguntó quién estaría gritando de manera histérica pidiendo una ambulancia y no se dio cuenta de que era ella misma hasta que alguien le puso una mano en el hombro para tranquilizarla.

–¡Ya está aquí! –le dijo esa persona.

Capítulo 11

Está tan estable como podría estarlo. Tuvo la suerte de no fracturarse el cráneo, pero tiene un golpe bastante importante en las costillas. Va a pasar muchos dolores durante las próximas semanas.

–De acuerdo, gracias.

El médico miró con amabilidad a Valentina.

–Puede irse a casa a descansar y cambiarse de ropa. El sedante lo tendrá dormido durante bastante tiempo.

Valentina sonrió por educación, pero estaba destrozada.

–Estoy bien, preferiría quedarme.

El médico se encogió de hombros y salió de la habitación. Estaban en un hospital privado de Palermo. Valentina se había encargado de que alguien avisara a la madre de Gio, pero le habían dicho que estaba de viaje. Era otra prueba más de lo solo que estaba ese hombre.

Se volvió hacia él. Yacía dormido en la cama, estaba cubierto por una sábana de cintura para abajo y tenía anchos vendajes alrededor del torso, donde se había roto las costillas.

Tenía otra venda en la cabeza y su cara seguía casi tan blanca como el vendaje. Sintió que se le llenaban de nuevo los ojos de lágrimas y volvió a sentarse en la silla junto a su cama.

Parecía tan joven e indefenso...

Sollozando y limpiándose las lágrimas que no paraban de brotar, agarró la mano de Gio. Carecía de vida y tuvo que controlar la oleada de pánico que sintió en ese instante, recordando que el médico le había dicho que iba a ponerse bien.

Tenía un mechón de pelo en la frente, sobre el vendaje, y se lo apartó con cuidado.

Con Gio dormido por los calmantes y sin tener que enfrentarse a su expresión distante, le resultó más fácil empezar a hablarle.

–Gio –le susurró–. Sé que no me oyes, pero tengo que decirte algo. De hecho, son un par de cosas. Sé que soy muy cobarde al decírtelo cuando no me puedes escuchar, pero... El caso es que no sé si soy lo suficientemente fuerte como para hacerlo cuando puedes mirarme y ver de verdad cómo soy.

Respiró hondo antes de seguir hablando.

–Yo también te quiero, Gio. Te he amado durante tanto tiempo...

Durante mucho más tiempo de lo que me gustaría admitir –murmuró con un hilo de voz–. Me gustabas tanto cuando tenía solo diecisiete años… Deseaba que me prestaras atención, pero me daba tanto miedo lo que me hacías sentir.

No pudo evitar sonreír al recordarlo.

–Me encantaba verte con Mario. Los dos estabais tan llenos de vida… Nunca lograba estar a tu altura, pero nunca sintió resentimiento hacia ti –continuó ella–. Hay algo que tengo que decirte. Explica perfectamente por qué he estado enfadada contigo durante tanto tiempo. Cuando murió Mario… –siguió con mucho dolor y pronunciando cada palabra con suma dificultad–. Mis padres y yo recibimos una llamada de teléfono. Nos dijeron que alguien estaba herido, pero no nos dijeron quién. Lo único que sabíamos era que se trataba de uno de los dos y que había sido trasladado al hospital de Palermo. Cuando llegamos, muertos de miedo, un doctor se acercó a nosotros y nos dijo «No lo hemos podido salvar». Todavía no sabíamos quién había muerto. Y pensé… –susurró con la voz entrecortada–. Pensé que habías sido tú… El dolor que sentí fue indescriptible. Pero entonces te vi. Estabas allí, en el pasillo, y el alivio fue tan abrumador… Pero de repente me di cuenta de lo que significaba, que era Mario el que había muerto. Mi peor miedo había sido perderte a ti, no a mi propio hermano.

Valentina sonrió débilmente.

–No supimos quién había muerto hasta que te vimos. Mi madre había visto mi reacción, se dio cuenta. Que lo supiera no hizo sino agravar el sentimiento de culpabilidad tan grande que tenía. No sabes durante cuánto tiempo he estado arrastrando esta vergüenza. Por eso te ataqué cuando te vi en el entierro. Tu presencia me hacía recordar que había preferido que fuera mi propio hermano el que muriera. Y lo había conseguido, había muerto –le confesó ella–. Cuando volví a verte en la boda, todo ese dolor volvió de repente. Pensé que lo había enterrado, que te había olvidado, pero no era así. Seguía deseándote y eso no hizo sino complicar las cosas. Y, cuando me dijiste hace unas semanas que me amabas, no me lo podía creer. La idea de decirte a ti esas mismas palabras… Y que después pudiera perderte como perdí a Mario… Me daba demasiado miedo. Pero no tanto miedo como sentí hoy cuando te vi tumbado en la tierra –le dijo sin dejar de llorar–. Las últimas tres semanas han sido un infierno, pero pensé que podría vivir así toda la vida, tratando de proteger mis sentimientos. Pero no puedo. Te quiero, Gio.

Abrumada por todo lo que le había dicho, trató de apartar la

mano. Se quedó sin aliento cuando Gio se la agarró con fuerza.

–¿A dónde te crees que vas? –gimió Gio con voz entrecortada y ronca.

–¡Gio! –exclamó ella llorando.

Sus ojos se abrieron lentamente. Poco a poco, fue adaptándose a la luz hasta ser capaz de mirarla a ella. Se quedó sin aliento. Fue de repente muy consciente de su aspecto. Debía de parecer una loca después de haber estado llorando durante horas y de lo aterrador que había sido el trayecto en helicóptero hasta el hospital sin saber si se iba a poner bien o no.

–Tienes sangre en la mejilla –le dijo Gio soltando su mano y tocándole la cara.

Valentina cerró los ojos y rezó para tratar de mantener un poco de control.

–¿Sí? No sé... Supongo que debí de mancharme con tu sangre...

Cuando Gio apartó la mano, ella trató de limpiarse la cara con la manga de su camiseta.

–El médico ha dicho que te vas a recuperar por completo. Tienes las costillas bastante magulladas y una grieta en el cráneo, pero no se ha fracturado.

No podía dejar de hablar, estaba tan nerviosa...

–Esas cosas no me importan en absoluto –le dijo Gio sin dejar de mirarla a los ojos.

–¿No?

–No –repuso Gio sacudiendo la cabeza con una mueca de dolor.

Tomó entonces la mano de Valentina y la apretó con fuerza.

–Lo que quiero saber es si realmente he oído decirte que me quieres, y todas esas otras cosas, o si lo estaba soñando.

No pudo evitar ruborizarse.

–¿Cuán... cuánto crees que has oído?

–Todo –repuso Gio–. Eso creo.

–¿También lo de Mario y el hospital?

–Sí, Valentina. Sí...

Valentina apretó la mano de Gio y cerró los ojos como si así le fuera más fácil decirle lo que tenía que decirle.

–No fue un sueño. De verdad lo he dicho y todo era verdad.

Hubo un silencio y, después de varios segundos, Valentina abrió los ojos y vio que Gio la miraba con una sonrisa en los labios.

–Me quieres...

Casi le molestaba que Gio estuviera hablando con tanta facilidad de algo que tanto trabajo le había costado a ella confesar.

–Sí, es verdad –repuso ella.

La sonrisa de Gio se desvaneció. De repente estaba serio y solemne.

–Ven aquí, tengo que tocarte –le pidió.

–Pero tus costillas... Y la cabeza... No quiero hacerte daño.

–Nunca podrías hacerme tanto daño como me hiciste cuando te alejaste de mí después de que te dijera que te amaba.

Nuevas lágrimas llenaron sus ojos.

–Pero te lo perdono todo si te acercas a mí ahora mismo –añadió Gio.

Con cuidado, Valentina se levantó y se sentó al borde de la cama.

–Más cerca.

Se quitó los zapatos y se tumbó a su lado en la cama. Trató de ignorar su gesto de dolor cuando levantó el brazo para abrazarla y que ella se pudiera acurrucar contra él. Sintió que volvía a casa y que por fin se podía relajar.

–¿Por qué decidiste que querías quedarte en mi casa después de ver el jardín donde murió Mario? –le preguntó Gio entonces.

Valentina levantó la cabeza para mirarlo a los ojos. Recordó lo distante que había estado con ella cuando regresó a casa. Ya se había preparado para que ella pudiera salir de allí, había esperado que reaccionara con odio y dolor. Al oír su pregunta, se dio cuenta de que había malinterpretado la frialdad de Gio.

–Cuando vi el jardín y caminé por el laberinto, no sentí que Mario estuviera allí. O quizás sí, pero no de una forma negativa, todo lo contrario. Me dio mucha paz... A él le gustaba tanto visitarte en tu castillo... Estaba tan orgulloso de ti, de lo que habías conseguido. Así que supongo que me sentí feliz y segura allí. Por eso quería quedarme.

El brazo de Gio la apretó con más fuerza y vio que le brillaban los ojos. Estaba muy emocionado.

–Pensé... Pensé que habías conseguido anular tanto tus emociones en lo que a mí se refería, que ya no te importaba quedarte o irte.

Valentina negó con la cabeza.

–Todo lo contrario. Mis sentimientos siempre han sido los mismos.

Gio le tocó la barbilla y acarició su cara con reverencia, como si estuviera hecha de porcelana.

–Sabes lo que esto significa, ¿verdad?

–¿Qué?

Los ojos de Gio brillaban como nunca.

–Antes, bésame –le pidió Gio.

Con cuidado, se acercó a él y lo besó. A pesar de las heridas y los dolores que debía de tener Gio, no pudieron evitar que se encendiera entre ellos una chispa de pasión. Gimiendo y de mala gana, él se apartó.

Por fin había vuelto algo de color a sus mejillas.

–Lo que esto significa es que vas a casarse conmigo y viviremos felices para siempre –le dijo Gio besando con ternura su mano.

No podía respirar y lo miró mientras se mordía el labio.

–Tengo miedo, Gio... Creo que me da miedo sentirme tan feliz...

Gio la atrajo hacia sí.

–Tenemos nuestro amor. Y, mientras tengamos amor, no hay nada que temer.

–Amor... –susurró Valentina con una sonrisa temblorosa–. Sí, tenemos amor.

Dos años más tarde...

Valentina sintió las patadas del bebé en su vientre y lo tocó rápidamente con la mano. Tenía la esperanza de volver a notarlas si era paciente. Sonrió cuando sintió una presencia y una mano mucho más grande cubrió la de ella. Y su brazo rodeó con cariño su ancha cintura.

Gio.

Seguía estremeciéndose cada vez que lo sentía cerca. Sobre todo cuando notó contra el trasero que él también se estaba animando.

Gio llevó después la mano a uno de sus pechos y tuvo que contener el aliento. Durante esos meses, eran más grandes y sensibles. No pudo evitar sonrojarse y se dio la vuelta con algo de dificultad para mirar a su marido.

Apartó su mano y fingió estar muy indignada.

–¿Crees que tus invitados han pagado para ver cómo manoseas a tu muy embarazada esposa?

Cerca de ellos, una multitud de gente gritaba fuera de sí. Se acercaba el final de la carrera más importante de la Copa Corretti de ese año. Pero a ninguno de los dos les importaba demasiado lo que sucediera. El gran favorito era, una vez más, uno de los caballos de Gio .

Su marido sonrió y volvió a acariciarle un pecho. Esa vez con un poco más de ímpetu. Valentina no pudo evitar gemir suavemente.

–No me pareció que te quejaras esta mañana cuando lo hacía en

la cama –le dijo Gio.

–Es usted un hombre insaciable, señor Corretti. Yo me limito a cumplir con mi deberes de esposa para que estés contento –le dijo ella sonriendo.

Gio se echó a reír con ganas. Le encantaba verlo tan feliz.

En ese momento, vio algo por el rabillo de su ojo y suspiró con feliz resignación.

–Creo que ha llegado el momento de rescatar a mis padres. Maria parece estar algo inquieta. Seguro que está cansada y no tardará mucho en empezar a llorar –le dijo a Gio.

Los dos sonrieron al ver a su pequeña de quince meses. Se retorcía con todas sus fuerzas para tratar de zafarse del abrazo de sus cariñosos abuelos. Era muy traviesa. Se parecía mucho a su difunto tío Mario. En el carácter y también en su espesa mata de rizos castaños.

Gio se giró para mirar a Valentina y acarició su creciente barriga. Tenía tanto amor, alegría y paz en su vida. Era increíble sentirse por fin así.

–Ahora vamos a rescatarlos. Pero antes…

Ni siquiera necesitaba decirlo, lo conocía muy bien.

Valentina levantó su boca para encontrarse con la de él, le echó los brazos al cuello y lo besó como si fuera la primera vez. Mientras tanto, la multitud enloquecía tras ellos. Como cabía esperar, el caballo favorito llegaba en ese momento el primero a la meta.